

## DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 13 DE NOVIEMBRE DE 1938

Suplemento Dominical



En Este Número:

\*

INMORTALES
DE
HOLLYWOOD

\*

Me Quiere
Toda
Entera?...

Por Martha Raye

\*

\*

Lecturas Amenas
Historietas
en Colores
Para Grandes
y Chicos.











GUZIGÚ



















omprendo que Jim estara ahora muy do -continuó el desconocido- con pentina muerte del doctor West, ya estaba interesado con él en ese ferro. y en la Compañía manufacturera. cciones quedaron sin valor esta may para «inter nos» — añadió, ba. misteriosamente la voz- le diré a sido un golpe que quizás ponga en todos los negocios de estos alre. res, Pero Jim fué a San Antonio anoue levantasen el cadáver del doctor, vo telegrafiando durante dos horas. bró una reunión de accionistas y di. ores antes que llegase el forense; reo los libros y papeles del doctor; los naquí en un cochecillo y celebró otra ión antes de almorzar. Cuando los s comenzaron a conocer el falleci. to del doctor West, Jim Prince ya tiempo que se había puesto a cu. to del asunto. Todo el mundo, o poco os está metido en el ajo. Esa espaque vive alli, con su lindisima hija, altamente entonada dama del case. va supondrá usted a quién me refie-

No sé, fijamente, a quién puede us, referirse —dijo Carroll con frialdad; nozca una señora llamada Saltonstall, tiene varias hijas.

Isa misma; creo haber visto a usted na vez. Pues bien, el doctor la metió l asunto hasta los ojos. Tengo enten, que la dama depositó en manos de todos sus bienes.

menester toda la serenidad de Capara que su guía no leyese en su ante la emoción que sentía. ¡Lue. quél era el secreto de la melancolía aruja! ¡Pobre muchacha! ¡Con qué r la sobrellevaba! ¡Y él, en su exceegoismo, sin sospechalo! Quizás aque. carta fuese el medio delicado de poen antecedentes, ya que seguramen. a a oírlo todo de bosa de Aladino. ste hombre, que había logrado eviden. te dirigir la propiedad de West, indemente estaba también en posesión as cartas! ¡Hum! Apretó los labios y o al lado de su inocente guía, er. y desafiador.

visitantes estaban viendo la del edificio a la que ellos se di.

Ahi están Jim y su cuadrilla —dijo el mone—; le diré que está usted aquí, s dejaré a ustedes solos. ¡Hasta lue-Espero verle a la hora de comer.

damas y caballeros aparecieron al otro
demo del salón; el guía aproximóse a

v. aparentemen, indicó la presencia
Carroll, con cierto aire de pereza, coquien queda relevado de un servicio
del salón; y se unió a los invitados.

lesto a todo lo militar, teórica y prácimente; pero no podía menos de relector su importancia social en un país de no había sociedad, y hasta se sentiascinado por el tranquilo y seguro do que de sí mismo tenía Carroll. Acertal caludarle cordialmente; le presentó

con aire satisfecho; hubiera preferido que estuviese vestido de uniforme, pero se contentó con el hecho de que Carroll, como todo hombre de miembros disciplinados, se conduca bien de paisano.

—Nos ha enseñado usted todo —dijo Carroll—, excepto esa cámara secreta donde guarda usted la lámpara y el anillo. ¿No podremos visitar el sitio donde se guardan esos objetos encantadores que producen estas maravillas, aunque nos esté prohibido presenciar la ceremonia? Las señoras están muriéndose por ver el «sanctum» de usted su estudio, su taller, donde realmente usted vive.

—Les parecerá a ustedes una sencilla covacha; tan sencilla como mi dormitorio —dijo Prince, que alardeaba de la sencillez espartana de sus propias costumbres y no desdeñaza exhibirse—. Vengan por aquí.

Cruzó el vestíbulo y penetro en un cuartito amueblado con sencillez, en el que había una mesa llena de papeles, algunos de los cuales se hallaban cubiertos de polvo y descoloridos por lo viejos. Carrol concibió la idea de que aquellos papeles eran los del doctor West. Sacó tranquilamente la carta del bolsillo, y, cuando los demás estaban distraídos, la puso sobre la mesa, diciendo en tono bajo, en forma sólo perceptible para Prince:

—De la señora Saltonstall.

Aladino tenía esa sublime audacia, que tan a menudo ocupa el lugar del tacto. Echando una rápida mirada a Carrol, gritó

-¡Hola!

Yl llegándose apresuradamente adonde se hallaban los demás huéspedes, con un azoramiento extravagante, con una brusquedad jueguetona, los echó al punto de la habitación.

tando sus brazos en el aire—, el gento está en funciones! ¡No se admite a nadie sino para asuntos de negocios! Seguid a Miss Wilson —añadió, golpeando con ambas manos los hombros de la más linda damita de la reunión, con una irres. Sistible familiaridad paternal—. Ella es vuestra anfitriona. Yo haré honor a sus proyectos, cualesquiera que sean.

Y. antes de que pudieran darse cuenta de cuáles eran sus propósitos o de que Carroll no se hallaba ya entre ellos, Aladino había empujado la puerta, que cerraba con un muelle, y quedaba a solas con el joven. Se arrimó ligero hacia la mesa, cogió la carta y la abrió.

Su rostro dominante, satisfecho y contento, tornóse sereno y torvo. Sin preocuparse de Carroll, se puso en pie, y llegándose a un aparato telegráfico, que había a un lado de la mesa, manipuló unos cuantos botones de marfil con repentina energía. Luego volvió a la mesa y comenzo a hojear con rapidez el índice y los endoses de las filas de papeles apilados entrente de ella. Carroll vió rápidamente también un paquetito de cartas escritas con una letra inconfundiblemente femenina, delicada, y se aseguró de que eran las que buscaba. Sin levantar los ojos, Prince pre untó con brusquedad:

-A quién le ha contado ella esto?
-Si se reflere usted al contenido de

esa carta, fué escrita y me fué entregagada hace unas tres horas. Desde entonces no ha salido de mi poder.

—; Hum! ¿Quién está en la casa? Estarán Buchanan, Raymond y Víctor Gutiérrez. ¿No?

—Creo, si es eso lo que usted desea saber, que la señora Saltonstall no ha visto a nadie más que a su hija desde que supo la noticia —dijo Carroll, si guiendo aún con la mirada el particular paquetito de cartas, mienthas Prince continuaba examinándolas. Este preguntó:

-¿Está usted seguro?

-Casi seguro.

Prince levantóse, esta vez con mayores muestras de sosiego y golpeó los nucillos con los dedos mecánicamente.

-Uno quisiera saber de pronto lo que ha de saberse en una transacción que cambia el frente de nuestros cuatro millones de capital en unas cuatro horas ¿eh, capitán? —dijo, mirando por vez pri. mera a su huésped-. Hace cuatro horas, en este mismo cuarto, averiguamos que la viuda de Saltonstall debía al doctor West cerca de un millón, y calculamos que podríamos sacarla del apuro con quizás la mitad. Si tiene la asignación de la propiedad del doctor, que menciona en su carta, como seguridad colateral, y si todo esta en regla, y, por decirlo así, toma ella el puesto del señor West, nosotros debemos a éste unos tres millones, ¡canastos!, y tenemos que saldar con ella; eso es todo. Usted ha venido a arrojar aquí una pequeña bomba, capitán, y las particulas están volando ahora hacía San Francisco. Confieso a usted que es un golpe regular para mí. Siempre pensé que el viejo estaba algo metido en aquella casa; pero la dama era una mujer, y él un hombre, a pesar de sus sesenta, y en esa com. binación no pensé jamás. Lo que tan sólo me maravilla es que no se lo haya engu. llido antes.

El rostro del capitán no dió señales de azoramiento o satisfacción por las noticias de que había sido inconsciente portador, ni de resentimiento por la grosería de la transacción.

—No parece haber ningún memorán, dum de esta asignación —continuó Prince volviendo a hojear los papeles.

-¿Ha mirado usted aquí? -dijo Ca. rroll, tomando el paquetito de cartas

—No; parecen cartas particulares a las que hace referencia en la suya y que desea le sean devueltas.

—Veamos —dijo el capitán, desatando el paquete. Había tres o cuatro con letra apretada, en inglés y español.

—Son cartas amorosas y por eso las quiere la vieja dama —dijo Prince—. No quiere la engatusadora que trasciendan al público.

—Miremos más cuidadosamente —dijo Carroll con agrado abriendo las cartas una a una ante Prince, pero, no obstante, de modo que pudiera frustrar cualquier intento de éste para leerlas—Aqui no parece haber memorándum alguno. No son, evidentemente, sino cartas particulares.

—Así parece.

El capitán retiró el paquete y lo intro. dujo en su bolsillo.

—Se las devolveré —dijo tranquilamen. te. —¡Hola! Ha dicho usaed... —exclamó

Prince dando un respingo.

—He dicho que se las devolvería —re-

pitió el joven con calma,
—;Pero yo no se las he dado a usted! No consiento que se separen de los
papeles.

--Lo siento --dijo el capitán con frialdad--; hubiera sido más correcto.

-¡Correcto! Yo le llamo a esto robar.
-Robar, señor Prince, es una palabra,
que estaría mejor en boca de la persona
que reclama estas cartas, para describir
el acto de uno que quisiera arrebatárselas. Eso, en realidad, no puede referirse
a usted o a mí.

—¡Acabemos! ¿Se niega usted a devolvérmelas? —dijo Aladino, pálido de rabia.

-Decididamente.

—¡Está muy bien, señor! Ya veremos. Llegóse a un rincón y tiró del cordón de una campanilla.

—He llamado a mi administrador, e imputaré a usted el robo, en su presencia.

-No lo creo.

-¿Por qué, señor?

—Porque la presencia de una tercera persona me obligaria a arrojarle a usted a la cara este guante, ya que, como caballero no podría hacerlo sin testigos.

Se oyeron pasos en el corredor; en cierto modo, Prince no era cobarde, pero tampoco un necio. Sabía que Carroll cumpiiria su palabra; que se vería obligado a batirse con él; que, fuesen cualesquiera las condiciones del duelo, se sabría la causa, lo que no redundaría en beneficio suyo. En aquel momento no existían testigos del insulto inferido, y nadie obraría más sabiamente. Las cartas no merecian la pena. Se llegó a la puerta, la abrió y dijo:

-No me ocurre nada —y cerró de nue.

Volvióse, con afectado descuido, y añadió:

—Tiene usted razón. No soy el llamado a representar aquí una escena que puede representar por mí la ley en cualquier otra parte. Ya se pondrá pronto en claro si tiene usted derecho a las cartas, y si es correcto el procedimiento empleado para adquirirlas.

No pretendo eludir responsabilidad alguna en este asunto, sea legal o no dijo Carroll fríamente, poniéndose en pie.
 Mire —díjole Prince de pronto, vol.

viendo a su ruda franqueza—; usted de. bió pedirme esas cartas.

-Y usted me las hubiese dado -repuso el capitán. Prince rió.

-¡Eso es! Diga usted, capitán, ¿le enseñaron a usted esta clase de estrategia en West Point?

-Me enseñaron que no profiriese ni admitiese un insulto bajo bandera blanca -respondió Carroll plácidamente—. Y me autorizaron a hacer transacciones bajo la misma regla. Recogí esta cartera en el sitio donde ocurrió el accidente al doctor West. Evidentemente es suya. Se la dejo a usted, puesto que es su ejecutor.

El instinto de reticencia, ante un hom. bre con quien nunca podía confiarse, le hizo o aludir a este otro descubrimiento.

Prince tomó la cartera y la abrió me. cánicamente. Después de hacer un bre. ve escrutinio de la memoranda que contenía, su rostro adquirió el aire de concentrada atención que puso al comienzo de la entrevista. Alzando sus ojos a Carrol. dijo con rapidez:

La ha examinado usted?
 Lo preciso para ver que no contenía nada relacionado con la persona que represento.

El capitalista vió la clara mirada del joven oficial. Cuando volvió la suya, ha. bía en ella una expresión de embarazo.

—Ciertamente. No hay más que notas de negocios del doctor. Muy importantes para nosotros, ¿sabe usted? Pero no contienen nada referente a esa señora. Gracias por el cambio. ¿Quiere usted beber algo?

—No, gracias —contestó Carroll, dirigiéndose a la puerta.

—Adiós, pues, capitán.

Alargó la mano. Carroll, con sus claros ojos mirándole aún fijamente, pasó fren. te a la mano extendida, abrió la puerta, se inclinó y fuése.

Las mejillas de Prince se tiñeron ligeramente, y, cuando se cerró la puerta, lanzó una pequeña carcajada. De haber sido un villano dramático, hubiese añadi, do al fin soliloquio, en el que hubiese en.

sayado el hecho de que la oportunidad de la venganza había llegado «por fin»; de que el altivo vencedor que acababa de marcar había dejado en sus manos el ar. ma para destruir a su amiga»; de que «la hora había llegado»; y quizás hubiera exclamado: «¡Ah, ah!» Pero, siendo un hombre práctico, afable, un pillete egoista, ni peor ni mejor que sus vecinos se sen. tó a la mesa y pósose a considerar cuidadosamente cómo podría hacer mejor uso de aquella memoranda, en la que el doctor West daba pruebas de la existen. cia de su hijo, y, en consecuencia, del descubrimiento de un heredero legal de su propiedad.

#### VIII

Cuando Faquita se cercioró de que su joven dueña hallabase seguramente ence. rrada con doña Maria aquella mañana, y de que era inaccesible a ojos u oídos ex. traños o curiosos, creyó apropiado correr a reuinrse con los compañeros de servidumbre para tratar de la evidente decadencia de las rancias, feudales y patriar. cales costumbres familiares.

-Ya recordarás, Pepita, que tiempos atrás, cuando ocurría un suceso de esta clase, se hablaba de él a la hora del almuerzo, estando presentes todos, hasta nosotros. Cuando mataron a Joaquín Pa. dilla en Monterrey, la misma doña María nos lo contó; ella fué quien leyó las car. tas en voz alta e hizo descripción de los agujeros que hicieron los proyectiles en las ropas. Padilla era primo carnal de Gu. tierrez. Pero ahora que un potro ha en. viado al otro barrio a ese doctor america. no, la familia se encierra para que no se le hagan preguntas ni tenga que dar ex. plicaciones.

FiAh! -exclamó Pepita-. Pero respecto al suceso, Sánchez sabe tanto co. co el que más de la familia, porque él fué quien lo vió todo.

-¿Qué lo vió él?

-¿Qué lo vió él? -preguntó Faquita con avidez.

-¡Claro que si! ¿No fué él quien tra. jo a casa a Pereo, que se hallaba con uno de esos soponcios en que ve visiones? ¡El bendito San Antonio nos libre de ellos! -dijo Pepita-. ¿No fué él quien, cuando recogia a Pereo de la tumba de Kooroto. ra, vió que el potro del doctor cargaba sobre ellos como un toro bravo, y que el viejo no podía sostenerse sobre la silla? Y Pereo rió con risa salvaje y dijo: «Mira si el coyote va siguiendo las huellas del potro». ¡Y Sánchez corrió, y vió que el coctor se perdía de vista, galopando hacia su muerte! Así fué, como Pereo lo profe. zó. Porque no había transcurrido media hora cuando no volvió ol Sánchez el ruido de sus herraduras, ¿comprendes? Y se dijo: esto ha concluído.

Las dos mujeres temblaron e hicieron la señal de la cruz.

-¿Y qué dice Pereo de lo fulminante que fué su profecía? - preguntó Faqui. ta, envolviéndose en su chal con cierto aire de terror supersticioso.

-Tal vez no lo comprenda. Ya sabes lo ofuscado y mudo que queda después de esas visiones; sale de ellas como un resucitado, sin recordar cosa alguna. Ha permanecido como un leño toda la maña. na.

-¡Ala! Pero estas noticias debian espabilarle. El no quería a ese solapado doctor. Vamos a buscarle; quizá esté allí Sán. chez. A la dueña no le hacemos falta ahora; los huéspedes están atendidos. ¡Vamos!

Comenzó a caminar en dirección al ángulo este de la casa, que comunicaba con el corral y los establos por medio de un corredor. Aquel sitio era el de la vieja pertería, o habitaciones del mayordomo quien, en otras funciones, ejercía la de vigilar las salidas y entradas de la casa. Constituían sus dominios un gran despa. cho, una antesala, un cuarto de guardia, un vestíbulo para los criados y el dormi. torio de Pereo. Unos cuantos peones hallábanse reunidos en el vestíbulo, cerca de la puerta del dormitorio de Pereo. Extendido sobre una cama baja, amarillo como la cera, con una luz ardiendo bajo un Crucifijo cerca de su cabeza, una rama de palma bendecida, que, según el pueblo, tenía por objeto ahuyentar los malos espiritus para que no tomasen posesión de sus inertes facultades. Pereo parecía un cadáver. Dos sirvientas, envueltas en mantos, que hallábanse sentadas junto al lecho, pudieran haberse tomado por planideras, a no ser por su charla incesante.

-; También tú aquí, Faquita? -dijo un robusto marimacho—. ¡Es extraño que hayas podido robar tiempo a los rezos por el alma del doctor americano, para venir a interesarte por la salud de tu superior, el pobre Pereo! Doña María dijo que ya nada tenía que ver con el bruto borracho de su mayordomo.

La terrible fascinación del desencaja do rostro de Pereo no evitó que Faquita agitase la cabeza, mientras replicaba que

no estaba alli para defender a su dueña, de perezosos murmuradores.

-¿No? -preguntó la otra sirvienta-. Pues ¿qué es lo que dijo?

-Dijo que nada le faltase a Pereo, pe. ro que ahora no podía verle.

La asamblea lanzó un murmullo de indignación y simpatía, al que siguió un largo suspiro del hombre insensible.

-Sus labios se han movido -dijo Faquita, fascinada todavía por la curiosidad. ¡Silencio; va a hablar!

Los labios se movieron, pero su alma duerme aún- observó Sánchez profética. mente-. Se están moviendo desde muy temprano; desde que vine a hablarle y le hallé tendido en el suelo con un ataque. Estaba, como veis, a medio vestir; como si hubiese intentado levantarse para salir.

-¡Callad! Os digo que habla -inte. rrumpió Faquita.

El enfermo, entre unas pequeñas burbujas que salían de sus rígidos labios, articulaba algunas palabras.

-Se trevió conmigo. Dijo que yo era viejo, demasiado viejo.

-¿Quién se te atrevió? ¿Quién dijo que eras demasiado viejo? —preguntó Faqui. ta con ansiedad, inclinándose sobre él.

-¡El, el propio Koorotora en forma de coyote!

Sánchez lanzó a los otros una mirada significativa, como si quisiera indicar aquella confirmación de su diagnosis.

-; Ay! ¡Terribles noticias! El doctor West fué encontrado muerto esta maña. na a dos millas de la casa.

-; Muerto el doctor West! - repitió Pereo despacio, como tratando de comprender el verdadero significado de las palabras. Entonces, viendo la vacuidad de su pregunta en las caras de los que le rodeaban, añadió apresuradamente, con debil sonrisa: -;Oh. si! ¡Muerto! ¡Ya lo recuerdo! ¿Y ha estado enfermo, muy enfermo?

-Fué un accidente. Fué despedido del caballo y murió —respondió Sánchez con gravedad.

-¿Dices que fué muerto por su caba. llo? -interrogó Pereo, con repentina fijeza en su mirada.

-¿Pero no recuerdas, Pereo, cuando se precipitó sobre nosotros en el terraplén, que tú dijiste que algo malo iba a ocurrirle con el bruto? ¡Así fué, San Antonio bendito, a la media hora!

-¿Cómo lo viste?

-No lo vi, porque el caballo volaba; pero es igual. ¡Bueno, ello es que así ocurrió! El forense, que conoce lo ocurrido, ha dicho eso hace una hora. Juan trajo

cos que acostumbraba a sur ener tanto, no sólo no pudo hace necesitó de todos sus cuidado el d momentos. No fué al funera aspit la señora Saltonstall; pero tuvo representada por Maru po quienes acompañaban uno grano de rostro moreno, el capita do; y Raymond. Un buen número no sociados a los negocios, Ala quién reunión de su casa, los tratmento la granja y un grupo de objedav molinos de las faldas del mon son. ron a la asamblea, reunien pi rústicos cobertizos y casas degab formaban la única habitación xcep Rancho de San Antonio. Ha bre luntad del difunto que fues dijo en el centro de uno de sus no! prolificos, como horrenda aquella naturaleza que estal ciendo, sin señal ni monume dicasen el sitio, y que hasta que se echase sobre él, a su po fuera nivelado con el resta liene por medio de las extinguido regun los arados. Se cavó una fose farul un cuarto de milla de su o mpa centro de un trigal tan espeso dest chi espacio segado alrededor in jinda piese la multitud a presencia por su un anfiteatro de oro.

Ofició un distinguido clera Uste Francisco. Hombre de tacto tación política, hizo resaltar tachable del difunto, los bene ticos que realizó en favor de la del país, y hasta ensalzó su teista en la elección de su t un reconocimiento formal d polvo al polvo». Pagó un recon plimiento a los asociados a l del difunto, y sin que, en tem les, reclamase «una continua; pasados favores» para sus sue tal modo se las compuso para clar tan eficaz recomendación yectos comerciales del finacio de Aladino la expresiva alaban su sermón fué «tan exceiente cinco por ciento en el capital Maruja, que había permanec

junto al carruaje, lánguidamen y abstraída hasta bajo las tier ciones de Carroll, diose repenti de otros ojos que se fijaban e alzar la vista, se sorprendió de templada por el hombre a o encontrado dos veces, una bundo y otra como viajero en el cual se habia unido tranqui un grupo que hallábase cerca de presionada por la idea de que dad, aquella era la vez primer joven la había mirado, sintióse i por una singular timidez, hasta propio asombro e indignación, gada a bajar los ojos ante su m vano trató de alzarlos con sua supremo poder de fascinación, s vez se había sonrojado creyó quinja I aquella ocasión. Supo que su resempar dejatar su sensación; y por fin se re ruja, la diosa de la sangre fria a los suficiencia, volvióse hacia Carrol Confor ma semihistérica, y con infamimente buscando alivio en una afectada ret gerada absorción de sus atenciaruja casamente dióse cuenta de que co por había cesado de hablar, cuani ma o mond se acercó a ellos por detricos l samenie.

-Les ruego no crean que toda tudes humanas van a ser enterra jor dellera decir desparramadas campo de trigo. Unas pocas sob y treparán hasta salir de la tr decter. Oigan ustedes una hist acaban de contarme, y dejen de se atreven ustedes) en la grafitu na. ¿Ven ustedes aquel ruffaness toresco joven?

Maruja no alzó la vista; se sir de aliento y pendiente de las palabras del que hablaba.

-; Hombre ese es el loven de da que recogió, vuestro abanico! -Tal vez -dijo Maruja con P cia.

Hubiera dado un mundo por de volverse friamente a mirarle momento con los demás, pero no vió. Se conformó con sacudir su te con su abanico el polvo que l la manga el capitán Carroll; s femenina de tierno cariño que

vivamente al caballero. -Fues bien -continuó Rapi aquel individuo hace unos tres dias llegó aquí como un vagable husca de todo menos de un traba rado. Nuestro lamentado amigo tor consintió en parlamentar con sa muy de notar en aquel senon davía es más de extrañar el que ra ropas y hasta se dice que a nero, y que le enviase camino Pero lo que más extrañeza causa de es que nuestro amigo al de la muerte de su bienhechor, pasos atrás para asistir a su Muerto el doctor, sus ejecutores

sentirse con deseos de emular sus



Faquita retrocedió, lanzando una risita, mezcla de vergüenza y de miedo.

-Siempre está así -dijo Sánchez sen. tenciosamente-; eso mismo dijo anoche cuando le recogi del terraplén. Ahora dormirá, ya verás. No pasa de ahí de Koorotora y el coyote; luego se duerme.

Y ante los atemorizados criados, quie. nes sentian un respeto creciente por la sabiduría de Sánchez, Pereo cayó en un sueño letárgico. Era ya avanzada la tarde cuando recobró el conocimiento.

-¿Qué es esto? - preguntó rudamente, sentándose sobre la cama y mirando a los que le rodeaban, muchos de los cuales habían sucumbido al sueño, mientras otros se entretenian jugando a los naipes—. ¡Caramba! ¿Estáis locos? ¿Tú. Sánchez, aquí? ¿No debías estar ahora en tu obligación, en los establos? Tú, Pepita, ¿está durmiendo tu señora o ha muerto, puesto que aquí te encuentras? ¡San An. tonio bendito!

Alzó la cabeza con un triste movimien. to de dolor, e intentó levantarse del lecho.

-Despacio, Pereo; estate quieto -dijo Sánchez, acercándose a él—. Has estado enfermo, muy enfermo. Estos amigos mios estaban aquí esperando tan sólo el momento de que estuvieses mejor. No se les debe reñir por no hacer nada. Doña María dijo que no te hacían falta cuida. dos; y realmente, desde la terrible noticia ha habido muy poco que hacer.

-¿La terrible noticia? - repitió Pereo.

HEIMANNIH HIIMAN MARKET BERNELLE BERNEL

la noticia desde el rancho donde se hizo la información. ¡Pasado mañana habrá fu\_ neral, y, como es de suponer, irá alguien de la familia! ¡Imaginate, Pereo, un Gutiérrez en el funeral del doctor america. no! No me cabe duda que doña María te hará el encargo de que reces una oración ante su féretro.

-¡Calla, necio, y no hables así de la dueña! - rugió el viejo, sentándose erguidamente-. ¡Largo, a los establos! ¿Me oyes? ¡Ve!

-¡Demonio! - exclamó Sánchez, salien\_ do apresuradamente del dormitorio al ver que la estirada silueta del viejo alzábase como un espectro—. ¡Ese es él otra vez! ¡San Antonio bendito! ¡Ya ha recobrado el mayordomo sus facultades!

Al día siguiente hallábase Pereo en sus ocupaciones habituales, quizás con un tigero aumento de severidad en sus modales. El cumplimiento de su profecía, relatada por Sánchez, añadió a la reputación supersticiosa que gozaba el espectáculo del caballo corriendo ante los ojos del profeta. Faquita hizo correr la opinión de cuantos iban haciéndose escép. ticos, manifestando que era fácil profetizar la muerte del doctor. Hasta se dijo q. la aversión que doña María sentía hacia Pereo dimanaba de que, cuando ocurrió el accidente la dama creyó que el mayordomo pudo prestarle algún auxilio. Pero Sánchez observó que, minutos antes de ceurrir el hecho había caído Pereo en uno de esos singulares ataques epilépti-

enerosidad, y no habiendo oca. futuros favores, miraron el ac. el de una pura y sencilla gra. leral espita! No sé si será él el úniro le salmente esté aquí apenado. Yo aruj ni porque está aquí vuestra her. Biroll ha venido porque usted più vi y usted lo ha hecho porque ero no a podido venir.

ruién le cuenta a usted estos entos? —preguntó Maruja, con odavia vuelta hacia Carroll. mon rison, el sobrestante, quien, con práctica y larga experiencia as disgabindos, quedó asombrado de ción excepción de la regla general.

bre hombre! Debia hacerse algo dijo Amita compasivamente. gritó Raymond con afectay vamos a estropear esta per. ctoria? ¡Nunca! Si yo fuese a diez dólares, creo que me daria asta spié; y si los tomase, se lo daría

resto fiene mal aspecto, ¿verdad Maru. uidon eguntó Amita a su hermana. fosa varuja se había retirado unos pa. u of ompañía de Carroll, y parecía esspeso s'este tan sólo. Raymond sonrió dor inda perplejidad de las cejas de encia or su indiscreción.

preocupe usted de ellos -mur. Usted no puede esperar hacerse e su hermana mayor. Digame we yo vea ahora mismo si puedo vagabundo virtuoso? No tiene is que decirlo.

interés de Amita pareció tan mente extinguido con el senciemiento de Raymond, que son. del sólo, se ruborizó y dijo:

recom

amen

o de

rca de

t his

ratitu

chor,

su

itores

oído de Maruja no perdio una de estos apartes. y durante un odió a su hermana por rehusar lamente la proposición de Ray. ero dándose cuenta bajo sus pes. ción / que el forastero ibase con el ue se dispersaba, se reunió con laban su forma habitual. Los deniás, sibido al carruajo; pero a Maruja oital e etio en la cabeza proseguir a pie rústico edificio cuando hubieran del duelo. El sobrestante. Haonrojado y alarmado por aquella n de belleza inacces ble en su um. Jan e adelantó con avidez.

uiero molestarle ahora, senor rison —dijo Maruja con una gen. geración de las consonantes -; nin dia vendre a caballo y la ue me enseñe sus máquinas ma-

prime via sonrió y fuése en busca del ca. Pero antes de que se hubiera ale. hasta ucho, vió que lo había perdido de ción, ratre los montones de mies. Detú. abriéndose las espigas de trigo na delante, aparecio una figura ferastero.

ción, eyó quia retrocedió un paso, sintiéndo. su re amparada por completo. El, por su r fin se retiró de nuevo al trigal, suje. e fria la los lados las espigas para dejarla Carro Conforme la muchacha avanzó me. infan mente, sin pronunciar una palabra, fectada retrocedió, abriendo paso, hasta atendraruja pudo distinguir la fusta del que so por encima de los tallos abatidos cuani nia delante. Alli se detuvo él, con detri us todavía extendidos, para dejarlibre. Ella trató de hablar, pero o sino hacer una inclinación de ca. eslizarse junto a él con la extraña n sugerida por la actitud del jomadasi que evitaba su abrazo. Pero en LS SOM reciso momento, bajo los brazos stero, se cerraron los tallos de trisapareció de su vista. Maruja lle. en de

les, y se abalanzó sobre su herma. ianeso se sin aria Santisima! ¿De dónde vienes?

arruaje casi sin ser vista por los

las 8 talli —respondió Maruja, con un allo nervioso, señalando los mon.

nico! mamos que te hubieses perdido. con in unien lo temi yo —repuso Marualdo al cielo sus lindas pestañas. as se envolvía los hombros en el

dir die ha ocurrido a usted algo? Tie. que les en un aspecto extraño —observo oll; si secercándose más a ella.

que es vos de Maruja centelleaban, pero Intensamente pálida.

nada! —respondió, echando tres o mada a los trigales.

agabil no fuera incorrecto, diria que el West le había hecho una visita migo de dijo Raymond mirándola er con whosidad.

a asustada parezco? Pensó que jamás la había visnermosa. Sus pestañas tembla. el fuego de sus ojos como si sido rozados momentáneamen. al el ala de una fuerte pasión.

qué piensa usted? —preguntó cuando emprendieron la marcha. pensaba en que el forastero la

había mirado con admiración y en que sus ojos eran azmes. Pero, mirando man. quilamente a su adorador, dijo con dul. zura:

-En nada creo que pueda interesar a usted.

#### IX

A la noticia del traspaso de dominio de la propiedad de West a la senora de Saltonstall siguió la no menos asombrosa de que en el testamento del difunto se la cedían todos sus bienes, una vez pagadas las deudas y obligaciones. Esto lo hacía en reconocimiento de su talento e integridad en los negocios durante su reciente asociación, y como evidencia de la confianza y afecto imperecederos del testador. Sin embargo, después de la prime. ra sorpresa, el caso fué aceptado por la comunidad como una cosa propia y natural, bajo aquel singular instinto de humanidad que se somete sin escrúpulos en la unión de dos grandes fortunas; pero que discute agudamente la conjunción de la pobreza y la abundancia, y mira tan sólo los motivos interesados donde existe disparidad de riqueza. Si la señora de Saltonstall hubiera sido una pobre viuda. en vez de ser rica; si hubiera sido ama de llaves del doctor, en vez de 'amiga asociada a sus negocios, el legado hubiera sido objeto de crítica, a menos que el testamento no fuese legal.

Pero aquella combinacion, que colocaba todo el valle de San Antonio bajo el do. minio de un solo individuo, parecía ser perfectamente legitimo. Más aun: algún vago rumor respecto al pasado del doctor y a sus antiguos devaneos no sirvieron si\_ no para hacer más respetable aquella disposición de su propiedad, eminentemente práctica, borrando con ella toda irregula. ridad moral de su juventud.

Aún fué más expresivo el efecto en las amas colaterales de la familia de los Gutiérrez y en los criados y paniaguados. Las fortunas y tradiciones de la familia parecieron haber cambiado en aquella ocasión; la hembra de los Gutiérrez, en vez de haber menguado la propie. dad la había acrecentado; el intruso fo. rastero había sido despojado; la suerte de La Misión Perdida había cambiado; la maldición de Koorotora habíase tro. cado en una bendición; su profeta y des. cendiente, el mayordomo Pereo, se movía en medio de una atmósfera de adulación supersticiosa y de respeto entre la servi. dumbre y las gentes vulgares. A veces recibía este reconocimiento de su poder con cierta exaltación de orgullo grandilocuente, incomprensible para otro que no fuera un servidor español; y en otras ocasiones, con cierta triste penosa falta de percepción y una expresión de asustadizo aturdimiento, que cuadraba mal con su reputación de vidente y taumaturgo.

-Ya lo ves -dijo Sánchez a la, en parte, escéptica Faquita-. No sabe más que un niño de lo que es poder. Esa es la prueba de ello.

Tan sólo doña María no participaba en la apreciación de Pereo, y cuando se propuso celebrar una fiesta de regocijo bajo el viejo peral, cercano al terraplén indio, su indignación fué grande.

-¿No es bastante que hayamos sido ri. dículos en el pasado —dijo a Maruja—, por la intervención de ese loco, que aún quereis que la memoria de nuestro ami, go sea escarnecida por su generosidad, convirtiéndolo en un triunfo del necio antecesor de Pereo? Debía creerse que esos coyotes y los huesos de Koorotora habían sido ya enterrados con la cruel chismografía de tus relaciones respecto a mi po. bre amigo. (Doña María tenía la costum. pre reciente de dirigirse particularmente a Maruja cuando aludía a la familia). Hacedle ver que la tumba de sus ante. pasados no sustenta las raices del peral y de su templo pagano destruído. Si como dice el ingeniero, puede establecerse un ferrocarril para La Misión Perdida, acepto el que, con menos sacrificio para la finca, pueda pasar por aquel punto del paraje que está sin cultivar y es el lugar apropiado para que pase.

-Usted no consentirá que eso se lleve a cabo, madre -dijo Maruja, impre. sionada repentinamente, por aquella nue. va fuerza descubierta en el carácter de doña Maria.

-¿Por qué no, muchacha? -preguntó friamente la viuda de Saltonstall y pla. nidera del doctor West-. Admito que fué discreto, por tu parte, en tiempos pasados el que tuvieses alli entrevistas sentimen. tales con caballeros a quienes, como los huéspedes del hidalgo que conservaba el esqueleto en su fiesta, se les hacía recor. dar la mutabilidad de sus esperanzas por los huesos y la leyenda de Koorotora. Pero con la explosión de esa idea de maldición primitiva, como Eva, sobre la propiedad —añadió doña María con ligera amargura—, deberás tener tus citas... en cualquier otra parte. Escasamente podrás mantener a distancia al capitán Carroll por más tiempo, por mucho que agites ante sus narires los huesos de Koorotora. Y, a decir verdad, muchacha, desde el asunto

de las cartas y su conducta discreta y honrada desde entonces, no veo por que habías de hacerlo. El capitan tiene en sus manos la reputación de tu madre.

-El capitán es un caballero, mamá dijo Maruja.

-Y como son escasos, hija mía, debian ser recompensados y conservados. Eso es lo que quise decirte, tonta; ese capitán no es rico, pero tú tienes suficiente para los dos.

-Pero fué Amita quien le trajo aqui primeramente —uijo Maruja mirando al suelo con un aire de embarazoso descui. do, que dona María juzgó exagerado re. cato.

-no intentes enganarme ni enganarte, hijita, con esa tonteria. Eres lo vastante vieja para conocer el pensamiento de un nombre, ya que no el tuyo. Auemas, yo no se si ponure objecion a que le guste Kaymonu. Es muy 118to, y pour a ser un amparo para aigunos de tus parientes. Seria inapreciante para nosotros en los apulos que pueuan soprevenir en esos negocios mecanicos que desconozco, como el monno y el terrocarril.

-6x usued propone aumitir a los maridos como socios del negocio? -pregunto maruja, que habia iscoprado su se. remaau-. Le auvierto a ustea que et capitán Carroll es tan escupido como pue. da serio un caballero, mucho me excranaria que no haya estado tan desalinado en ocras cosas, como en lo de preferirme a Amila. Ce conno anoche que habia encontrado una cartera perteneciente ai coctor, y que se la navia entregació a Alagino sin testigos ni recipo; y, eviden. teniente, por su propia voluntad.

-¿Una cartera del doctor? -repitió dona Maria.

-Si, pero no contenia nada tuyo; tuvo el suliciente sentido para pansar en eso. Y yo tengo prisa por peutrie tu con. sentimiento y tu benaicion, magrecita. Hasta celepraria que Amita me preceulese camino del aitar, si las exigencias del ne. gocio lo nicieran preciso. Ademas, quizas eso asegurase para mi al capitan Carron No me mires asi, en esa forma comercial, con interés compuesto en tus ojos. No soy, seguramente, tan pobre inversion de u capital original.

-Eres mja de tu padre -dijo doma Maria, pesandola repentinamente—, y eso es decir bastante. La Virgen Sanusuna lo sabe. Ahora ve —continuó, empujan. dola suavemente fuera del cuarto- y

enviame a Amita. Quedose observando la desaparición de Maruja, que agitaba los hombros con 11gera rebeidía, y añadió para si: «¿ Y esta es la criatura que Amita realmente cree que esta muerta de amor por Carroll, hasta el punto de no poder comer ni dormir? ¡Esta es la muchacha que Faquita me dijo que ya no tenía aficion a los ves. tidos ni a los adornos! ¡Alma de Jose Saltonstall! —exclamó la viuda alzando a la par los hombros y la mirada—. Tie. nes muchas cuentas que rendir.

Dos semanas después asombró también a su hija.

-¿Por qué no te unes a la partida que va a ver las maravillas dei raiacio de Alagino hoy? Es más natural que acompañes tú a los huespedes, que no que lo hagan Raymond y Amita.

-Yo no he cruzado aquenas puertas desde el día en que se mostró irrespe. tuoso con la hija de mi madre —dijo Ma-

ruja sorprendida. -¿Irrespetuoso? - repitió doña María con impaciencia—. La hija de tu padre debía saber que, ignorante y vulgar como lo es, no puede ser irrespetuoso. Y existen ofensas, chiquilla, que cuesta más ol. vicarlas que recordarlas. Puesto que no abriga la pretensión de disculparse, no veo la razón para que no vayas. El no ha estado aquí desde aquel asunto de las cartas. No le toleraré que se muestre inci. vil en ese punto. ¿comprendes? Me es útil en los negocios. Debes de llevar a Carroll contigo; él comprenderá eso.

-Pero Carroll no irá -respondió Ma. ruja—. El no dirá lo que paso entre ellos, pero yo sé que rineron.

-Tanto mejor, entonces, para que vayas sola. No hay necesidad de recordárselo. Creeme que él se sentirá demasiado orgulloso de tu visita, para que piense en cosa alguna.

Maruja, que ante la perspectiva de no ir acompañada por el capitán, parecía más aliviada, encogióse de hombros y

consintió. Cuando el coche de los invitados pe. netró aquella tarde en el patio del Pa. lacio de Aladino, el anuncio de que su hospitalario dueño se hallaba ausente y de que no volvería hasta la hora de ce. nar, no abatió su placer y su curiosidad. Como ya sabe el lector, las funciones de Prince como anfitrión eran caracteristicamente iregulares, y la sugestión del criado de que el secretario particular haría los honores creó poco interés.

-En realidad, no veo la más leve necesidad de molestar a ese caballero -di. jo Maruja con gentileza—. Conozco bien la casa y creo haberla enseñado una c

dos veces antes, en vez de hacerlo vues. no amo.

Y anadió, volviéndose a la reunión: -verdaderamente, que cumplimentada por mis aputudes para cicerone.

Despues de una pausa y con exage. raua accion, umua a una voz profuncia de contralto, anaulo:

-Atencion, senoras y caballeros. El salón en que nos hanamos es una co. pia periecia del Faulo de los Leones de la Amainora y lue terminado en catorce dias, y es de pino bianco y yeso, ascenuiendo su costo a diez mii dolares. De la pared pende una rotografia de la Estructura Original. Observaran ustedes, senoras y cabaneros, que la reproducción es perrecia. La Alnamora esta en Gra. nada, una provincia de Espana, la que se aice que, en muchos respectos, es pa. lecida a Camornia, donde, propablemen. te, habran notado usteues que se nabla to. davia por los antiguos pobladores el idioma espanoi. Ahora cruzai emos el patio de los establos por un puente que es un fac-Silvill, en apariencia y unimensiones, del Fuente de los Suspiros, de Venecia, que une el paracio de los Dux con la prision dei Estado. Aqui, por el contrario, en vez de ir a parar a un terribie calabozo, co. mo en ei gran originai, nos aguarda una nueva sorpresa. Permitiume, senoras y cabalieros que les proceda, ¡Se abre una puerta asi... y... ved!

Quedó callada en el umbral; el abanico cayo de su mano gesticuladora.

En el centro de un invernadero, bri llantemente iluminado, con columnas do. ladas, habia un joven en pie. Cuando ca. yó el abanico sopre el tallado pavimento, el se adelantó, lo recogio y lo puso entre los rigidos y mecanicos dedos de Maruja. Los invitados, que habian apiaudido su aparentemente artistico final, penetraron riendo en el invernaculo, sin notar su agitacion.

Eran el mismo rostro y figura del que ella recordada haber estado en pie frente a ella, sosteniendo los tallos de trigo, en el campo de san Antonio. Pero iba vestido y se comportaba como un caballero, y nasta parecia ganar en brillo deslumbra. der a 10 que le rodeaba.

-Creo cener el gusco de hablar a la senorita Santonstan —dijo el joven—. He ordo que ha orrecido usted dispensarme ue mis servicios; pero yo sabia que el senor Frince no quedaria satisfecho si yo no los realizada personalmente. Soy su secretario particular.

En aquel momento Amita y Raymond, atraidos por la conversación, se volvieron hacia ei, reconociendo al hombre que habian visto en casa del doctor West. El sijencio nizose emparazoso. Dos lindas muchachitas se acercaron a Amita, mur. murando a media voz:

-¿ Qué ocurre? ¿ Quién es su hermoso y carimalvado amigo? ¿Es esta la sor. presa?

Al oir sus voces, Maruja recobró su serenigag.

-Senoras -dijo, con un ligero movi miento de su abanico-: éste es el senor secretario particular, del señor Prince. Creo no mercee la pena de que le robemos un tiempo para el tan precioso. Permitame que le ue las gracias «por haber cogido mi abanico».

Con una sencina mirada de reojo pa. só junto a el, conduciendo a sus companeros al ouro exciemo del salón. Cuan. do Maruja se voivió, el joven nabía des\_

aparecido. -Esto tué, realmente, un final inesperado —dijo Raymond con maldad—. ¿Lo preparó usted acaso de antemano? Nosotros dejamos un vagabundo pintoresco al borde de la tumba; pasan seis sema. nas, atravesamos el Puente de los Suspi. ros y, joh, listos!, nos encontramos en el invernáculo un secretario particular Esto es cosa de Aladino.

-Ustedes podrán reirse -dijo Maruja, que había recobrado su sangre fria; pero si fuesen lo bastante listos, darían con la clave de lo que todo esto significa. ¿No ven ustedes que Amita está muerta de curiosidad?

-Volemos al momento a descubrir el secreto —dijo Raymond, haciendo que Amita se cogiese a su brazo.

-Consultaremos el oráculo en los es-

tablos. Vamos.

Los demás les siguieron, dejando a Ma. ruja un momento sola. Estaba a punto de reunirse con ellos, cuando oyó pasos en el corredor que acababan de cruzar y vió que el joven forastero apenas se había retirado sino lo suficiente para ha\_ cer paso a los invitados, con el fin de cruzar al otro edificio, en el que acababa de entrar. Al volverse Maruja para escapar con rapidez, los encajes de su sobre. falda enganchándose a las espinas de un cacto serpenteante. Con apresuramiento febril trató de desasirse, pero en vano. A punto estaba de sacrificar su delicado material, en su impaciencia, cuando se le acercó el joven tranquilamente.

-Permitame usted. Quizás tenga yo más paciencia, aunque tenga menos tiem. po -dicho agachándose.

Sus manos se rozaron. Maruja, dándose

por vencida, se irguió. El continuó desen. redando el encaje hasta dejario libre consciente del suave fuego de los ojos de Maruja sobre su cabeza y cuello.

—Ya está —aijo el joven, levantándos€ y encontrando la mirada de la muchacha Y como esta no hablaba, continuó:

-Està usted pensando, senonta Saltonstall, en que me ha visto antes, ¿no? rues si, me na visto. Pregunte a usted cual era el camino de San Jose una manana en que vagaba cerca de vuestra em. palizada.

-Y como sin duda buscaba usted alguna cosa mejor (cosa que parecio en. contrar), no se digno escuchar mis direcciones — dijo Maruja con presteza.

-kncontre un nombre (casi el unico que me ofrecio en este mundo una bonuac desinteresada) y en su tumba rece. Alli tropecé despues con usted. Luego en. contre otro homore, que me invito a venir aqui, y aqui iropece con usted de nuevo.

Maruja comenzó a sentirse histérica mente nerviosa, pensando en que alguien pudiera sorpremaerios juntos y napiando. Esto le proudjo una vaga sensacion de verguenza; no obstante, quedose. La extrana rascinacion de la semisalvaje melancona del joven, y aigo vituperable que parecia acusaria a los ojos del mundo, retenia las moras de su sensible ser tan cruei e implacapiemente como las espinas del cacto retuvieron sus encajes de sega. Sin garse cuenta de lo que gecia, tartamuaeó:

-Me alegro que relacione usted mi amistad con la época más afortunada de su viaa.

Dicho esto hizo ademán de irse, pero el joven lo notó y se apresuró a decir, con ligero tinte de amargura:

-Yo no hubiese vueno a entrar aqui; pero creia que ya se habia usted marchado. Y... temo..., temo que no sea esta la última vez que usceu me vea. El señor Prince quiere presentarme a usted y a su macre; supongo que considera eso una parte de mis obligaciones. Y debo advertir que, si está usced aqui cuando él vuelva, insistirá en ello, y hasta nos rogará que asistamos a la comida con esas damas.

-Quizas -dijo Maruja-. El es amigo de mi madre... Pero le queda a usted el recurso, que es una ventaja, de poder tomar la carretera.

La sonrisa con que pensó acompañar estas parabras no fué tan espontánea en la ejecución como en el pensamiento, y hubiese dado un mundo poder anular\_ las; pero el joven respondió: «Eso e», y, tranquilamente, se volvió de espalda, dán. dole ocasión de escapar. Maruja movióse indecida hacia el pasillo, pero se detuvo. El rumor de las voces de :- que regresa.

ban la dió ánimos. -Señor...

-Guest -dijo el joven.

-Si decidimos quedarnos a comer, como el señor Prince nada ha dicho de presentar a usted a mi hermana, ha de de arme que tenga yo ese placer.

Cuando él levantó la vista, en la que briliaba un repentino destello, Maruja ha\_ bía desaparecido.

Se unió a la partida, explicando la rotura de sus encajes como causa de su retraso; y la ligera agitación en sus palabras y en su respiración fué atribuida a la misma grave causa.

-Oye chica: lo hemos averiguado todo por el mayordomo y los lacayos. ¡Qué historia más romántica!

-¿Cuál?

-La de ese vagabundo tan particular. -El secretario peripatético -dijo Ray. mend.

-Sí -continuó Amita-; se impresionó tanto el señor Prince, por su gratitud hacia el viejo doctor, que le habló en San José y se lo trajo a casa. Desde entonces Aladino está tan interesado por el (pues parece tener alguien en los Esta\_ dos o algunas ricas relaciones), que no ha cesado de telegrafiar y hacer toda clase de indagaciones acerca del joven, y hasta ha enviado a su propio abogado para que averigue todo lo relacionado con el. ¿Oyes?

-Si. - Farece que está usted abstraída.

-No, siento apetito.

-Y ¿por qué no comer aqui? En esta casa se come una hora antes que en la suya. Aladino caeria rendido a vuestros pies por tal honor. ¡De fijo!

Maruja los miró con una vaguedad ino. cente, como si tal posibilidad comenzase

a hacerle mella. -Y Clara Wilson está muerta por ver nuevamente al misterioso desconocido. Di que sí, Maruja.

Esta los miró con una compasión ma-

ternal:

-Ya veremos. Al volver el señor Prince, una hora mas tarde, quedó encantado de la graciosa aceptación que hizo Maruja de quedarse a comer. Sabía perfectamente la causa por la que la heredera de Saltonstall renunciaba a tomar parte en sus reuniones y alegres fiestas; sus vecinos lo achacaban a cierto acto indiscreto producido por la exaltación del vino. Así que no pudo menos de apreciar, cualesquiera que fuesen sus gentimientos respecto a la madre, aquel acto de la hija que le rehakilitaba. Como consecuencia de esto, empleó más de la acostumbrada extravagancia en dar la bienvenida a los invitados y en hacer los preparativos de la comida. Se pusieron telegramas y se enviaron mensajeros a caballo para todo cuanto hacia faita. El equipo de novia fué puesta a disposición de las muchachas para que hiciesen uso de él. El atento anfitrión rebasó los límites de la galantería. Los trajes de tarde para Maruja, Amita y la senorita Wilson, fueron pedidos telegraficamente a La Misión Perdida, y una vez en el palacio de Aladino puestos en manos de sus dueñas, completamente cubiertos de ramos de flores, una hora antes de la señalada para sentarse a la mesa. Una orquesta, que se namaba de paso en una de las poblaciones vecinas, fue contratada por los esciavos del anillo para que hiciera música, sin ser vista curante la comida.

-Muerdeme un dedo con tus dientecitos —dijo Clara a mardja— para con\_ vencerme de que estoy despieta, joon las «Mil y unas noche», que se repiten!

La comida fue una maravula, aun en una tierra maravillesa; los postres de frutas, un mitagro, aun tratangose de un clima que dava los productos de dos zo. nas. Maruja, desde el asiento proximo al anfitrión, miraba a su hermana y al senor Raymond a través de un centro de rosas amarillas, dándose timida cuenta de las miradas del joven Guest, quien se hallaba al otro extremo de la mesa entre las dos señoritas Wilson. Con cierto recuerdo de su aspecto el día en que por primera vez vio al joven, le dirigia asustadizas miradas de curiosidad mientras comia, notando que hacía uso de su cuchillo v de su tenedor como los otros, y que su apetito no era voraz, ni mucho me\_ nos Fué Aladino quien primeramente recerdó su vida pasada con cierto entusias. mo y el aire de quien siente ansias de contribuir al entretenimiento de sus invitados.

-¿Usted no creerá, señorita Saltons. tall que ese joven caballero ha atravesado el continente (dos mil milias crue. les) solo? Cuénteles usted, Harry, cómo le secue traron a usted los apaches y luego le dejaron marchar porque pensaron que era usted uno de los suyos, y sómo vivió usted una semana en el desierto con dos galletas por todo alimento.

Un murmullo de aceptación y de deleite siguió a esta súplica. El rostro de Guest adquirió la expresión que uviera cuando se hallaba en la bahía; pero alzando los ojos, vió la mirada de ansiedad de Maruja, que no había desplegado los labios.

-Me fué necesario hace algún tiempo -dijo Guest como dando explicacionec a Maruja— ser algo explícito en los detalles de mi viaje a este punto, y pu se en conocimiento del señor Prince al. go que él juzga interesante para otros. Esc es todo. En cierta ocasión, para salvar mi vida, me vi precisado a portarme como un erdadero indio: hacer lo que ellos haclan, vivir entre ellos y viajar,

dió Raymond secamente, mirando a Maruja, la que, perdida en el complicado cibujo de su plato de China parecia no carse cuenta de que el anfitrión no esperaba sino su señal para retirarse to. dos Por fin, alzó la mano y dijo gentilmente, pero en forma que lo oyera Prin\_

-Es positivamente un modelo de lo más mederno; los modelos antiguos no tenían ese trazo tan delicado en los arabescos. Este, seguramente, habra sido hecho ex profeso para usted.

-Así es -unjo Prince, agradecido to: mando el plato-. ¡Que ojos tiene usted, senormas Samonstant ¡Lo ve todo!

-'lodo, menos que estoy naciendo esperar a ustedes -anadió con una sonrisa, posando su mirada en Guest, cuando se alzó del asiento. Aquél fué el primer cambio de insunto comun entre ellos, y fué tan expresivo para ambos como si se hubieran estrechado las manos.

La música fué pretexto para que pudieran hablar inconexamente, y que Prince y su joven amigo recibiesen de Maruja la

invitación de visitar La Misión y los de la reunión, de común volvieron al invernáculo, donde comenzó a elegirles flores de ale ras especies exóticas. Cuando Mo cibió la suya, díjole riendo: -¿Juzgará usted impertinente de

pida otra?

con ellos durante dos semanas. He pasado

hambre, como les habrá ocurrido a otros

en ocasiones semejantes; pero nada más.

reticencia, vióse obligado a acceder a las

suplicas y, con cierta seriedad, relató

algunos episodios de su viaje. Lo hizo

con la misma falta de emoción, de mala

gana, como si respondiera a las pregun-

tas de su padre y, probablemente, al es\_

trecho interrogatorio de Prince. Lo hizo

sin la menor emoción, pero con el aire te-

naz de quien ha estado sujeto a una

tristeza personal por la que no pedía ni

esperaba simpatía. Cuando no miraba a

pedes lanzaron un suspiro de suspensa

emoción—; ¿qué les parecerá a ustedes un

poco de música para continuar la histo.

dijo Amita a Raymond-. ¡Lástima que

el capitán Carroll, conocedor de todo

cuanto con los indios se relaciona, no se

halle aquí! Le hubiera divertido el rela-

to. Por más que Maruja no ha perdido

-No creo yo que se lo cuente -respon-

-Más bien parece una obra teatral -

-Bueno -djio Prince, cuando los hués\_

Maruja, fijaba sus ojos en el plato.

ria mientras tomamos el café?

palabra y se lo contará todo.

No obstante, a pesar de su evidente

-Tome usted cuantas quiera. I put ne más que cogerlas —replicó él lahí mente. -Eso es lo que no puedo hace alen

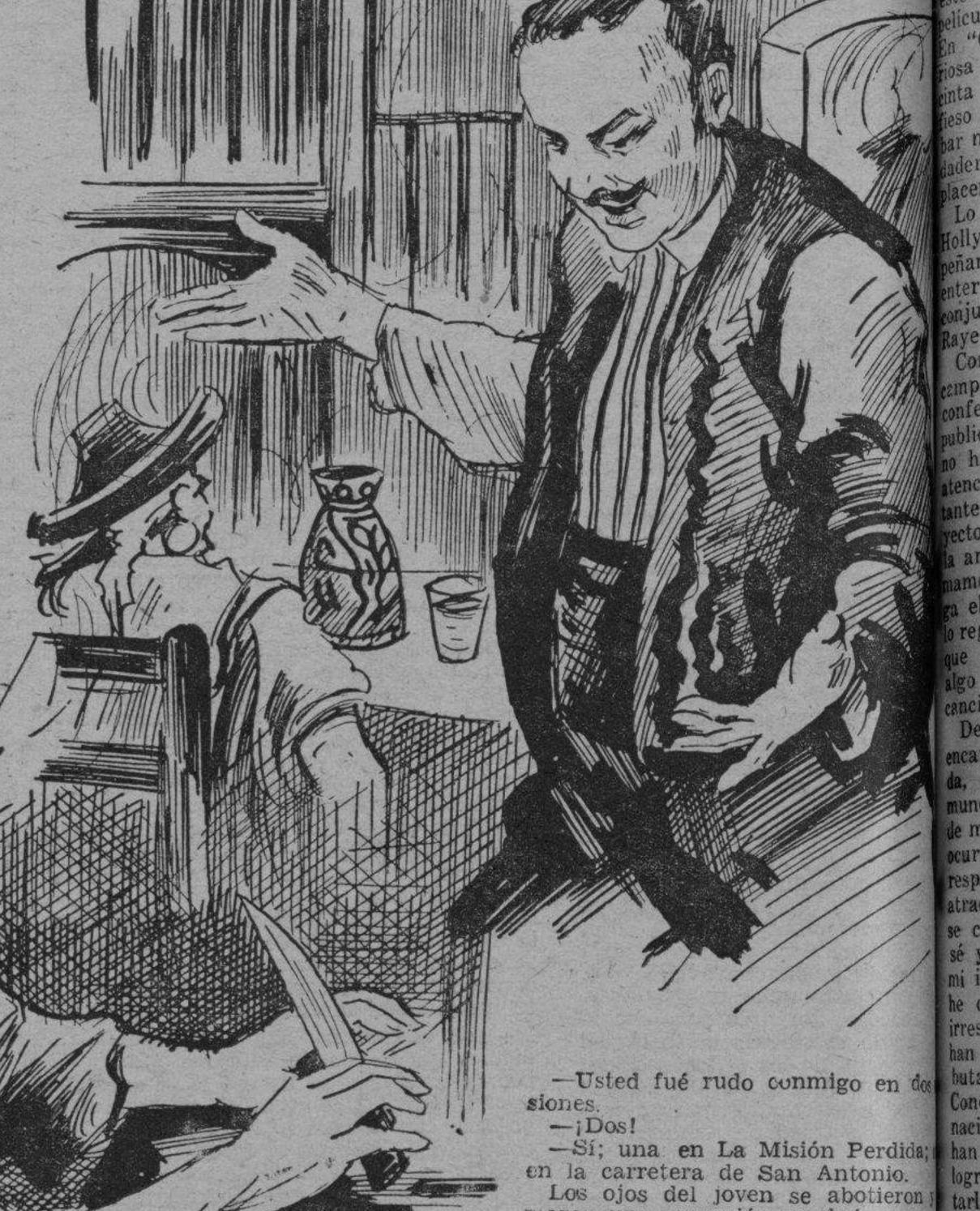
pondió Maruja, volviéndose hacia siendi -a menos que usted me ayude planta que estuve examinando ho -Creo que podré enseñárosla color algo más acentuado —dij que f

ven precediéndola hacia el me dister cacto cercano a la puerta-; pile, do que tenga flor alguna. Sin embargo, tenia. Un brote Est y rojo como una mancha de sar aro lo arrancó y ella se lo prendió en

luron. -¿Me perdona usted? -dijo Gi

mirado. -Debía usted saberlo -replico

chacha, bajando los ojos. -¿Yo? ¿Por qué?



-Si; una en La Misión Perdida; han en la carretera de San Antonio. Los ojos del joven se abotieron i tarl maron una expresión sombría.

-Aquella mañana, en La Misión dida yo, un miserable desterrado vi en usted más que una hermosa! chacha que trataba de alucinarme sin su despiada belleza. En San Am mis entregué el abanico que recogi del al hombre en cuyos ojos lei que ama Usica.

Maruja dió muestras de impacience -Fodía usted haber sido más g y haber hallado más dificultad en l lección —dijo descaradamente—. accide cuándo han sido ustedes los ileres tan observadores y tan puntil

-Tengo algunos derechos, que al parece estar obligado a respetar

bruscamente. Luego, en tono más suave añadio. rándola con gentileza:

—Cuando llegó usted aqui esta l senorita Saltonstall, estaba afligida -¿Si? Era por el doctor West, el

go de mi madre. -Fué muy correcto por parte de -Me está usted lisonjeando. Per de advertirle que el capitán Carrol 10 algo mejor que eso; dijo que la cion no era necesaria para mi, que tenía yo necesidad más que de poner pestañas a media asta. Es militar l usted?

- Parece ser tan ingenioso como tunado -dijo Guest amargamente. Había tanto en aquella pregunta.

Continua en la Pág

ARTA, querida mía,—me dije hace pocos días,—es necesario unirte de nuevo en un todo, pues Hollywood realte te descuartiza.

es cierto. Primero fué mi boça.

compararon con todos los monumende la naturaleza, inclusive la Cueva
de la naturaleza,

Los de la Paramount, que siempre se con la suya, me retrataron misiendo mis sonrisas con las de un chimiendo con bolas de golf lindamente sos pancé—con bolas de golf lindamente sos enidas por mis labios—y hasta juraron enidas podía atraparlas a veinte pasos de que podía atraparlas a veinte pasos de listancia. Yo cooperé lo mejor que pulistancia. Yo cooperé lo mejor que pulistancia.

papie. Está bueno divertir y ser divertido, pero en honor a la verdad admitamos pero hay bocas, muchas bocas, de las que hay bocas, muchas bocas, de las mismas dimensiones y hasta más gran-les que la mía. El día llegó en que me les que me llamaran "Bocaza" de que me llamaran "Bocaza" daye, y ahora concentran toda su atendaye, y ahora concentran toda su atendaye, y ahora concentran toda su atendaye de las piernas. Al presente soy la paye de las piernas bonitas.

Tanto se ha complacido el estudio con este nuevo encanto que han hecho una película expresamente sobre mis piernas. "Give me a sailor" salgo yo victoriosa en un concurso de piernas, y la riosa en un concurso de piernas, y la inta se desarrolla sobre ese tema. Concinta se desarrolla sobre ese tema. Concinta que esta vez son bondadosos al alabera mis extremidades inferiores, y, verdaderamente, estos elogios sí me com-

Lo que me deja perpleja es por que Hollywood y el público cinesco se empeñan en tomarme por partes y no por entero Por qué no han de tomarme en conjunto, en un todo, es decir, Martha Raye entera, toda de una vez...?

Con ese fin estoy desarrollando una empaña cuyo primer paso ha sido una onferencia solemne con los agentes de iblicidad de la Paramount. En realidad o hay daño para nadie en llamar la tención sobre este punto tan imporante para mí. Tengo también en provecto imprimir un disco de fonógrafo con a antigua canción de "Toda entera, tóname por entero . . ." Una vez que tena el disco, compro un fonógrafo y se regalo a los agentes de publicidad para ue cada vez que tengan que escribir lgo sobre mí, se inspiren oyendo la canción y dejen de dividir mi anatomía. Después, estoy empeñada en hacerme encantadora, lo más irresistible que pueda, con la esperanza de que todo el mundo lo note, y suplico que no se rían de mi idea, pues cosas más extrañas han ocurrido y siguen ocurriendo. A este respecto diré que si el encanto y la atracción no son cosas que en Hollywood se conceden con facilidad, entonces no sé yo que es el cine, por más que en mi interior creo que si lo sé. Además, he conocido más mujeres de atracción irresistible que los lectores que nunca han quedado más cerca de ellas que la des butaca del teatro en que las contemplan. Conociéndolas, he decidido que ninguna nació con tales encantos, sino que se ida; han cubierto de ellos; y si ellas lo han logrado, por qué no he de poder yo imion | tarlas?

SI la belleza fuera de primordial importancia, ciertamente me sentiría
sin alientos, pues nadie mejor que yo
misma sabe que no soy bella, tanto que



## ¿ME QUIERE TODA ENTERA?... Martha Raye

Acaso usted, lector, ha visto a Martha Raye haciendo de "Bocaza", una especie de rival femenino de Joe E. Brown. Puede que la haya visto también toreando o volando por los aires convertida en pelota. Lo que probablemente no sabía es que Martha Raye sabe escribir con donaire y gracejo. En este notable artículo la popular artista, al par que nos cuenta todas las perrerías que los directores han hecho con ella, nos hace saber cuáles son sus ambiciones para el futuro.

a veces, mirándome al espejo, me pregunto cómo Hollywood pudo fijarse en mí; pero al mismo tiempo recuerdo el sinnúmero de bellezas que pulula en esta ciudad sin pasar del mentón. Ni son estrellas ni nunca lo serán, y al pensar en ésto siento un ligero alivio.

El vestido es de la mayor importancia, y dándome cuenta de ello me dedico con ardor a vestirme bien. Mis ropas, sin embargo, no son llamativas, pues he aprendido a escogerlas sencillas. Solo susurran, nunca gritan.

Y hablando de gritos, éstos han sido uno de mis peores precedentes, pues he gritado demasiado en la pantalla, al igual que mi actuación que se ha distinguido por lo burda. Ahora quiero cambiar, quiero ser distinta, pues el corazón me dice que para conservar la celebridad hemos de ser versátiles.

También parece existir la regla de que las mujeres verdaderamente atractivas han de ser delgadas o por lo menos parecerlo, y en este sentido encamino también mis esfuerzos. Hasta ahora he reducido 12 libras y las he reducido de veras, muy de veras.

Esta idea del encanto y de la atracción constituye para mí una obsesión tal que me ha hecho olvidar mi tema. Estábamos en que no hay razón para que Hollywood trate de dividirme en pedazos. Verdaderamente, no sé por qué lo

hace. Lo que si sé es que varios de los papeles que he desempeñado casi me deshacen de modo irreparable. Por ejemplo, en el "Big Broadcast of 1938", seis corpulentos marinos jugaron a la pelota conmigo para después lanzarme por el piso a respetable distancia, y aunque por "protección" me había colocado hábilmente una tabla en la parte de mi anatomía que debía rodar por el piso, todavía adolezco de una gran sensibilidad en ese lugar.

En "Tropic Holiday" hube de torear y no solamente torear, sino que un grupo de peones mejicanos también jugó a la pelota conmigo. Naturalmente, se trataba de un toreo jocoso que ni por un momento debía ser serio para nadie, excepto para mi, pues nunca estaba segura de si el toro se daba cuenta de que estábamos jugando.

En mi nueva película no hago de pelota. Sólo tengo que entendérmelas con una marrana y su prole de 12 chillones lechoncillos que me estropean un almuerzo que preparo como anzuelo para pescar a mi galán, Bob Hope. Como siempre, en esta película dan nuevamente al traste conmigo, pues los que escribieron la comedia me hacen atraer al galán con mi buena cocina en lugar de embriagarlo con mi dulce y femenino encanto. Se vé, pues, que a mi atracción personal no conceden siquiera el beneficio de la duda.

lo mismo hubieran podido hacerme montar sobre la marrana. Dados los precedentes nada habría tenido de extraño que lo pensaran; pero, por otra parte, y por si a alguien interesa, he de decir que realmente cocino muy bien.

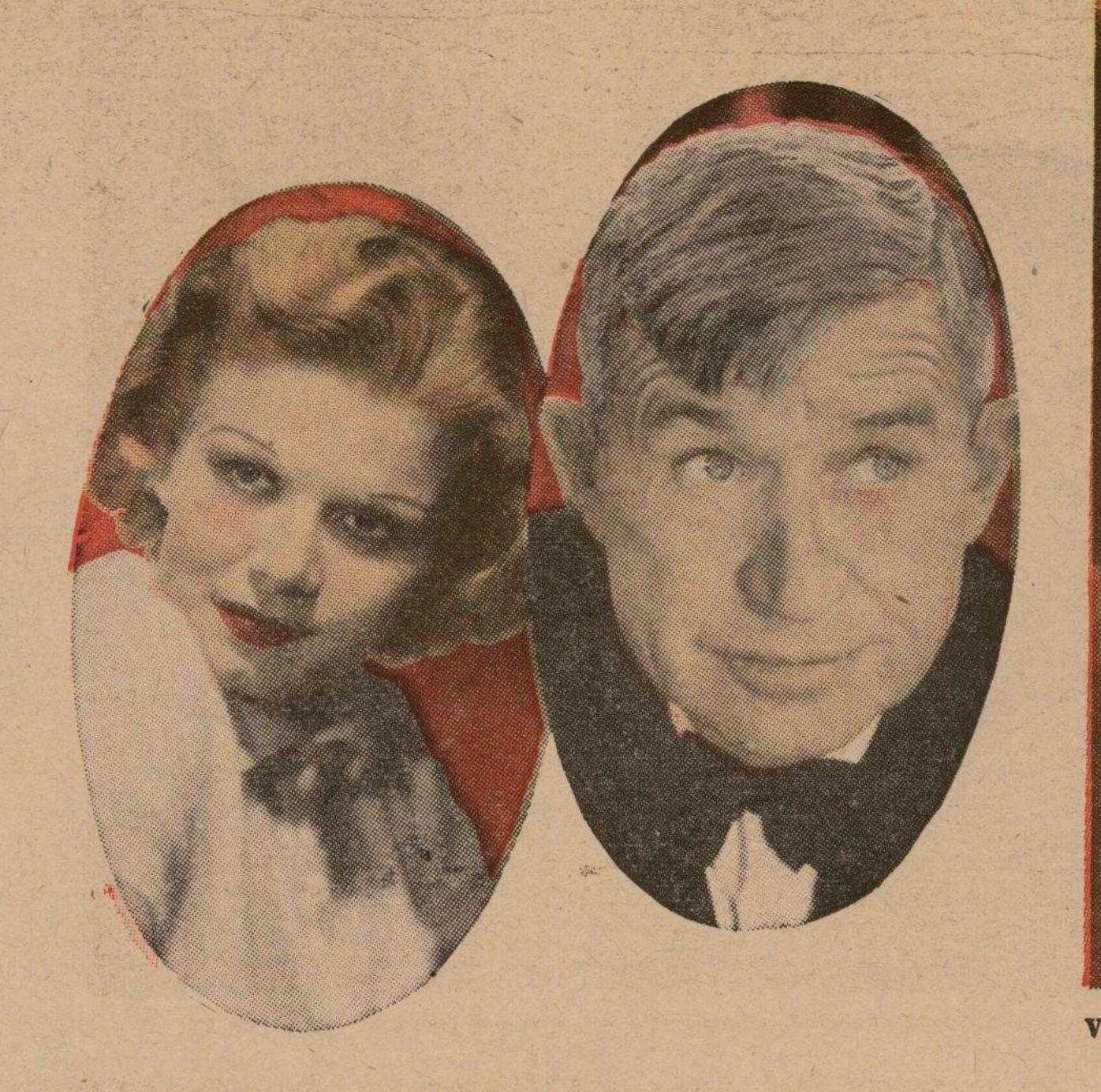
De todos medos, esta cuestión de las piernas me confunde ya que Hollywood está lleno de lindas y estatuarias extremidades. Naturalmente, esto me hace pensar por qué habían escogido las mías. Además, si las quieren hacer resaltar, no han debido ponerme tantas competidoras en "Give me a sailor." Pero en lugar de rodearme de piernas mediocres, le dan el otro papel femenino nada menos que a Betty Grable, una chica que sobresale precisamente por el par de piernas que las hadas tuvieron a bien concederle.

En resumen, lo que me irrita es el principio, la idea de la cosa. No me importa ser burda en la mayoría de mis películas si es que el público que paga así lo quiere, pero el caso es que me he imbuído de la idea de que debo tener un verdadero talento natural para ponerme en ridículo. Por lo demás, comprendo que no debiera poner objeciones, ya que el hacer payasadas me ha permitido comprarme abrigos de pieles que llenan de envidia a muchas bellezas de reconocidos méritos.

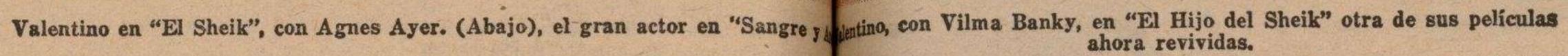
No obstante, a veces pienso si no sería mejor para mí caminar tranquilamente por la escena, como otras actrices, en lugar de que me tiren de un lado a otro, como un pelele. A ratos ansío papeles tranquilos y naturales, en vez de éstos llenos de estrépito. No es que sea desagradecida ni que me crea una gran actriz, sino que temo que el público se aburra de mí si no puedo ofrecerle algo distinto, radicalmente opuesto.

Lo que más me molesta, sobre todo, es eso de verme ofrecida como a plazos, a pedazos. Comenzaron con hacer fanfarria de mi boca; ahora lo hacen de mis piernas, y mi timidez natural impide que me pregunte hasta dónde querrán llegar.











Valentino abandonó el desierto para aparecer con Lan MacLaren en "Monsieur Beaucaire".

#### Por Sam Lukas

OCE años, saliendo de la eternioquedad del pasado desde que el 23 de agosto de 1926 el mundo enteró lloró desconsolado la desaparición de uno de sus amantes más famosos; desde que, con grandes titulares, los periódicos anunciaron a la humanidad: ¡Valentino ha muerto! "¡El Sheik' ha muerto"! Día en que una multitud delirante se estrujaba bajo la lluvia, frente a una funeraria de Nueva York, rompiendo los cordones de la policia impotente y esforzándose por posar la vis- tino", la que la Paramount complaciente, jos al campo; en las Navidades distributa, por última vez, sobre la figura más estampa con un sello de caucho y satis- ye a los indigentes provisiones y ropas, romántica de aquella generación. Dia face la petición Cuéntanse también enen que con títulos igualmente llamativos tre los millares de personas que visitan los diarios anunciaron que otra figura la tumba de Valentino en el Cementerio de igual magnitud, Pola Negri, lloraba de Hollywood, los que vienen doloridos, por Valentino con hondo dolor que la

Desde entonces han pasado doce años y se han registrado en el mundo cataclismos grandes y pequeños; otras figuras de igual atracción han aparecido v desaparecido, la humanidad ha reido en las bonanzas y ha llorado en las tragedias Pero Valentino no ha sido olvidado ni tampoco nadie ha ocupado su lugar Valentino no ha muerto.

Todavía vive, reina y perdura en el Eden de los inmortales de Hollywood, v son relativamente pocos los grandes espiritus que la muerte ha arrancado de las alturas de la gloria devolviéndolos a la eternidad para colocarlos en ese Edén donde se hallan también, ciertamente. Will Rogers y Jean Harlow; pero no son muy numerosos estos inmortales, pues solo el sentimiento que enajena los corazones de la multitud que adoró a estos semidioses de la pantalla, impide que desaparezcan en el olvido.

sos de exaltación y en los dos o tres primeros años después de la muerte de siempre se me aparece en sueños". El Valentino, tanto su estudio, Paramount, de la anciana de ochenta años, que quiso como su empresario, S. George Ullman, comprar la cripta encima de la de Varecibieron millares de impertinentes car- lentino para estar, aun en la muerte, tas de mujeres que creían que el espíritu siempre junto a él. Y así millares de del actor había retornado a ellas; mu- otros casos entre las cincuenta o más jeres cuya imaginación había convertido personas que diariamente visitan la tumal Valentino vivo en el amante soñado, ba y cuatro mil que vienen el día del y en cuyos sueños Valentino seguía exis- aniversario de su muerte.

de Valentino he pasado muchas noches en el desierto." Otra declaraba: "Rodolfo me dice que mi espíritu es el expresar de modo visible su amor por único que le interesa. Nunca podré ex- Valentino, como la austriaca que todos antiguo. Pero no es de Valentino de

#### El Mundo No Puede Olvidarlos

y creo que, verdade amente, me ama." A través de los años el sentimiento ha crecido y se ha arraigado adquiriendo una forma concreta, tangible. Prueba de ello son los centenares de cartas que Paramount recibe todos los años en solicitud de fotografias del malogrado actor. Gran número de esas cartas piden las fotografías "con la firma de Valen lloran y besan la lápida fría. Pero más convincentes todavía son las cincuenta y hasta más personas que diariamente visitan su tumba, como si se tratara de la de un miembro de la familia y que, trayendo flores, contemplan la placa de bronce que dice: "Rodolfo Guglielmo Valentino-1895-1926", y bajan la cabeza como ofreciendo una plegaria.

mundo y pertenece a todas las clases vo el recuerdo del actor. sociales, como lo revela Roger Peterson, guardián de la tumba en el libro que ha publicado subre lo que ha visto de flores. estos visitantes que abrigan todavía la creencia de que Valentino vive. Peterson cuenta lo del enfermo que viajando del Canadá a Arizona, desvió su camino en más de 800 kilómetros para dejar en la tumba unas flores artificiales que hizo con sus propias manos; lo del joven que depositó un centavo como talismán sobre el borde superior de la cripta; el caso de la muchacha argentina que cono-Al principio este sentimiento tenía vi- ció a Valentino en Nueva York y que manifestó a Peterson: "Era mi novio y

Una de ellas escribió: "Acompañada AMBIEN habla de la voluminosa correspondencia de personas que, imposibilitadas de ir a Hollywood, desean presar todo el remanticismo de Rodolfo los años envía dinero para comprar ro- quien se ha reido el público, a pesar de

sas y depositarlas en la tumba el 23 de agosto, y de otra mujer de Richmond, Estados Unidos, que hace lo mismo.

En la tumba de Valentino siempre hay flores. Unas son puestas por su hermano Alberto y otras por su primera esposa, Jean Acker, que todavía trabaja en el cine. Muchas otras son dejadas por visitantes o enviadas por instituciones que existen solo porque el recuerdo del actor se mantiene enteramente vivo.

Existe en Londres la Asociación Valentino, organizada en el primer aniversario de su muerte, que en su nombre proporciona fondos a los hospitales; en el-verano envía niños de los barrios bacontribuye a otras obras de caridad y hace adoptar cada año a varios niños pobres. Todo esto se debe al joven italiano que en una época fué humilde empleado de restaurante y jardinero, pero que estaba dotado de un espíritu y una personalidad que ni el tiempo ni la muerte han podido borrar todavía de la faz de la tierra.

En Chicago existe el Club Conmemorativo de Valentino, bajo cuyos auspicios tuvo lugar en la Exposición de 1933 en Chicago, una exhibición sobre Valentino, Esta gente viene de todas partes del y que continúa dedicado a conservar vi-

> Ambas instituciones conservan constantemente en su tumba cestos llenos de

TALENTINO vive igualmente en el recuerdo de los que le conocieron en Hollywood, cuya memoria es tal vez más efímera que la fama, y en los aniversarios de su nacimiento y de su muerte, sus antiguos compañeros visitan también la tumba. Indudablemente, la que guarda su recuerdo más vívido es su primera esposa, Jean Ackers, quien, al parecer, olvida totalmente una tempestuosa vida conyugal que terminó en el

En la actualidad se ven muestras más tangibles menos personales, de la poderosa influencia de Valentino en la imaginación de los que le admiraron en la pantalla. Hace poco una de sus películas de más éxito, "El Sheik", fué sacada de la oscuridad de un depósito para exhibirse a un público nuevo, y esta película, hecha hace diez años, de estilo anticuado, de técnica rudimentaria y de trama infantil para esta época, ha provocado la risa de los que la ven, lo mismo que acontece con los dramas de estilo



que, en parte, lo forman niños sin razones para admirarlo, ya que no habían siquiera nacido cuando la película se hizo. Una noche, en el vestíbulo de un teatro de Hollywood, escuché los comentarios de un grupo de chicas de 16 a 17 años que salían, y lo mismo que sus iguales de la época de la película, parecian algo deslumbradas. Una de ellas dijo: "La película puede ser cómica, pero lo que es Valentino, ojalá estuviera haciendo películas ahora." "No hay duda de que tenía algo especial", añadió otra.

"El Sheik" lo mismo que otro de los éxitos más señalados de Valentino, "El Hijo del Sheik", han producido ahora en los teatros utilidades mucho mayores que gran número de las películas actuales, con las estrellas más populares de hoy día. Todavía otra película de Valentino, "Sangre y Arena", está a punto de ser exhibida nuevamente.

El retorno de estas películas se debe, en parte, a circunstancias propicias, y fué provocado porque una pausa en la afanosa filmación dejó a los productores con ingresos escasos procedentes de las películas ya pagadas por ellos. Por otra parte, existía ciertamente un número cada vez mayor de peticiones de las películas de Valentino, pues por insólito que parezca el interés por el actor desaparecido, el número de personas que visitan su tumba y el de las que escriben cartas sobre él, es mucho mayor que era unos años atrás.

A su vez, el nuevo éxito de estas películas ha venido a favorecer los herederos de Valentino, es decir a su hermano Alberto, el hijo de éste, y su hermana María, que vive en Italia. Aunque Valentino fué la estrella de mayor popularidad en la historia del cine, era tan generoso y pródigo con su dinero que al morir su activo solo llegó a unos 250,000 dólares, mientras que sus deudas formaban un total mucho mayor.

Tal ha sido el nuevo interés que por Valentino han despertado sus viejas películas, que se llevan ya a la práctica planes para producir una titulada "La Vida de Rodolfo Valentino."

Refiriéndonos nuevamente a los grandes espíritus de Hollywood, hallamos evidencia similar de inmortalidad en otros actores desaparecidos. Innumerables admiradores de Jean Harlow visitan a su madre, Mrs. Jean Bello; unos veinte y cinco de los muchos clubs fundados por admiradores de esta actriz, todavía existen, y sus miembros mantienen correspondencia con la madre de la artista muerta. Un número considerable deposita flores en su tumba y en el aniversa- su segunda esposa, Natacha Rambova: rio de su nacimiento, el 3 de marzo, y "Es posible que los hombres no tengan en el de su muerte, el 7 de junio, cente- hechizos, pero Valentino ciertamente los nares de personas vienen a rendir homenaje a esta muchacha que desde la pantalla les proporcionó momenttos de intensa emoción. Entre sus numerosos amigos, William Powell, que la amaba, es el más fiel. Todas las semanas visita la tumba y deja en ella grandes ramos de

En solicitud de fotografias de William Rogers recibe semanalmente la Twentieth Century Fox unas veinte y cinco cartas, lo mismo que muchas más pidiendo datos sobre su vida e instando para que sus películas se exhiban nue-

Estas tres figuras cuya memoria perdura tan vividamente en el mundo, eran, sin embargo, completamente distintas

Pola Negri: Se desmayó en el funeral.





Jean Acker: La primera mujer de Valentino.

una de otra. Valentino, magnético y romántico, era un místico y de él dice Myrna Loy, que debe su carrera al interés que por ella tuvieron Valentino y

Jean Harlow era la personificación de una vida dichosa y variada, de disposición totalmente opuesta a los caracteres que representaba en su películas.

William Rogers era tan feo como, sencillo y campechano.



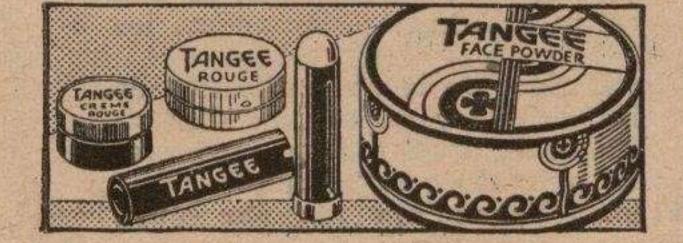


#### — use Tangee, y note el color seductor de grana que los aviva

Labios Tangee ... arreglados con el lápiz que, al aplicarse, cambia como por magia del color anaranjado en la barrita, a un grana vivo precioso que armoniza a perfección con el colorido natural del rostro. La base de crema de Tangee los mantiene suaves y frescos. Y el Colorete y Polvo facial Tangee, que también cambian de matiz, completan esa armonía que acentúa los encantos naturales de toda mujer.

Use Tangee Natural. Si desea matiz más vivo para uso nocturno, pida Tangee Theatrical.

El Lápiz de Más Fama EVITA ASPECTO PINTORREADO



# LABIOS IN CON CON TANGEE SIEMPRE que Patey Whitcomb se nido tan temprano?—preguntó friamente. lad quitaba el maquillaje para volver

a su casa, una ola de desaliento y de rabia impotente le invadía. Su hogar estaba convertido en asilo de parásitos, de gente insoportable. Al principio no les había escatimado buenas comidas, casa y ropa, pues se hallaban en situación apurada; pero últimamente la sola presencia de sus parientes políticos le irritaba. Había trabajo, oportunidades, pero no las querían aprovechar.

Además de los padres de su mujer Emilia, estaban sus dos corpulentos hermanos, Jim y Joe con sus esposas Mary y Aileen, y sus tres niños. Todos vivian regaladamente, muy regaladamente a costillas suyas, a costa de su labor incansable.

El trabajo del estudio era ciertamente muy duro. El papel de emperador que a la sazón representaba, le dejaba agotado.

Ya vestido de calle se sintio más a gusto que con el ajustado traje de corte, pero encontraba difícil olvidarse enteramente de su papel. Balanceándose un poco como si bajara las escaleras de marmol del palacio, se recitó a sí mismo ante el espejo:

'Un monarca no es un monarca hasta que no lleva dentro de si tanto poder como el que le confiere el estado, y a menos que no pueda dirigir su propia vida, nunca podrá hacer frente a los problemas del reino. Si es débil, no hallará ni el amor, pues ninguna mujer entrega su corazón a un ser nulo, ya se trate de un rey o de un esclavo."

Al llegar a su casa entregó a la criada el bastón y el sombrero, y guiandose por el ruido de voces airadas llegó al salón.

-Emilia está arriba, en su tocadordijo la suegra de Paley con su voz atiplada.

-No podría estar en otra parte,-murmuró el actor dirigiéndose a la ancha escalera. Indolentemente recostada en una chaise

longue, Emilia tejía un vestido de de-

portes.—; Hola, Paley! ¿Cómo has ve-

ñana la gran escena del salon del trono. ¿Cómo estás, querida?

A pesar de hacer un esfuerzo para aparecer tranquila, la voz de Emilia temblaba:

-Paley, ¿qué relaciones tienes con

Alice Taylor?

El la miró un tanto sorprendido, pero su respuesta fué natural:- Nos conocemos porque hicimos dos películas juntos antes de comenzar la de ahora. ¿ Por qué?

-: Lee ésto!-ordenó Emilia colocándole un periódico casi en la nariz, al mismo tiempo que le indicaba la columna de "Spiff", el cornista de todas las hablillas. Paley leyó en alta voz:

"¿Se deshace, acaso, el feliz hogar de Paley Whitcomb, o es que su interés por la dama joven Alice Taylor es puramente profesional y platónico?"

-Estos cronistas necesitan algo de que escribir todos los días. Deben aburrirse

extraordinariamente.

-Algún motivo habrá tenido -Probablemente nos vió en el "Brown Derby" la otra noche-respondió Paley encendiendo un cigarrillo con mano temblorosa.

- Y puede saberse qué hacías con Alice Taylor en el "Brown Derby" la otra noche?

-Pues comimos juntos. Después volvimos al estudio y terminamos tres escenas. El "Brown Derby" es una especie de cielo comparado con este jardin zoológico,-replicó Paley enardeciéndose por momentos.

-Esas palabras son muy dulces. Probablemente te molesta que mi familia esté aqui. Es más, creo que hasta odias a los niños,—dijo Emilia con cólera.

-No eres otra cosa que un idiota petulante, un actor, inada más que un ACTOR!

-Por supuesto que soy un actor. Cuando nos casamos también era actor y tu familia se habría visto muy mal si yo no lo hubiera sido.

Emilia lanzó su tejido hacia el otro

RIVAS lado de la habitación y se puso de p

Por AUGUSTO

Por último se contentó con gritar: -Pues, ya que eso es así, nos divor ciaremos. Estás enamorado de esa mi jer y lo estás desde hace tiempo.

amenazadora, con ganas de abofetear

Si he de decirte la verdad, todo la cuestión de tu familia. Alice es u muchacha encantadora. Teniendo que icho guantar a tu familia en casa, es una d licia poder hablar sosegadamente o

Paley nunca se había sentido tan ronil, con tanto valor.

-; Ah, si? ¡Pues puedes quedarte ella! ¡Pero yo debo ser libre para tha sarme con Geoffrey Jordan!

- ¿ Geoffrey Jordan? - expresó Pales repitiendo el nombre medio aturdio Después añadió - Ninguna mujer enti ga su corazón a un ser nulo, ya se tra de un rey o de un esclavo.

-¿ Qué es eso de nulo?-pregun Emilia, a su pesar interesada.

-No lo sé exactamente, pero me im gino que es algo como cero, lo que sido yo por mucho tiempo . . . - respo dió Paley, levantándose y dirigiéndose la puerta.

-¿ A donde vas?, -grito Emilia -¡A mi club!, -le respondió. Lue como hablando consigo mismo: modo que fué Geoffrey quien le dio idea a "Spiff" para insertar ese com tario? Pues bien, cada día se aprel algo más. ¡Buena suerte, Emilia! viaré después a Jolly por mis cosas.

Completamente aturdida por el dese lace inesperado, Emilia lo vió retiran mientras Paley bajaba murmurando pa si: -Si es débil e irresoluto no halla ni el amor. Y yo he sido tonto ademde débil.

Deteniéndose se volvió y lanzó 3 mujer una mirada tan indiferente com si nunca la hubiera conocido.

-¡Viva el Rey! -exclamó. Y bajan rápidamente la escalera, no paro na llegar a la calle.

-; Geoffrey, Geoffrey!-grito El pálida y llena de pánico. - Ayúdeme desbaratar esta mentiral

M.E.C.D. 2016

peilla que el joven buscó en psinuación. Lo que vió en stante hizo que su corazón Ella, al parecer, no lo sambién empezó a temblar.

— preguntó Guest en voz

d que debía serlo? repentino silencio. Las vo. apaneros parecian sonar en ardiente aroma de las 110. moargar sus sentidos; traar, pero no pudieron; esca el uno del otro, que dos ae palmera les ocultaban. quel profundo silencio, una o no era la de Maruja, re. e. váyase!»; pero cada vez palabra se fundia en el nomento después, las hojas eron echadas a un lado; la ombre joven y moreno vió. mo un animal flexible, por a, y Maruja se encontró de rigida, en el centro del capor la luz y mirando a los we se acercaban. Estaba fu. gua; se sentia triunfante y n pensamiento, sentido o la había besado, y ella le o el beso.

eloces caballos de Aladino aquella noche haberia lle. lejos o bastante de prisa de aquel lugar, de aque. de aquella sensación. Sanentada, confiando en su de su amor propio, fuerilidad de los demás, pesan. te los hechos y palabras de neres reconociendo que tosujeto a la posición y a la ndo con los ojos claros de ignificado práctico de cual. icia de aquella convenciona. no mujer de mundo, valua\_ y otra vez a recordar, con egria, aquel momento intoen su madre y en sus her. lymond y Garnier, en Alaesforzó por pensar en Ca. y soñar nuevamente de menzó y terminó en sus la\_ separados. Fué maravilloso envuelta en su chal, echada n el carruaje, con su pálido frente al cielo frio y estre. esen otras dos estrellas, que emblaron en sus pestañas.

X

ada de lluvias había cesa. tiempo. La sequia de las tres mas del verano dejó sin vida e; los tallos de trigo crujian como huesos secos sobre la doctor West. El aire y el sol habian forjado algunas fisus desencantadoras en el Pala. no: lo habían desunido, cose estado listo para ser emba. do fuera, cosa que finalmente ldo la furiosa embestida de el Sudoeste. El alegre mobisalones de recepción estaba telas impermeables, el inversa mibase convertido en aquarium, 00. de los Suspiros cruzaba una odo e los establos. Sólo quedaban es un salón de billar, el dormitorio que kho del señor Prince, y en una de en una tarde tormentosa, ino en persona, sentado e inre sus libros y papeles. Su va\_ ocarril lleno de barro, veiase tal y como fuese llevado de y el olor del humo de fogatas rte de encendidas daba a entender ara a la tan sólo se había abierto

Pale de cascos de un caballo, en turdid le seguido por rumor de patenti de seguido por rumor de patenti corredor, y un criado introleta la presentián Carroll hasta la presentión. El capitán no se quitó su miforme, sino que quedó en pie regun o de la habitación, con la gol

que la Prince—. si hubiese usted trairespondino. Acabo de llegar.

mo. Acabo de llegar. Omontar a caballo —respondió amente.

susted junto al fuego —dijo scandole una silla— y scauese. In he de preguntar a usted el le esta entrevista, antes de promier más tiempo —interrumpió mente—. Usted pidióme vinie. La tratar de ciertas cartas que le a su verdadera propietaria los meses. Si lo que trata usted la la la quedar olvidado, renuncio a quedar olvidado, renuncio a

do par lere a las cartas y es cosa de hallar an de quedar o no olvidadas. adema la mía si el asunto sale a luz debe usted recordar que hasta do a stado ausente en una visita de te como y que no pudo ser requerido

anzó una fría mirada a Prin.

O Cojóse caer en una silla, con

el capote todavía puesto y las botas de montar cruzadas, frente al fuego. Sentado allí, de perfil, Prince no pudo menos de notar parecia más viejo y serio que en su última entrevista, y que sus mejillas habían ade.gazado por causas ajenas al servicio activo.

-- Cuando estuvo usted aquí el verano pasado -comenzó diciendo Prince, inclinándose sobre la mesa de despacho-. me trajo unas noticias que me asombraron, como asombraron a otros mu\_ chos. Eran las de que el doctor West había hecho la asignación de su propie. dad a la señora Saltonstall. Eso era algo puramente de negocios, y no envolvía otros derechos que los del asignan\_ te. Pero un día o dos después siguió a eso el anuncio del testamento del doc. tor haciendo a esa dama heredera absoluta y única de la misma propiedad. Eso también pareció bien, porque, aparentemente, no había herederos legales. Desde entonces, sin embargo, se ha des\_ cubierto que existe un heredero legal, nada menos que el único hijo del docto". Ahora bien: como en ese testamento no se hace alusión a la existencia del hijo (que fué un error del doctor), es una ficción de la ley el que tal omisión sea un acto de olvido, y, por consiguien\_ te, deja al hijo con los mismos derechos que si no hubiera habido testamento aldiria usted si se averiguase que ese doc. tor West, al dejar aquella noche la casa de la señora de Saltonstall, no tro. pezó con un accidente, no fué despedido por su caballo, sino que fué asesinado fría y deliberadamente?

El breve recuerdo del descubrimiento que el capitán Carroll había hecho en la carretera y su inconsistencia con la teoría aceptada del accidente, indudable, mente reflejóse en su rostro. Pasó un momento antes de que se repusiera.

—Pero aunque pudiera probarse que fué un asesinato y no un accidente, ¿qué tiene eso que ver con la señora de Saltons, tali o con su reclamación de la propiedad?

— Que ella era la única persona directamente beneficiada con su muerte.

El capitán le miró fijamente y se puso en pie: —¿Debo comprender que me ha llama.

do usted aqui para escuchar esta infame

deshonra de una dama?

—Le llamé a usted aquí capitán, para que escuchase los argumentos que pueden emplearse para anular el testamento del doctor West y para que vuelva la propiedad a su heredero legal. Usted puede o no cudarlos: como quiera; pero le advierto que la oportunidad, de oírlos en confianza y de llevarlos a su amiga, termina aquí. Yo no tengo opinión en este asunto. Sólo digo a usted que se argüirá que el doc.

que la oportunidad, de oírlos en confianza y de llevarlos a su amiga, termina aquí. Yo no tengo opinión en este asunto. Sólo digo a usted que se argüirá que el doc.

guno. En otras palabras: si el doctor intolese creido apropiado dejar a su incorregiole hijo un pillete de cien dólares, hubiera sido una evidencia legal de que se había acordado de él. Mas como no lo hizo, es una buena presunsión legal la de que se olvidó de él, o la de que su testamento es incompleto.

—Esto parece ser una cuestión propia de los abogados de la señora de saltonstall, no de sus amigos —dijo Carroll con frialdad.

—Fercone usted; eso queda para que usted lo decida cuando naya oldo todo. Ya comprenderá usted anora que la propiedad del doctor, tanto por asignación como por testamento, fue adjudición como por testamento, fue adjudicada, a su muerte no a sus herederos legales, sino a una persona extraña. Pareció raro a muena gente; pero la unica explicación era la de que el doctor se habla enamentado perdidamente de la viuda y que, de haber vivido, hubiera sique posible se nublese casado con ella.

dat le recuerdo de que aquella era, casi exactamente la explicación que Maruja le diera de las relaciones de su madre con West.

—Si usted se refiere a que sus relaciones privadas han de ser asunto de una discusión legal, en caso de un litigio respecto a la propiedad, repito que es un asunto a decidir por la señora de Salionstall y no por sus amigos. Es puramente cuestión de gustos.

—Quizás sea una cuestión de discrecion capitán Carroll.

-; De discreción! —repitió éste altane.

ramente.

—Bien —dijo Prince, levantándose de la mesa y acercándose a la chimenea, con las manos en los bolsillos—: ¿qué

tor West fué indebidamente influenciado para hacer el testamento a favor de la señora de Saltonstall; que, después de naberlo hecho, se demostrará que, precasamente antes de su muerte, supo la existencia de su hijo y heredero, y que celebró con él una entrevista; que visitó aquella tarde a la señora de Saltonstall, con los datos de la identidad de su hijo y un memorándum de su entrevista en la cartera; y que una nora después de abandonar la casa fué traidoramente asesinado. Esta es la teoria que la señora de Sauonstall tiene que considerar. Ya le dije que no tengo opinión. Sólo sé que existen testigos de la entrevista del doctor con su hijo; hay la evidencia del asesinato y de sospecha del asesino; hay la evidencia de la cartera, con el memorán. dum, recogida en el lugar del suceso, que usted mismo me entregó.

M. CANOVACA

-¿Quiere usted decir que permitirá que esa cartera, entregada a Ud. en confianza se emplee para ese infame propósito?

—Creo que usted me la ofreció a cambio de las cartas del doctor para la señora de Saltonstall —replicó Prince secamente—. Mientras menos se diga de esto, menos se dirá de las compromete, doras cartas escritas por la viuda al doctor, las cuales envió a usted a recogerlas; cartas que quizás reclamen por tener relación con la causa y hasta haberle in

Por un instante pensó el capitán en el abismo que parecía abrirse a los pies de la desgraciada familia. Por un instante se apoderó de él una terrible duda; y en esa duda halló una nueva razón para cierto cambio y tono alterado en la reciente correspondencia de Maruja con él, y las vagas alusiones que la

muchacha hacía sobre las imposibilidad de su umon: «Yo le suplico que no me obligue usted a una mayor sinceridad, y espero que tratará usted de olvidarme antes de que aprenda a odiarme». escribió Maruja. Por un instante creyó, y hasta encontró en ello un miserable alivio, que aludia a aquel horrendo secreto y no a algún capricho de coquetería. Pero no fué más que por un momento; en seguida la duda monstruosa desvanecióse del pensamiento del caballero, con sólo un ligero rubor de vergüenza, por aquella momentánea desiealtad.

Prince, no obstante lo notó, no sin un debil tinte de simpatía.

-Escuche usted -dijo con cierta brus. quedad, que en un hombre de su carácter era menos peligrosa que su duzura-: conozeo sus sentimientos hacia esa familia, por lo menos hacia uno de sus miembros, y si he sido con usted algo brusco, es solomente porque usted lo fué conmigo la última vez que estuvo aquí. Trate. mos de entendernos. Debo manifestar a usted que yo no creo que la señora de Saltonstall tenga nada que ver con ese asesinato; pero como hombre de negocios me veo obligado a decir que estas circunstaricias y su propia indiscreción son bas. tante para que hagan la mayor presión sobre ella. Saque usted del asunto el mejor partido. Digale que el dictamen del forense se ha terminado, y que hay en él cargos de asesinato contra partes desconocidas...

—Un momento, señor Prince; yo seré uno de los primeros en insistir en que esto es cosa necha, y tengo la suficiente confianza en la señora de Saltonstall, en su honrada amistad con el doctor, para saber que no perderá tiempo en dedicarse a la persecución de los asesinos.

Prince miró a Carroll con un sentimiento mezcla de envidia y de piedad.

—No lo creo —dijo secamente; porque todos los indicios de sospecha recaen sobre un hombre, y ese hombre es el criado de confianza de la viuda: el mayordomo Pereo.

Esperó un momento, para ver el efecto que esto hiciera sobre Carroll, y luego prosignió:

Prosiguio:

—Ya comprenderá usted que, aunque la señora de Saltonstall no esté en convivencia ni tenga conocimiento del hecho, no podrá darse el placer de perseguir por asesinato a su fiel criado.

Pero. ¿cómo puede eso evitarse? Sí, como usted dice, hay pruebas, ¿por qué no se ha hecho uso de ellas antes? ¿Qué motivo hay para que no se den esas prue, bas al punto?

Las pruebas han sido obtenidas por un hombre; han estado en su poder, y solo saldrán de su posesión si han de redundar en beneficio del legitimo here. cero, quien ni siquiera sabe que existen.

-¿Y guién es ese hombre? -Yo.

-¿Usted? ¿Usted? -dijo Carroll, avan\_ zando hacia él-. ¡Luego éste es su juego! -Capitán Carrol -respondió Prince, sin moverse, pero apretando los labios y echando a un lado la cabeza—, no me propongo tener otra escena como la última que tuvimos aqui. Si pretende usted algo de esa especie, pondré todo el asunto en manos de un abogado. No digo que usted no lo semuria; no uigo que yo no me lleve chasco, porque he ma\_ nejado este asunto como si fuese un negocio y con vistas a aprovecharme de él. Ocurre que los dos nos encaminamos a un mismo fin, y que nuestros motivos son diferentes. Yo no me las echo de oficial ni de caballero; pero reconozco que he conducido este asunto con una delicade. za como el mejor de ellos y con mayor vista y mejor sentido. Deseo que se eche tie. ra sobre ello, no comprometer el negocio, tener nuevamente alguna dirección en la propiedad y evitar sea depreciada como lo sería por un litigio; usted deseará que esto quede callado por favorecer a la muchacha y a su futura madre politica. Yo nada sé de sus leyes de honor, pero he echado mis cartas sobre la mesa para que usted las vea, sin preguntar el juego que usted lleva. Puede usted jugar o retirarse; como elija.

Dicho esto, volvióse y se encaminó a la ventana, no sin dejar en la imaginación del capitán cierta firmeza, franqueza y sinceridad, que le obligaban al respeto.

Retiro toda observación que pueda ser reflejo de vuestra integridad mercantil, señor Prince —dijo Carroll con tranquilidad—. Admito que ha manejado usted este asunto mejor que yo lo hubiese hecho; y si me uno a usted en un acto que suprima esas revelaciones, no tengo derecho a juzgar vuestra intención. ¿Qué me propone usted que haga?

—Que ponga usted el caso de mani. fiesto a la señora de Saltonstall, y que la pida reconozca la reclamación legal del joven, sin litigar.

-¿Pero cómo sabe usted que ella no lo haría, y usted perdone la pregunta,

-Yo sólo reconozco que una mujer que es lo bastante lista para apoderarse de un millón, lo sería para retenerlo en contra de los demás.

M.E.C.D. 2016

-Abrigo la esperanza de que esté usted equivocado. Pero, ¿dónde está ese he. redero?

-¿Aquí?

—Sí; ha sido mi secretario particular durante los últimos seis meses. Ya sé lo que piensa usted, capitán Carroll, ¿Lo considera usted indelicado? Bien; pues en eso es en lo que diferimos. Por ese medio he tenido todo a mi disposición, he evitado que cayera en otras manos, e intento disponer de cuantos hechos sean necesarios para probar su derecho. Puedo hacer con él un contrato; ésa es mi idea.

-¿Sospecha él el asesinato?

-No; no lo considero necesario para su bien ni para el mío. Después de todo, no existía cariño entre él y el viejo. El muchacho nada sabe del suceso. Fué puramente casual el que yo, mientras vigilaba todos sus movimientos durante su estancia aqui, siguiera la pista del asesi. no.

Pero ¿qué le ha retenido para no hacer su reclamación a los Saltonstall? ¿Está usted seguro de que no la ha hecho? —preguntó el capitán, con el repentino pensamiento de que quizá ésa fuese la causa de la esquivez de Maruja.

-Es demasiado orgulloso para hacer ua reclamación sin poder probar por completo su derecho; y sólo hace un mes que me hizo prometer que guardaría el secreto. Además, por lo que he podido observar, es demasiado perezoso para preocuparse de eso lo más mínimo. Creo que el haber llevado esa vida errante le ha hecho perder el gusto para todo. No se preocupe usted de él. No es de creer ten. ga tratos con los Saltonstall, porque no ios quiere, y estuvo allí tan sólo una vez. Instintivamente o no, la viuda no simpatizó con el chico, y creo que Maruja tiene algún antiguo rencor contra él por aquel asunto del abanico en la carretera. No es muchacha que perdone y olvide las cosas, como he podido saber —dijo, lanzando una carcajada.

Carrol estaba demasiado preocupado con el peligro que parecía amenazar a sus amigos por parte de aquel insolente pretendiente, para ofenderse por aquella alusión falta de tacto. Pensaba en la azarosa agitación de Maruja al verle junto a la tumba del doctor West.

-¿Sospechan que él pueda ser el he. redero? —preguntó apresuradamente.

-¿Cómo han de sospecharlo? Al muchacho se le conoce por el nombre de Guest, que fué el verdadero nombre de su padre hasta que se lo cambió por un acto de legislación cuando vino aquí por vez primera. Nadie lo recuerda. Nosotros lo hemos averiguado por sus documentos. Era completamente legal, puesto que toda su propiedad fué adquirida bajo el nombre de West.

Carroll se puso en pie y abrochóse el

capote:

—Supongo que podrá usted ofrecer pruebas concluyentes de cuanto ha ase. gurado.

rado. Perfectamente.

-Me voy a La Misión Perdida aho.
ra —dijo Carroll con tranquilidad—. Mañana le traeré la contestación de paz o
de guerra.

Se encaminó a la puerta, saludó militarmente, y desapareció.

#### XI

Cuando el capitán Carrol espoleaba a su caballo por el fangoso camino que conducía a La Misión perdida, sorpren\_ dieronle algunos cambios operados en el paisaje, no debidos a las lluvias invernales. Existían las mismas profundas hondonadas y trincheras, medio llenas de agua, en los campos y a lo largo de la carretera; pero había siniestros maleco. nes y caballones de tierra, recientemente removida, y una porción de troncos des. parramados en toda la extensión de las tierras de pastos de la Misión. Pero has. ta que cruzó el arroyo no se dió cuenta de la magnitud de las recientes mejoras Un ruido sordo y lejano y una columna de vapor que se elevaba por encima del matorral, a su derecha, dejando una larga estela, hiciéronle comprender que el ferrocarril hallábase ya en funciones. El capitán refrenó su asustado caballo y se pasó la mano por la frente, con signos de ofuscamiento. Hacia sólo meses que faltaba de alli, y, no obstante, le parecia todo extraño y olvidado.

Cuando, por fin, volvió hacia la ve. reda, fué cuando sintió alivio a sus pre. ocupaciones. Allí todo estaba igual, sal. vo las zanjas, más llenas de hojas mojadas, desprendidas de los robles y plátanos que la bordeaban. Entregando su caballo a un criado en el patio, y sin cruzar éste, sino el prado, subió a la galería. La lluvia chorreaba de los alé, ros cayendo sobre las parras que tre, paban por las pilastras, aquel goteo producía un eco sordo a su paso, como si la parte externa de la casa estuviese desier, ta: los tejos solemnes y los abetos, que durante seis meses nabían mitigado el res.



atención fijóse en unos pasos que reso-

naban en el corredor. ¿Sería Maruja? Pú-

sose en pie, sin quitar ojo de la puerta.

Los pasos cesaron; la puerta quedó ce.

rrada. Pero otra puerta, que, en un rin-

cón obscuro, había escapado a su aten.

ción, giró despacio sobre sus goznes, y,

con paso clandestino, penetró en la estan.

cia Pereo, el mayordomo. Aunque el capi-

tán, por naturaleza y educación, era va-

liente y sereno, aquella visión malévola y

encarnación del pesamiento que embar.

gaba su cerebro le dejó frío. Carroll fijóse

en los grises bucles y rostro arrugado del

viejo y echó mano al costado. Pereo, con

la pronta observación de los insanos, notó

el movimiento y comenzó a frotarse las

con una voz incorpórea y extraña-. ¡Ser\_

virá! ¡Servirá! ¡Además sois un soldado

y sabréis cómo usarla! ¡Bien! ¡Esto es

providencial! - Elevó los ojos al cielo y

llaba frente a un hombre, que, sin du

da alguna, estaba solo; un hombre lo

bastante fuerte, a pesar de sus años, pa-

ra inferirle un golpe mortal, y quien, se-

gún comenzaba a creer, pudiera no ser

la primera vez que hacía cosa semejan-

te. Sin embargo, posó la mano sobre el

brazo del viejo, y, mirándole tranquila\_

-¿Venid? ¿Y dónde, Pereo? Acabo de

-Lo sé -replicó el viejo, agitando vio-

lentamente la cabeza—. Le estaba vigilan.

de cuando montaba el caballo. Esa es la

causa de que yo perdiese el rastro; pero

podremos, juntos, dar con ellos. ¿no, ca.

Y comenzó a retirarse de espalda, agi.

-¿Dar con quiénes, Pereo? ¿A quié.

-¿A quiénes? —repitió el viejo, alar.

tando su mano, que señaladaba a la puer-

nes buscas? —preguntó Carrol con dulzu.

mado y pasándose la mano por su fren.

te arrugada ... ¡A quiénes ha de ser! ¡A

mente a los ojos, dijo con serenidad:

Carrol dió unos pasos hacia él. Se ha-

-¡Bien! ¡Bien! -dijo rápidamente,

manos, con una risa maliciosa.

añadió: -; Venid! ; Venid!

pitán? ¡Venid! ¡Venid!

llegar.

doña Maruja, y a su pequeña gatita negra, a Faquita? —Bien; pero ¿por qué buscarlas? ¿Por

qué?
—¿Por qué? —dijo Pereo con una explosión de impotente apasionamiento—.
¿Y usted me pregunta por qué? Porque van otra vez a la cita; porque van a buscarle a él. ¿Comprende usted? ¡Por.

que van a buscarle a él, al coyote! Carrol sintióse aliviado, y rió.

-; Al coyote!...

—¡Sí! —dijo el viejo en tono confidencial—. ¡Al coyote! Pero no al grande, ¿comprende usted?, sino al pequeño. ¡El grande está muerto, muerto, muerto! Pero el pequeño vive todavía. ¡Usted hará con él lo que yo, Pereo, hice con el grande! —añadió, después de echar una mirada furtiva alrededor de la estancia—. ¡Oh! ¡Es providencial! ¡Venid!

De todos los terribles pensamientos que bullían en la mente del capitán, uno sólo le dominaba. Aquel tembloroso irres\_ ponsoble, aquel desgraciado q. tenía de\_ lante meditaba un crimen; y Maruja se hallaba en peligro. No paró mientras en otras deducciones q. pudieran brotar de aquel diálogo; rápidamente concibió un plan de acción. El sonar la campanilla y entregar al lunático en manos de los criados no hubiera servido sino para propalar el secreto, si es que tenía alguno; además de la posibilidad de que pudiera escaparse en un acceso de furor, o caer en un estado de inútil imbecilidad. Seguirle la corriente, confiando en que después, gracias a su agilidad y valor, podría evi. tar la calamidad, fué el plan que ideó. El capitán volvió sus claros ojos hacia los inquieto de Pereo, y dijo sin emoción:

—¡Vayamos, pues y pronto! Tú seguirás la pista; pero recuerda, buen Pereo, que dejarás lo demás a cargo mío.

A pesar suyo, le sorprendieron penosa, mente algunas de las ostentosas imprecaciones de Pereo. Los ojos de éste brillaron con apasionada gratitud al decir:

—¡Ah! ¡Bien! Cumpliré mi palabra.

Usted hará del pequeño lo que pla. ¡Es providencial! ¡Vamos!

Viendo que el capitán miraba rredor buscando su capote, cogió. cho que pendía de la pared. por los hombros y le estrechó Carroll hubiese querido evadir an pecie de disfraz, pero no tuvo tien discutir; traspusieron la puerta que Pereo había entrado, penetro un largo y oscuro pasaje, que estar hecho en la parte externa d ficación que rodeaba el parque do a su guía en medio de aquella da oscuridad, perfectamente que cualquier cambio en su locus ocasionar una lucha en las donde no podía esperar ayuda, la una puerta, que abrió Pereo, pen por ella el fresco olor a lluvia Se hallaron en el fondo de un entre dos elevados setos que la ban, al fondo del jardin. La hien cida en el suelo y su descuidado miento denotaban que se utilizale veces, Carrrol, todavía siguiendo Pereo, notó que éste hizo alto ren mente y se puso a temblar. -¡Mire usted! -exclamó,

una sombra a alguna distancia de sola! Es Mary teliger sola!

Carroll pasar su brazo por el de y hasta se adelantó, fingiendo su ececit

dad por discernir la figura.

—¡Es maruja, y sola! —dijo e darle temblando—. ¡Sola! ¡Y no está tie qui yote! —se pasó la mano por los yote! —se pasó la mano por los yote! occidendose a Carroll repentinamento por lista jo:— ¡Ah! ¿No lo comprende? Lista un ardid! ¡el coyote se escapa o que e quita! ¡Venga! ¿No yiene?... ¡B. sando quita! ¡Venga! ¿No yiene?... ¡B. sando

iré yo! Con una fuerza inesperada, naci su locura, desasióse de Carrol, v zó callejón abajo. La sombra de l alarmada por su proximidad, se n seto, y Pereo pasó volando junto? poseído de su sola feroz manía, s ver a pensar en su compañero desgraciada Faquita, el capitán l también por el callejón para inter a Maruja pero cuando lo hizo, é bía ya cruzado la parte superior de do, buscando apresuradamente la da del patio. Carroll no dudó en se Procurando no perder de vista la ña, oscura y activa figura, oculta pronto por un grupo de matas com las sombras de la noche no co darla alcance hasta que la muchaci si había llegado al patio. Alli w perder terreno, porque Maruja, en penetrar en el patio, giró rápidamen dirección a los establos. Sin emban halló el capitán lo bastante cerca d para hablarle.

—Un momento señorita Saltonsa gritó apresuradamente—; no hay po Estoy solo. Pero tengo que hablar or ted

ted.

La muchacha pareció redoblar sur cha. Por fin paróse ante una puera trecha, disimulada en el muro, y la mano en el bolsillo en busca de llave. En aquel momento la alcanza rroll.

-¡Perdóneme usted, señorita & tall..., Maruja; pero tiene que di ¡Está usted libre pero tema por su cella, por Faquita!

Una pequeña carcajada fué la oratación. La puerta se abrió, dando a la pequeña figura. El velo en que volvía su cabecita alzóse un installa puerta se cerró tras ella. Camb trocedió consternado. Eran los ojos dores y el rostro descarado de Faqua

#### XII

Cuando el capitán Carrol dejó a rretera para coger la senda, una antes, Maruja y Faquita habían antes, Maruja y Faquita habían antes, Maruja y Faquita habían a jado la casa por el mismo secreto je y puerta del jardín que despusabierta para él y para Pereo. Las nes evidentemente habían cambiado traje; Maruja llevaba el de su dono Faquita iba cubierta con un velo de tido como su dueña; pero era carrístico que mientras Faquita se por exagerada bajo sus galas prestadas saya corta de Maruja, su corpiño al do y el chal listado que ocultaba se da cabecita, hacíanle aparecer infinente monte más acquestamente aparecer infinente monte más acquestamente de la senda de la cabecita, hacíanle aparecer infinente monte más acquestamente de la senda de la cabecita de la cabecit

mente más coquetona y encantadors Pasaron por el callejón apresurada al final volvieron en ángulo recto una verja medio oculta en la m La verja daba paso a una antigua na, que databa de la época de ocup de los Padres, pero entonces estado dida a los peones y sirvientes par cultivo. Las largas hileras de ball pas, nudosas y recias por los anos gaban hasta la falda de la verde m ña, donde los castaños marcaban mienzo de la cañada. Allí separose ruja de su doncella, y ajustándose el chal que envolvía su cabeza, apresurs samente las hileras de cepas cia un edificio de adobe, cercano a

monte. En otros tiempos quella on lormo parce del refectorio Mision, pero más reciente. usada como cabaña de viñado. forme se acercó, tue acortando nasta que, llegada a la puerta, sta la mano en el picaporte. de un momento abrió la puerta ne; la cerró tras si con rapidez, ao un grito anogado encontróse azos de Harry Guest.

mas que un instance; las blan. vas suplicantes, que antes na. razado a su cuello y entonces hasta cubrir su rostro, le conmoas que los ojos demandantes y la a falta de voz y de aliento, de Dejándola sentar sobre la silia él acababa de levantarse, retroos pasos con las manos entrelacon los ojos medio salvaje, mi. con ansiedad. Ante aquena mi. no era la belleza consciente, or. soberana la que hallábase sen. él siho una muchacha umiaa izada que luchaba con su prime-

pasión. cuanto de sabio y gentil ha\_ do decir, todo cuanto su claigencia habia premeditado, mu. sus labios con aquel beso. lo que pudo hacer de dignidad y de noble decoro fué ocultar ecitos bajo la silla en un estuer. erado para alargar su talda corrle que no la mirase.

que cambiar de traje con Fa. rque estábamos vigiladas —dijo, lose hacia delante y quitándose listado que rodeaba sus hombros. escapar de casa de mi madre ndo los campos como si fuese una si yo fuese una ghana, harry, y

la orgullosa heredera de la prointerrumpió él con argo de su amargura-; pero, es verdad, me vidado.

ca te lo recordé —dijo la mualzando sus ojos hasta los de No te recordé aquel día... en... vernáculo, ni la primera vez que aste de... de amor, ni cuando en venir a encontrarme aqui Eres tú. Harry, quien ha hab ado iferencia de nuestra condición; has hablado de mi fortuna, de ia de mi posición, hasta el pune hubiera cambiado muy conten. rtuna con Faquita, como lo hice do, de haber creído que eso te hecho más feliz.

rdóname, amante! — exclamó Ha. endo de rodillas ante ella e in. se sobre la blanca y diminuta ue había cogido, hasta que su norena casi rozó su regazo—. ¡Per\_ Eres demasiado orgullosa, Mara admitir haber dado tu coraien tu mano y tu fortuna no pueuir. Pero otros quizás no piensen también soy demasiado orgulloso biese dicho que te había ganado e ser digno de ti.

no tienes derecho a ser más or. que yo —dijo ella, poniéndose en aire de su vieja y suprema ase.

m-. ¡No!

mbargo, sucumbió; y cuando con. ablando, fué con la cabecita apon el hombro de Harry.

este engaño y este secreto lo que conzoso. Yo creo que todo lo soa contigo, si todo se supiera; si tu s a cortejarme como... como... s. ¡Aunque abusen de tí, habian. origen dudoso, de tu pobreza, de alidades! ¡Cuando te difamasen, la refiir con ellos; cuando hablaque no tienes padre a quien reclaodria hasta mentir por ti, segun arry, y, decir que le tenías; si na. de tu pobreza, yo hablaría de mi si hablasen de tus penalidades. aría más que enorguilezerme de leza si es que podía contener las

asomaron entonces a sus ojos, enjugó con sus besos.

0, by si te amenazasen? by si me en de la casa?

escaparia contigo — respondió Ma\_ ultando su cabecita en el pecho

e dirias si yo te propusiera que ahora conmigo? —preguntó Guest

ora! — repitió Maruja, alzando

stados ojos.

stro del joven oscurecióse con su mirada de salvaje resentimiento. me, Maruja —dijo, cogiendo aprente las manos de ésta entre las Cuando me olvidé de mí, cuana loco aquel día en el invernácua expiación en que podía pensar e jurar, en lo más íntimo de mi le jamás me aprovecharía de tu que jamás intentaria te olvie ti misma, de tus amigos, de tu por mi, por un vagabundo. Cuan\_ le me compadecías y atendías a I fuí demasiado débil para dejar aquel rayo de sol que penetraba

en mi desgraciada vida, y, creyendo te. ner una perspectiva ante mi, en una idea que prometí revelarte más adelante juré no engañarte ni engañarme con esa espe. ranza por un acto que te llevase al arre. pentimiento y a mí al deshonor. Pero me he impuesto demasiado, Maruja; he exigido demasiado de ti. ¡Tienes razón, amor mio; este secreto, este engaño, es indigno de nosocros! ¡A todas horas, en todos los momentos dulces como lo son, se enne. grece la pureza de nuestra única defensa; te hacen a ti ser falsa y a mí cobar. de! ¡Maruja! ¡Amor mio! ¡Preciosa mia! Dios sabe cuál puede ser el éxito de mis planes. No tenemos más que una ocasión ahora. Hoy mismo he de partir para no volver jamás, o he de llevarte conmigo. No te asustes Maruja, y óyeme. ¿Te atreves a arriesgarlo todo? ¿Te atreves a huir conmigo ahora, esta noche, hasta el viejo Padre de La Misión Perdida, y dejar que nos una en esos lazos que nadie se atrevería a romper? Podemos llevar con nosotros a Faquita; son unas pocas millas y podremos volver a arrojarnos a los pies de tu madre. Ella es la que puede guiarnos después, la única. ¡O podemos huir de esta maldita opulencia y de todos los males que ha acarreado, para siempre!

Maruja levantó la cabeza, y, con la manos apoyadas sobre los hombros del muchacho, le miró con los escudriñado. res ojos de su padre, como si tratase de leer en su alma.

-¿Estás loco, Harry? ¡Piensa en lo que prometiste! ¿No es eso tentarme? Piénsalo, querido —dijo Maruja, apretando su brazo convulsivamente.

Hubo un silencio momentáneo, duran. te el cual ella no retiró de su rostro la mirada. Pero un repentino golpe da. do en la cerrada puerta y grito inarti. culado les sobrecogió. Guest la estrechó

entre sus brazos.

-Es Pereo -dijo ella en un murmullo, pero ana vez más dueña de su fuer. za y resolución-. ¡Te busca! Huye en seguida. Está loco, Harry; es un luná. tico delirante. El nos vigiló la última vez. Nos ha seguido hasta aquí. Sospecha de nosotros. No debes encontrarte con él. Puedes huir por la otra puerta que da a la cañada. ¡Si me amas, huye!

-¿Y dejarte expuesta a su furor? ¿Estás loca? No. Huye tú por la otra puerta, cierra después y pon en alarma a los criados. Yo le abriré esta puerta, le ase. guraré aqui y después me iré. No temas por mí. ¡No hay peligro; y, si yo no me equivoco, creo que no me atacará! - aña. dió con extraño significado.

-¡Pero quizás haya alarmado ya toda la casa! ¡Silencio!

Se oyó ruido de lucha en el exterior de la puerta, y luego la voz del capitán Carroll, tranquila y correcta sobresalió con claridad durante un instante.

-Està usted completamente libre, se. ñorita Saltonstall. Creo que le tengo seguro, pero quizás fuese mejor que no abriese usted la puerta hasta que ven. ga ayuda.

radamente sus pequeñas manos y rodeó con ellas su cuello desafiador. -Escucha amante mío -dijo baja y

Los dos jóvenes se miraron sin decir

palabra. En los labios de Guest juguetea.

ba un triste desafío. Maruja alzó delibe-

tranquilamente, como si sólo la seguridad del silencio y de la oscuridad les sitiase. ¡Acabas de preguntarme si me escaparía contigo, si me casaria contigo sin el consentimiento de mi familia, en contra de las protestas de los amigos y en seguida! Yo dudé, Harry, porque estaba asustada y medio loca. Pero ahora te digo que me casaré contigo y donde y cuando quieras, porque te amo, Harry, y a tí sólo.

-Entonces huyamos al punto -dijq él apasicnadamente, estrechándola-. Pode. mos ganar el camino de la cañada an. tes que venga ayuda, antes de que seamos descubiertos. ¡Ven!

-Y tú recordarás. Harry, en los días venideros — repuso ella, todavía descom. puesta y rodeando su cuello con los brazos— que jamás quise a otro que a ti; que nunca supe antes lo que era amor, y que, desde que te he amado, no he pensado nunca en ningún otro. ¿No? ¿Lo recordarás?

-Lo recordaré y ahora... -Y ahora —dijo Maruja con un gesto



soberbio, dirigiéndose a la barrera que les separaba de Carroll-, jabre la puer-

#### XIII

Lanzando una mirada de admiración a Maruja, Guest abrió la puerta de par en par. Los criados que tan precipitada. mente habían sido requeridos, estaban conduciendo al demente, rendido por los esfuerzos. Sólo quedaba allí el capitán Carroll erguido y quieto ante la puerta.

A una señal de Maruja penetró en el cuarto. En el rayo de luz que entraba por el hueco vió perfectamente a su compañero; pero no delató su emoción el menor movimiento de sus ojos o de los músculos del rostro. La severa disciplina a que fué sujeto desde su juven. tud prestóle un buen servicio, y por el momento le hizo dueño de la situación.

-No creo necesaria una explicación para esta intrusión —dijo con fría compostura—. Pereo parecía que intentaba asesinar a alguien, y yo le segui hasta aquí. Quizás hubiese podido llevármelo de aquí con más tranquilidad, pero te. mía que abriesen ustedes la puerta.

Hizo una pausa y añadió: -Ahora veo lo infundada que era mi suposición.

Fué un aditamento fatal. En aquel momento, Maruja, que había permaneci. do en pie junto a Guest, con remordimiento de hallarse en presencia del hombre a quien había engañado, y esperan do tranquila su castigo, cambio ante aque. llas palabras expositoras de su acto, y volvió a ser la Maruja de siempre: suprema, pronta, intrépida y desapasiona. da.

-Estaba usted en un error, capitán -dijo con dulzura-. Afortunadamente, el señor Guest, a quien veo que ha olvidado usted durante su ausencia, estaba conmigo, y creo que hubiera considerado de su deber protegerme. Pero, de todos modos, doy a usted las gracias, y creo que el señor Guest no llevará su envidia hasta el punto de lamentar la buena fortuna de usted acudiendo ga\_ lantemente a mi rescate. Sólo lamento, que, al volver a La Misión Perdida, no haya podido caer en los brazos de una dama antes de tender la mano a sus amigos.

Sus ojos se encontraron. Maruja vió que el capitán la odiaba y sintióse satis. fecha.

-Tal vez no hubiera sido tan completamente desgraciado - respondió Carroll con una frialdad que contrastaba con el fuego que despedían sus ojos-, porque recibi el encargo de traeros un mensaje, en el cual ese loco se supone que juega un papel importante.

-¿Es asunto de negocios? -preguntó Maruja con ligereza, pero con una repentina e instintiva prevención del daño que pudiera dimanar del tono inexorable de su voz.

-Negocios, puramente negocios, seño-

rita. -No tendrá usted inconveniente en de\_ cirmelo en presencia del señor Guest? -preguntó la joven con audaz inspiración—. Es tan misterioso, que quizás sea interesante. De otro modo, capitán Ca. rroll, quien aborrece los negocios no hubiese admitido el encargo sino con el entusiasmo corriente.

-Como el asunto interesa al señor Guest, o al señor West, o a cualquier nombre que haya decidido usar desde que tuve el placer de encontrarle, no veo la razón de no hacerlo, aún a riesgo de deciros lo que ya sabéis.

Por vez primera despidieron fuego los ojos de su rival.

-Así, pues, diré brevemente que el señor Prince hizome el encargo de avisar a usted y a su madre, para que evi\_ ten un litigio con este caballero y que admitan la reclamación, como hijo del doctor West, de su participación en la propiedad.

La consternación y el azoramiento manifestados por Maruja convencieron a Carroll de su fatal error. ¡Había acep. tado ella los galanteos de aquel hombre sin conocer su verdadera posición! La refoz teoría que había parecido justificar su resentimiento (la de haberse rendi. do a Guest para poseer la propiedad) estaba fija en el pensamiento del capitán con toda su bajeza. Ella había ama. do a Guest por él solo, y con aquella baja revelación no había hecho más que empujarla a sus brazos.

Ni tan siguiera conocía a Maruja. Vol. viéndose a Guest con ojos centelleantes, dijo ésta:

-¿Es cierto que es usted hijo del doc. tor West y... que estaba desposeído de su fortuna por nuestra causa?

-Soy el hijo del doctor West -res. pondió ávidamente—; pero yo sólo tenía derecho a decir a usted eso a su debido tiempo. Créame que no he concedido a ningún juguete del señor Prince, para que trafique con él.

-Entonces -repuso Carroll con fiereza, olvidándose de todo a causa de su cólera— quizás pueda usted retirar ante dama el cargo hecho por su principal, de que Pereo fué instigado por doña Ma\_ ría a cometer el asesinato.

De nuevo había dado en el blanco. El horror y la indignación reflejados en el rostro de Guest fueron demasiado visibles para que, tanto Maruja como él, du. dasen de que la idea fué tan nueva como la acusación. Olvidándose de su aturdi.

miento ante aquellas revelaciones con su orgullo herido con la duda torturado. ra de que Guest hubiese perdido la confianza en ella, a pesar de todo, voló al lado de su amante.

—¡Ni una palabra! —gritó con orgullo, alzando su diminuta mano a la altura del rostro cetrino del joven—. No me insulte usted, contestando a tal acusación en mi presencia. Capitán Carroll—continuó, volviéndose a él—, no puedo olvidar que fué usted presentado en casa de mi madre como un oficial y un casa de mi madre como un oficial y un casa ballero. Cuando vuelva usted a ella como tal no como hombres de negocios, será usted bien recibido. ¡Hasta tanto, buen viaje!

Maruja permaneció en pie, erguida, sin apasionamiento, mientras Carroll, con un saludo frío, volvióse y desapareció en la obscuridad. Entonces ella con paso vacilante y lanzando un pequeño grito, arroljóse sobre el pecho el Guest.

-¡Oh, Harry, Harry! ¿Por qué me has engañado?

-Lo crei mejor así, amada mía -res. pondió éste, alzando hasta el suyo el ros. tro de Maruja—. ¡Ahora sabes ya el plan de que te hablé, la esperanza que abrigaba! Yo quería ganarte por mí mismo, sin apelar a tu sentido de justicia, ni aún a tus simpatías. Y te gané. Dios sabe que, de no haberlo conseguido, nun. ca hubieras sabido por mí que un hijo del doctor West hubiese existido. Pero eso no bastaba. Cuando supe que podía establecer mi derecho a la propiedad de mi padre, quise que te casases conmigo antes de que lo supieras; así jamás podría decirse que estabas influenciada por otra cosa que no fuese el amor que me tienes. Por eso vine aqui hoy: ¡Por eso hice hincapié para que huyeras conmigo!

Harry calló. Maruja jugueteaba con los botones de su chaleco.

—¿Pensaste en la propiedad cuando... cuando me besaste en el invernadero? — preguntó suavemente.

—No pensé en nada más que en ti respondió Guest con ternura.

De pronto se desasió Maruja de él con alarma.

-¿Pensaste en la propiedad cuando...
cuando me besaste en el invernadero? preguntó suavemente.

—No pensé en nada más que en ti respondió Guest con ternura.

De pronto se desasió Maruja de él con alarma.

—¡Pero Pereo!... Harry..., dime pronto..., nadie, nadie podrá pensar que ese pobre demente, ese viejo pudiera..., que el doctor West fuese... Todo habrá sido una farsa. ¿No es así? ¡Habla, Harry!

Este guardó un momento de silencio, y luego dijo con gravedad:

Había hombres extraños en la fonda aquella noche y supieron que mi padre llevaba dinero encima. Yo mismo fui objeto de un atentado aquella misma tarde en La Misión Perdida, por haber enseñado imprudentemente unas monedas de oro. No me salvó más que la intervención de un solo hombre. ¡Ese hombre fué Pereo, vuestro mayordomo!

Maruja retuvo entre las manos la del joven, y se la llevó a los labios con alegría.

-: Gracias por esas palabras! Has de venir conmigo al sitio donde está, y él te reconocerá, y nos reiremos de esas mentiras, tverdad Harry?

Este no replicó. Quizás escuchaba el confuso sonido de voces que rápidamente se aproximaban a la casa. Ambos salieron juntos de ella. Un grupo de sombras se acercaba a ellos, entre los que se contaba Faquita, quien se adelantó, corriendo al encuentro de su ama:

-¡Oh, doña Maruja, se ha escapado!
-¿Quién? ¡No será Pereo!

—Ciertamente. Y en su caballo. Estuvo durante todo el día, ensillado y con la brida puesta, en el establo. No lo sabiamos. ¡Caminaba a gatas, cuando, de repente, se soltó de los peones que le rodeaban, como un toro loco pudiera separar las mies, y saltó sobre su pinto,

había participado de la formación forjada ya en ferrocarril. Una honda co practicado en el monte férrea, que entonces circulo del anfiteatro. Su conjetura quedó jus trar en él, por la aparició que daba vueltas alreden en carrera desenfrenada. tía más salida que aquella encontraba, puesto que la cesible a causa de la via vó con calma los movimien y se preparó para lanzarse pronto como mostrase sinto tar la velocidad. De pronto observó ciertos cicio por parte del misteri cuando pasó volando junto círculo, y en la parte más. vió que arrojaba un lazo, p to horrible de que estaba asesinato de su padre cruzó. gmación. Un lejano silbido, que le bosques distantes, hizole sentidos en el preciso momo también parecía haber ren movimientos el furioso jinete dó convencido de que el des co no se le escaparia entone tren, que se acercaba, cum indudablemente, asustaria a p gándole a ganar la pequeña, valle guardada por él. La montaña había adquirido ecos resonantes del monstruo es de ba, cuando vió con horror de con avanzaba rápidamente hacia la barr ra. Picó espuelas a su caballo y yo su persecución; pero ya el tre son per la angosta trinchera, sir fr furioso jinete, que volaba in a máquina. Guest le gritó, pero dióse en el rugido, que produci caravana. Algo pareció lanzar la man

escapando! Y lo peor es que no hay caballo capaz para dar caza al suyo. ¡Quiera Dios que no vaya a parar al ferrocarril, porque será capaz de despreciarlo en su locura!

—Mi caballo está en el bosque —se apresuró a decir Guest al oído de Maruja—. Ya he medido sus fueras con las del pinto antes de ahora. Dame tu bendición, y yo le traeré, si está vivo.

La joven estrechó su mano y le dijo: —¡Ve!

Y antes de que los asombrados criados pudiesen identificar la extraña escelta de su dueña, Guest había partido.

La noche había cerrado. Para cualquiera que no fuese Guest, que había estudiado prácticamente la topografía de La Misión Perdida y conocía los rodeos del mayordomo para evitar su encuentro, la busca hubiera sido infructuosa. Pero conjeturando atinadamente que, en su condición de loco, seguiría la fuerza de la costumbre, metió espuelas al caballo a lo largo de la carretera, hasta que llegó a la vereda que conducía al anfiteatro ya descrito que fué en tiempos su sitio favorito, y que, desde entonces,

¡Un momento después el monto bia pasado; jinete y caballo, a y zarandeados, rodaban muertos! trir l'iera, mientras la monto del asesino volteaba al extremo lazo, sujeto a la chimenea de la na por un movimiento vengativo nal.

x x x

El casamiento de Maruja y el fallecido doctor West fué acoglo valle de San Antonio como un planes más admirables y hábilm durados de aquel malogrado bo muchos que se hallaban disp probar que el doctor se los na fiado mucho años atrás, y lue mente aceptado el que la viuda tonstall había sido una simple taria, en beneficio de la nueva en perspectiva. Sólo una person de aceptar aquellos planes; es señor Don Jaime Prince, com otro nombre: Aladino. Anos se decia que el tal sujeto estan toritariamente el aserto «de que combinación incierta en los negu la formada por un hombre y un

FIN

AS antiguas calles de la han Habana, unas se transformado, mejorándo. se notablemente; otras, muy pocas, han desaparecido por completo. La Calzada de la Infanta, no hade diez o doce años, tenía todo de uno de esos caminos rea\_ muy cuidados, por cierto, que cen a los pueblos vecinos; y hoy a avenida moderna, bordeada de ficos edificios, que compite con ejores y más antiguas de la ciu Los vendedores de terrenos a plamian por aquella fecha que agotar alogo de su elocuencia para salir lotes a precios en verdad bastan. dicos; y hoy cuesta, como se dice, de la cara, adquirir en los propios unas cuantas varas de terrenos; é dando salto la antigua Haba. e Prado a Galiano; de Galiano a coain; de Belascoain a Infanta; de ata a... el tiempo lo dirá. s son como dijimos ias calles de

gabana que han desaparecido por meto. La única de la que no queda estro, aunque sí el recuerdo, es aqué\_ e estuvo donde se encuentra hoy la conoce con el nombre de Pro. Antro del vicio e inmunda cloaca v material, enclavada en el cene la Habana; y que algunos extrande paso iban a visitar, comparán\_ con las más inmundas callejas de arrios más tenebrosos y sucios de York Paris y Londres: la calle de Bomba», cuyo nombre hacia «explofrecuentemente en los más sona ncesos policíacos de la época de la is. Solamente hubieran podido desla las plumas vigorosas de Zola, Ibáñez, Dickens etc. Entre nosel doctor Benjamin de Céspedes edicó algunas páginas acertadas, en bra «El Vicio en la Ciudad de la anà». Cuando Cirilo Villaverde la ci su novela «Cecilia Valdés», como icilio del violinista Pimienta, aún no descendido al grado de corrupción andono a que llegó años más tarde. maderamente la Habana no ha cons lo nuevas barriadas; sino que se ha ado a perfeccionar, ampliar e higie. r las que de antiguo formaban su rafía. No siendo la gran explanada Capitolio y la Plaza de la Fraterni todo lo demás, en sus alrededores, muentra lo mismo como cantan en Marzuela de Chapí— «Todo está igual, e que fué ayer»—el día que lo vimos vez primera...

4 calle del Obispo, por ejemplo, ha do serias transformaciones en los cios que la componen; pero no en su que es el mismo de hace cinaños. Se le ha querido rebautizar los nembres de Pi Margall; Weyltr y e pro siempre se le ha llamado y liw le llamará la calle del Obispo. Los lantes de aquel tiempo, 1889, 90 etc., merriamos cuatro veces por lo menos 🖪 para ir y venir del Instituto de Ada Enseñanza, cuya vetusta puerta atrada del antiguo convento de los Dominicos, encontrábase en la da cuadra, entre las calles de Meres y San Ignacio. Pero nuestra caotidiana empezaba, para la ma. Parte por lo menos, por el tramo aranca de la calle de Bernaza, atrala pequeña plazoleta que aún denominaba de Albear, sino de trrate; y en la que se levantaban Anoramas y los «títeres de Soler», de la chiquillería de wees; y aun de no pocos y respetables



mayores que se solazaban contemplando las vistas que los incipientes cameramen de la época reproducían en colores, tomándolas de las principales revistas españolas y francesas: «La Ilustración Es. pañola y Americana» o «La Ilustración Parisién», donde se publicaban numero. sos e interesantes episodios de las gue. rras, relativamente de fecha próxima, de Oriente, entre rusos y turcos; y la sangrienta y desastrosa para Napoleón III, franco-prusiana del año 70. La calle toda se estremecía de punta a cabo, des. de las primeras horas de la mañana con el ruido ensordecedor que producían al rodar a toda carrera sobre el adoquinado irregular de entonces, las «guaguas» y los «rippers» de la popular empresa de Estanillo. A veces había que hablar a gritos para que lo oyeran a uno, así en la vía pública como en el interior de los establecimientos; aquella calle era el nervio «gran simpático» del organismo habanero; el torrente circulatorio que da. ba vida a la capital de la isla; el negocio, la moda, el turismo, el flirt, todo se des. bordaba por aquella calle estrecha y ruidosa.

Tal vez por la falta de este ruido parezca hoy en ciertos momentos la calle del Obispo una calle muerta. A derecha e izquierda dábanle a la vía fama de la más comercial de la ciudad, después de la de la Muralla, los establecimientos que en ella se levantaban; y cuyo recuerdo viene a acompañarnos amistoso, a los que los conocimos, cuando por esa vía transitamos actualmente. El primero era la librería de Pote, «La Moderna Poe. sía», en el mismo sitio casi en que se halla hoy; pero instalada en su principio a estilo de barraca de feria: de mostra. dor, unas cuantas tablas toscas y sin pin. tar, descansando sobre otros tantos burros de madera; y unos estantes construí dos del mismo modo, abarrotados de li... bros, por lo general viejos y casi todos comprados de relance. En la acera de enfrente y unos pasos más allá, la libre. ría de Alorda, en la que se veía a La. nuza, Zayas, Varonaá Carlos de la To. rre, registrando afanosos en las tongas de obras y revistas que obstruían la pequeña sala del establecimiento. La casa

de música y almacén de pianos de Anselmo López. La primera quincallería de Hierro y Mármol; y después la del Bos. que de Bolonia que aún no se había corrido hasta la esquina de Compostela. La visitada y popular casa de cuadros de Quintín Valdés, donde Armando Meno. cal, pensionado de la Diputación Provincial, en el extranjero, exibía sus primeros trabajos—uno de ellos «Los Mos. queteros»-y los hermanos Chartrand, Sanz y Miguel Arias sus bellisimos paisajes cubanos: La Habana entera des\_ filo entonces por aquella sala ante una copia litográfica de gran tamaño del célebre cuadro de un artista parisién en el que se reproducía la famosa sesión de La Cámara Francesa en que Gambetta y otros políticos de renombre rindieron un homenaje de desagravio al viejo estadista Mr. Thiers, atacado duramen. te por los oposicionistas del momento. También era notable en aquella sala una exposición que había de «Desnudos Artís\_ ticos», debidos al correctísimo lápiz del dibujante catalán Eusebio Plana, de gran auge entonces, cuando la línea y la corección significazan algo en la pintura. Al lado de Quintín Valdés hallásabe la renombrada litografía de Don Elías Casona; y en la acera de enfrente, la casa, no menos conocida, de «Pedregal», donde se vendían semillas de las más variadas plantas; y se exhibían grandes y vistosos bouquets de tulipanes, claveles, jazmines y otras flores: Padregal, un hom\_ bre apacible, fresco y lozano como los productos que vendía. El establecimien. to de modas de «Madame Puchau», la por entonces única, o por lo menos, la más conocida representante y divulgadora en la Habana de las elegantes modas de París y que murió de apendicitis, cuando se confundía ese mal con «colico miserere».

Bajando la calle a la derecha, y a la mediania de ella, durante mucho tiempo existió una gran sala donde estuvo instalada una especie de «Bazar Turco» con sus «Mamainas» y también «Solimanes» de todas las edades, destacándose algunas huries de bello rostro y ondulante cuerpo que hacían las delicias de los inofensivos jóvenes sultanes de la época.

Vendían tapices, jarrones, jabones turcos y frasquitos de esencias diversas: un su. til perfume de harén flotaba en el ambiente. Era la época en que estaban de moda las novelas de Pierre Lotti, «Aziyadé», «Madan Crisantemo», etc. En la esquina de Compostela alzábase el famoso «Colegio Francés», para señoritas en cuya amplia casa ocupaba un departamento, donde daba sus consultas, el ilustrado doctor Montaner, tan conocido y apreciado de la alta sociedad habane. ra. El entonces muy concurrido y rui\_ doso a todas horas, café «Europa», de donde sacó el periodista Luis Bonafaux su aélebre novela satírica «El Avispero»; y en la esquina de enfrente «La Prime. ra de Aguiar«, popular almacén al detall de víveres finos visitado por numerosas personas pudientes y de buen gusto que iban a surtirse allí de una galleta especial que fabricaba el establecimiento, «grandes como panderetas»; del rico y verdadero jamón gallego-hoy el americano que lo imita sabe a carne salada de Chicago-de las sabrosas y perfuma. das longanizas de Vich y las motadellas de Milán y Génova-hoy se imitan por ahí con trocitos de cartón y cuero pinta\_ dos de rojo-de los frescos y mantecosos quesos de Gruyere y Patagrás—los de hoy se fabrican en New York con los ejemplares viejos del «Journal» y el «He\_ rald», recogidos del arroyo-de la rica mantequilla asturiana de la «Vaquita» en esto si se han lucido los camagüeyanos con la suya-y en fin, de una numerosa y exquisita variedad de artículos ali. menticios de primera clase, que las modas y las competencias han ahuyentado lentamente de nuestra plaza.

Doblando a la derecha, según se baja. ba la calle, por la citada de Aguiar, antes de llegar a Obrapía, hallábase aquel nombrado establecimiento de ropa hecha «El Bazar Inglés», del popularisi. mo Paco Cuesta, «guía e introductor de embajadores» de cuantos toreros venían o pasaban por la Habana: Mazzantini, Guerrita, «El Habanero», «Hermosilla», «Minuto», «Lagartijo», «El Marinero», etc. etc. Cuesta y su colega Inclán, el de «Mi Sostre», de San Rafael, no faltaban a una corrida de toros, formando en uno de los tendidos de sombra con Paco de Oro-Paco Días, de La Unión»-el poeta euskaro, Faustino Diez Gaviño, Azcue, Robillot y otros, ese grupo alegre de afi\_ cionados donde entre bromas y risas, se bebe; se canta; se silba; se aplaude; y se toma manzanilla a pasto, nota simpática sin la cual resultan las corridas extrema\_ damente sosas y faltas de carácter. No estaba el «Bazar Inglés» en la calle del Obispo, precisamente, pero gran parte de sus visitadores venían por ella, y le comunicaban su movimiento.

Esos dos tramos de Aguiar hasta Amargura venían siendo como un desviadero de la calle del Obispo, volvién. dose a encauzar el tránsito por ella una vez que la concurrencia había realizado sus compras en el «Bazar», o llevado a cabo sus operaciones económicas en el «Banco Español», allá en la esquina de Amargura. Casi en la esquina de Aguiar y Obispo hallábase también el por aque. llos tiempos nombrado colegio de prime. ra y segunda enseñanza «La Gran Antilla», del doctor Gil, cuyos numerosos alumnos llenaban aquel sitio de animación y alegría. En la acera de enfrente, casi al lado del «Bazar Inglés, hallá. base la cómoda y ventilada mansión es\_ tilo colonial, morada del précer Don Manuel Calvo, a cuya puerta veíanse lle.

(Continúa en la página 21)

OS copos descendían lentamente... Algunos, parecian vacilar y se mecían breves instantes para continuar después su descenso.

El castillo se delineata soperbio, blanco, como esculpido en mármol. La nieve, como pequeños geniecillos curiosos, se deslizaba por las ventanas.

En una habitación, Adda Alejandrovna dormitaba. Desde dos días antes, esperaba la hora en que había de ser madre por segunda vez. Su mayor anhelo era tener una niña.

Las tres velas de un pequeño candelabro iluminaban débilmente la estancia, lanzando sus pálidos destellos sobre dos mujeres que velaban a los lados de la cama.

Silenciosamente, la puerta que daba al corredor se abrió, y una tercera mujer, de más edad, entró en la habitación.

-Maria-dijo muy quedo-ve a descansar unas horas. Yo ocuparé tu lugar aqui.

La interpelada, asintiendo con un gesto, sin producir el menor ruido, salió.

La muchacha penetró en su dormitorio, y tal como se hallaba, dejóse caer en la cama. Sus párpados estaban a punto de cerrarse, cuando le pareció oir dos golpecitos en la pequeña puerta que daba al patio. Inmediatamente se incorporó y escuchó. Dos golpes, algo más fuerte que los anteriores, se dejaron oir. Saltó del lecho y acercándose a la puerta aplicó el oído. Por tercera vez, nuevos golpes dados con mayor violencia, la hicieron salir de dudas; y con voz trémula preguntó:

-¿Quién llama...?

-Hania Mikhaleovna, María. ¡Abre por Dios...!

María reconoció en la voz temblorosa un estado angustioso y abrió.

Un aire helado se coló en la habitación. Hania Mikhaleovna entró. Llevaba un grueso abrigo de astrakán, echado sobre los hombros.

La joven sirvienta tomó la vela de una pequeña mesa, y la encendió. Su estupor era inmenso. No acertaba a explicarse aquella misteriosa visita a tal hora, y por tal sitio.

-¿Qué desea usted? -pudo al fin preguntar. —¿Quiére que la lleve a la habitación de la señora condesa?

-No, ahora no...; antes haz salir a las doncellas.

Y como viera que María no parecía comprender todo aquello, sacó bajo del grueso abrigo, algo cuidadosamente envuelto. La respuesta de la joven criada no fué más que una exclamación.

La nieve había cesado de caer. Los lo-

bos aullaban en el bosque.

Dos días después, la condesa Adda Alejandrovna agonizaba en los brazos de su esposo. Apenas contaba veinte y cinco años, y la la muerte reclamaba su cuerpo. Las últimas palabras dedicadas al recuerdo de un idilio feliz, brotaron de sus labios. Las lágrimas brillaron en sus ojos. Después habló de quienes no podían comprender su partida.

-«Nuestros hijos»... Pablo... La nifia... desearía que le pusieses mi nom-

bre...

Murmuró algunas palabras y expiró. Su linda cabeza se Inclinó sobre el pecho de Pablo Semyonitch. Parecía dormir plácidamente... Los labios del esposo rozaron con tristeza sus dorados rizos. Los brazos la estrecharon fuertemente, como si pretendieran revivir la llama que se había extinguido.

Desde aquel instante Pablo Semyonitch comprendió que su amor se había transformado: sintió que amaba a quien estando aun allí, ya no lo estaba.

En otra habitación, María sostenía dormido en su regazo a un niño de cinco años.

Su mirada, como abstraída, se fijaba interrogadora en una niña de días, en su cuna.

Los años pasaron...

Aquel niño de cinco años cumplió los diez, y un mes más tarde viajaba rumbo a San Petersburgo. Como buen cosaco, iba a estudiar la carrera de las armas.

Y los años siguieron su correr presuroso... Stefan, que así se llamaba el niño, dejó de serlo para convertirse en hombre. Tras diez años de separación, volvía junto a su familia. Las cartas, que de tarde en tarde le habían llegado a la capital, le hablaban del castillo, de su padre, de su hermana, de su esperado regreso, que había ido acercándose lentamente hasta convertirse en alegre realidad.



Recordaba el lugar donde había nacido: recordaba a su padre, erguido y con su voz que hacía retemblar las paredes de la vieja mansión; recordaba a su hermana, que se asía de las piernas de sus pantalones y de las sillas, para caminar; recordaba las rígidas caras de los criados, y como contraste, la simpática y alegre de la nodriza María; recordaba sus cuentos y su canto.

Kira, Adda y la antigua nodriza María, bajaron del coche. Venían del convento; María había ido a buscar a Adda.

Momentos después, Kira se hallaba en brazos de su madre.

Cuando pasó el primer momento de alegría, la joven presentó a su amiga. Después siguió una pequeña discusión, en la que Kira salió triunfante. Había convencido a Adda y a María, para que se quedaran en su casa.

-- Total -- decía ella-- mañana a primera hora podrán continuar el viaje. Estará muy divertida mi fiesta...

III

El carruaje avanzaba, saltando aquí y allá sobre las piedras del camino.

Stefan, no volvía solo. Lo acompañaba un joven, cosaco también, con quien había hecho buena amistad los últimos días de su estancia en San Petersburgo.

El joven era hijo del Mayor General de la guarnición de Novo-Cherkask y se llamaba Akim Akimytch Derjavine.

Era ya de noche cuando el carro entró en las calles de Novo-Cherkask. Diez minutos después, y con un estrépito de frenos, se detenía frente al palacio del gobierno.

Akim y Stefan saltaron a tierra. Apenas lo habían hecho, cuando un anciano, en el que se adivinaba al viejo servidor, se adelantó con el rostro resplandeciente de placer.

-; Señorito... usted! ¡Qué alegría para sus padres! Akim se volvió y su rostro también se

iluminó de gozo. -; Joseph! ¡Qué sorpresa...! ¿Qué tal

por casa? -Muy bien; todos muy bien. La seño-

ra baronesa será muy feliz viéndolos a todos reunidos... ¿No sabe usted? La señorita Kira ha llegado hoy del convento, y ya organizó una fiesta.

Akim no cabía en sí de contento. Volviéndose hacia su compañero de viaje le habló:

-Lo oyes, Stefan? Lástima que no... ¡pero qué suerte!... hasta mañana no podrás seguir el viaje. Te invito a casa esta noche; quedarán encantados de conocer-

-No, no; tienes que venir; ¿cómo crees que voy a dejarte solo esta noche, cuando en casa nos vamos a divertir tanto? Vendrás, no es cierto?

Stefan trató de objetar algo, pero su amigo se lo impidió.

-Bueno, iré -accedió Stefan- pero no ahora; entraré en alguna parte para, cambiarme de ropa. Estaré listo lo más pronto posible.

-Encantado. A las nueve vendré por tí; pero ¿a qué sitio?

Stefan dirigió la vista en derredor, y al instante se fijó en una vieja casa, sobre cuya puerta, y en un gran letrero, se leía:

HABITACIONES PARA FAMILIAS -Alli, en aquella casa, media cuadra hacia abajo-indicó.

-Bueno, hasta luego.

Y charlando animadamente con el viejo criado, Akim se alejó. Stefan se dirigió hacia la casa que

había elegido.

Después de haber sido presentado por Akim a su madre, ambos amigos se retiraron en dirección a una de las puertas que daba a los magnificos jardines.

Stefan no había sido presentado por Akim a su hermana Kira, porque ésta, como organizadora de la fiesta, no se daba un momento de reposo.

Stefan no la había visto.

La madre de Akim miraba insistentemente a Stefan y a su hijo, que se habían detenido.

-¿Dónde habré oído yo ese apellido? —decía para sí la señora. — Levine... Paulovitch... Estoy segura que lo he oído decir a alguien y no recuerdo a quien. Pero, bueno, un apellido nunca es extraño oirlo dos veces.

En tanto, Stefan y Akim hablaban.

-...te lo diré, Stefan, confiando en tu discreción: creo estar enamorado... y lo que más me turba es que ha sido de repente. Como si dijera: ver y amar. Nunca, anteriormente, he estado enamorado...

Iba a continuar, cuando un criado lo interrumpió:

-El señor barón lo espera hace rato; me encargó avisar a usted.

olvidado -¡Ah!, ya lo había Iré inmediatamente.

Akim se volvió a su amigo. -Me perdonas un momento. Después, te seguiré contando. -Sí, sí: te esperaré por aquí.

Stefan quedó mirando cómo se zaban las parejas por el salón.

Un aire fresco, pegándole en 1 le hizo recordar que se hallaba mu ca del jardin. De repente, al atravesar una de la

nidas que se cruzaban en aquel le to de follaje, estuvo a punto de tre con una hermosa joven. Se detuvo vista se fijó en ella, que también raba entre turbada y sorprendida Su rubia cabellera, en la que l ban como lentejuelas los pálidos dest

de los farolillos más cercanos, descan graciosamente sobre los torncados bros, para luego caer a su espalda torrente silencioso. Un vaporoso de color azul, terminaba aquel conjunto.

En el primer instante, los labios Stefan balbucearon apenas una exe más, dueño de sí, preguntó: -¡Qué raro que no se halle usted!

lando! a joven, que aun lo miraba como mo netizada, pareció reaccionar y responti (

—No, no sé bailar.

-¿No baila usted? -No nunca me han enseñado

-Y entonces prefiere usted pase contemplando las flores?

-Sí, me gusta más, me encantan las all flores. No recuerdo haber visto otro lintes i din tan hermoso como éste, no le lon el rece a usted? -Si, en efecto, es muy hermoso.... o casi

Stefan miraba, como alelado, el hen puesto cero rostro de la joven- ... muy len le moso. Ella pareció derse cuenta de de la

involuntaria alabanza y su tez se on terred reó.

La dulce melodía de un vals llegó le ta ellos como una música inspiradon exótica.

Una misma sensación de extraño bis estar impresionó aquellos dos pechos po nos de juventud... Los dos, sin po explicarse claramente aquella sensacio persan se hallaban ligados por esa fuerza con sorpi ta y misteriosa del amor.

Stefan y su inesperada compañera del pe guieron caminando el uno junto al obser en dirección al lego. Una amistad dos de años parecia unirlos. Stefan embeto pro en animada charla con la joven, hate perros olvidado cuidar de su presentación

Llegaron a orillas del pequeño le Parec Ella se dejó caer sobre la fina hiera si, to El quedo de pie.

La voz de la joven vino a sacarlo i 105 poi confuso estado en que se hallaba.

-Lo canso, no? Quiero hablar ma que no se aburra usted, pero en verda

que no sé de qué hacerlo. -No se preocupe por ello; pero, cui puer es su nombre?...

Una voz, a su espalda, le impidió con pared tinuar.

-Hablas solo ... ? ¡Oh!... ¡perdone el so ustedes...! ¡no sabía!...

Era Akim que muy encendido el M tro y sin saber cómo excusarse, desenbocaba de una de las avenidas.

Había oídos las últimas palabras de amigo. -No hay motivo para que te perdone

mos, bienvenido seas-exclamó Stefan -Gracias - respondió Akim más sere no, scercándose-; también la buscall señorita Adda. Mi madre me envía, por

que cree que debe usted retirarse a des la Por cansar. Si no duerme lo suficiente es muer noche, hará mal viaje mañana. -Sí, tiene razón la señora Nastasia lhach

debo retirarme-agregó dulcemente joven. -; Hasta mañana...!

Stefan y Akim la vieron desaparece

-Es una verdadera nin -sentencio ru Akim-y aunque la conozco solament or F desde hace dos o tres horas, bien que sus 1 lo he notado. . - Eso me ha parecido-dijo Stell

mirando distraídamente hacia el lago Pero dime: ¿cuál es su apellido?

-¡Cómo!... Hablabas con ella J ignoras?

-Si, porque no se lo he preguntada Akim estalló en una carcajada. -Pues es el ceso, que tampoco 10

yo. Jamás cuando me presentan a

(Continúa en la página 29).

## JERA DE ODA LEY

u el octavo artículo de la famosa inglesa Rosita Forbes naemocionantes aventuras, Aqui enta un episodio de la vida de la Extranjera en los desiertos arroquies: la historia de un suicidio al país barrido por el «siroceo», con sus «ráfagas de locura».

OOR ROSITA FORBES VII

#### EL SUICIDIO DEL LEGIONARIO

RA la estación del «sirocco». Venía del sur como un suspiro arremolinando el polvo en espirales, adquiriendo mayor fuerza al pasar por a las grandes dunas / convertir sus en rocio. Al fin llegaba al oasis, nalmas se sacudían y se doblega-Todos los viajeros se arrebozaban albornoces. Parecían tiendas ammas que seres vivientes.

m el gusto de arena en la boca, con sios, la nariz y los oídos llenos de casi impalpable, llegué a Bou Anamesto avanzado de la Legión Extranen los confines del Marruecos meel fuerte parecía como recostala cumbre de una altura y a todo erredor el desierto escarlata estaba erto de curiosos hongos grises. El codante, hombre pequeño, con la guemanchada y pantalones remendame condujo a un vallado donde se hileras de chozas de barro. En grudiseminados los legionarios, de suv desteñidos uniformes kaki o azul mataban el tiempo fumando y ersando recostados contra los muros. sorpresa observé que, prácticamenada uno tenía su perro.

perro es la familia del legionaobservó el capitán a todas vistas or-180 de sus soldados. —Ninguno tiene o familia, pero en cambio tienen perros, que les recuerdan esos bienes

Parecen muy alegres—observé.

si todo va muy bien mientras no se ma pensar. Es necesario tenerlos ocuos porque si pasan más de tres meen un lugar, se ponen «caffard» (memilicos) y entonces sólo Dios sabe de me son capaces.

Il francés se inclinó para pasar por puerta muy baja a una habitación todo el aspecto de una tienda, con paredes cubiertas de tapices. Por una lana podía verse el desierto calcinado tel sol reverberante bajo sus rayos. mamos un té de menta, que mejor la llamarse de arena, pues el polvime levanta el «sirocco» se introduce todas las rendijas, irritante y exasmte, dejando tras sí un vaho rojizo Mdo por los árabes «ráfaga de locura». Intre mis hombres tengo un inglés el diminuto capitán para entablar ersación. —Es cabo y ayer se alistó mco años más. Es un verdadero tipero jamás habla de sí mismo. Los 88, cuando llegan, me cuentan su his-1 Por ejemplo, tengo un alemán que muerte a su mujer y la dividió en pedazos. De todos modos es un buen

imposible!—exclamé asustada.

10do es posible en este país—replicô rancés liando su cigarrillo. —Tengo men un ex coronel de la Guardia Im-Tusa, un oficial serbio que se ba-Mr Pedro I; y un banquero que huyó fondos. Este quiere reparar lo hel'establecerse de nuevo, pero en su ano hay amnistía para esta clase de Wea usted, en la Legión nada se mta, pero si uno es benévolo, enton-

uchando al capitán vo miraba con 1000 enrojecidos 1a arena escarlata siumbraba en el horizonte, y mi imacion forjaba la historia de estos desdrados, de males tan profundos que npedian pensar, dedicados siempre a alan de olvido, al final del cual venía abate, la emboscada y el «caffard»,



escapan embriagándose con anisado en los cafés árabes.

-¿Por qué se ha quedado aquí este inglés - pregunté cuando cruzábamos de nuevo el patio.

-¡Ah, ya lo verá usted misma! ¡Eh, Robert, amigo!—llamó el capitán y un hommbrecito de cabello oscuro que recostado contra el muro contemplaba a otro soldado que enseñaba a su perro a fumar cigarrillos, miró hacia nosotros. -; Robert, venga!

El legionario se acercó descubriéndose. Me dió la mano con tanto aplomo como si hubiéramos estado en Picadilly y me hizo varias preguntas casuales sobre Bou Denib, el puesto hacia donde me dirigía. El inglés era horriblemente delgado y tenía el rostro contraído, surcado por una verdadera red de arrugas. Nunca había visto yo un rostro que expresara tantas y tan encontradas emociones. Antes de poderle responder, casi sin darme tiempo para hablar, saludó militarmente al oficial y se introdujo en una de las cho-

-¡Qué quiere usted! No es nada comunicativo—observó el francés.

En ese momento el sol desaparecía detrás del horizonte. Resonó el clarín. El capitán de los legionarios se paró en firme, y de la punta del asta descendió la bandera tricolor. Todos los soldados estaban firmes, vueltos hacia la bandera, y el cuadro me hizo pensar que nada en el mundo podía ser más solemne ni más emocionante que aquel grupo de desterrados sin nombre saludando una bandera extraña, que no era la de ellos.

Durante el viaje a Bou Denib, cuartel general de Francia en el confín más remoto del desierto, pensé siempre en la atormentada faz del cabo inglés. No había duda de que en su interior rugía el infierno y que constantemente luchaba contra una legión de demonios. La dureza de su boca, que no era más que una línea entre la nariz y la barba sin afeitar, demostraba lo arduo de su lucha, pero sus ojos revelaban que era el perdidoso en el combate.

Mientras el auto rodaba sobre la arena roja, amontonada como algodón rosado alrededor del tronco de las palmas, forjé en mi imaginación absurdas historias sobre el extraño cabo, tanto que cambiando de idea decidí volver a Bou Anane, donde llegué justamente cuando el «sirocco» estaba en su período álgido. El fuerte despedía un olor rancio.

- Este es el olor de la putrefacción! —declaró un legionario belga. —¡ Aquí nos podrimos todos!

Pero era realmente el cálido viento, soplando con más fuerza que nunca, levantando las capas del desierto para depositarlas, candentes y rojas, sobre toda superficie.

Incluso el pequeño capitán, cuyo carácter estaba ya hecho a todas las malandanzas del Africa, se había separado del pelotón sin sus acostumbradas frases benévolas, y encerrado en sus habitaciones. Allí le encontré leyendo viejas cartas, con el extremo de su turbante arrollado sobre la boca. Mi garganta estaba seca, tan seca como un pergamino. Toda mi piel ardía, inflamada. El francés me ofreció un virulento licor que aumentó mi malestar, y me dió las últimas noticias del fuerte.

-El «brigadier» sufre del «caffard». Ya le dije que éste es un sujeto misterioso. El domingo pasado llegó hasta aquí un gran automóvil trayendo un anciano de aspecto muy distinguido y una señora muy bella, aunque nunca se levantó por completo el velo. Me preguntaron por el cabo y se lo llevaron en el coche.

El capitán se limpió la arena que tenía pegada al rostro y prosiguió con aire preocupado:

-; Desde que regresó no ha vuelto a pronunciar palabra! Está mudo, y yo me temo un desastre, sobre todo con este viento que nos enloquece.

Más tarde, a pesar del espeso polvo, crucé el patio en busca del inglés. Los caballos temblaban cubiertos de sudor, como si viniesen de galopar furiosamente. El pelotón de ametralladoras se había retirado al relativo abrigo de una choza que tenía puerta. Dentro, los soldados se paseaban irritados por entre las hileras de catres. En este recinto cada uno podía llamarse dueño de unos metros cuadrados de terreno para su catre y su mochila, el rifle y sus pocos haberes personales, consistentes en su mayor parte en viejas fotografías y recuerdos del rudo servicio.

Pero el inglés no estaba en ninguna

parte. Tal vez se encontraba en el café árabe, embriagándose.

Esa noche hubo una riña. Un alemán y un sueco se insultaron. De pronto el uno destrozó una botella en la cabeza del otro. La mesa fué arrojada a un lado. El teutón, con una de sus espuelas enredada en la silla, cayó al suelo, y sobre él se lanzó el sueco. La mayoría de los legionarios presentes estaban demasiado ebrios para intervenir. Sólo el inglés trato de separarlos mientras luchaban en el pavimento cubierto de pedazos de vidrio. Según uno de los asistentes, el cabo estaba todavía perfectamente en sus cabales a pesar del licor que había ingerido. Con toda deliberación y sin mostrar parcialidad, dió de puntapiés a los dos hombres que luchaban como bestias, an\_ tes de poner fin a la contienda arro. jando sobre los dos adversarios el con\_ tenido hirviente de varias cafeteras

Después regresó al fuerte y se suicidó.

El corneta que iba a tocar la diana una hora antes de salir el sol le halló atravesado por su propia bayoneta. Al parecer había colocado el fusil sobre un montón de piedras, afianzándolo sólidamente en cierto ángulo que debió haber medido con gran cuidado y con tanta calma como si hubiese estado midien\_ do la altura para un salto a caballo. Satisfecho de que nada podía alterar la posición de la hoja, debió retirarse hasta el muro que tenía detrás, abrirse la camisa y, a todo correr, lanzádose so. bre la bayoneta.

El corneta, recluta relativamente no. vicio, inacostumbrado todavía a la vida de los legionarios y «con todo su pasado ante si», como decían sus compañeros más encallecidos, se quedó paralizado ante este cuadro, y dejando caer el clarin corrió gritando hasta la choza, para dar la nueva a los soldados que se la. vaban a medio vestir.

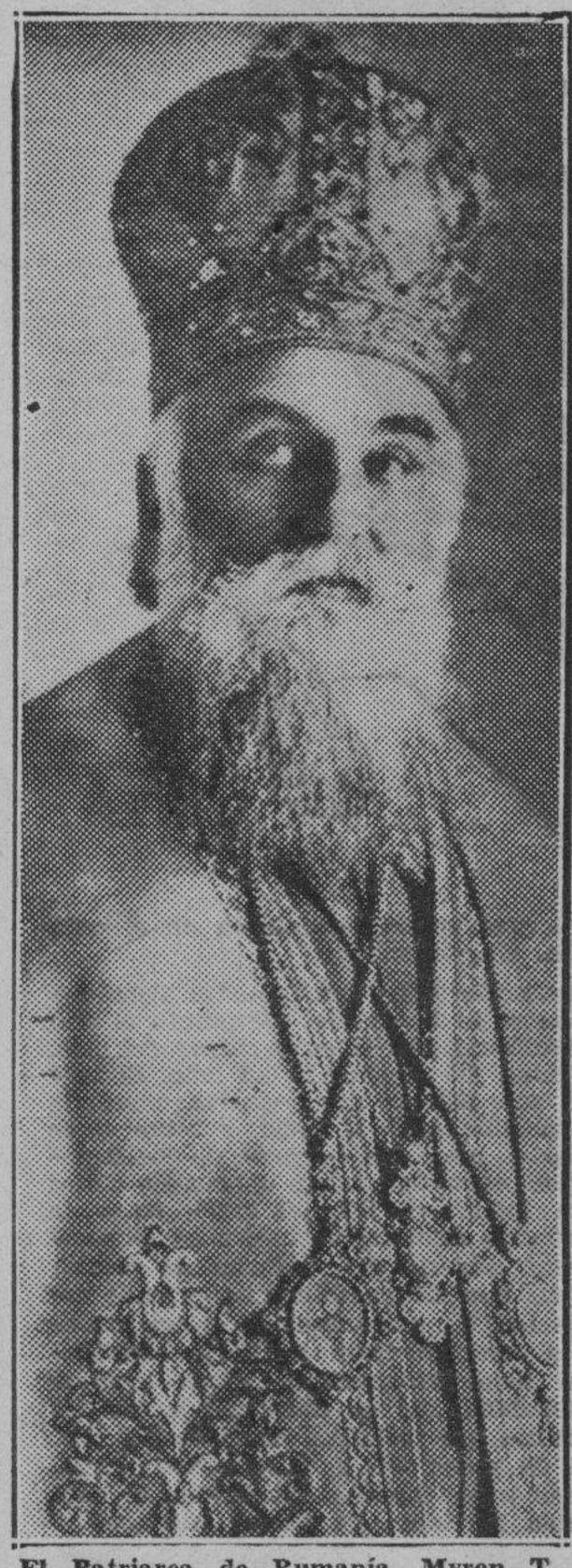
Sentados ante un desayuno que ape-

(Continúa en la página 28<sup>3</sup>

mente sus obligaciones. Y uno de esos pocos es Carol de Rumania. «Me gusta mi oficio», ha declarado en cierta ocasión, mirando a su interlecutor con sus ojos azules, casi celestes, brillando a través de las cejas espesas, reunidas en medio de la frente por una arruga que rubrica su ostro infantil con una expresión de chiquillo obcecado y caprichoso.

Carol, desde el día en que, en junio de 1930, destronó a su propio hijo y después de un viaje fulminante en avión asumió por primera ve el engorroso cargo de rey, con todos sus derechos, y también sus obligaciones, parece haberse compenetrado tan profundamente con sus deberes de monarca, que pocos en Bucatest recordarían todos los sucesos de su turbulenta vida pasada, si no fuera por el fantasma de madame Lupescu.

Rumanía adora a Francia en bloque Claro que en esa adoración existen resquicios por donde se cuela pese a sus tendencias pacifistas ratificadas a cada

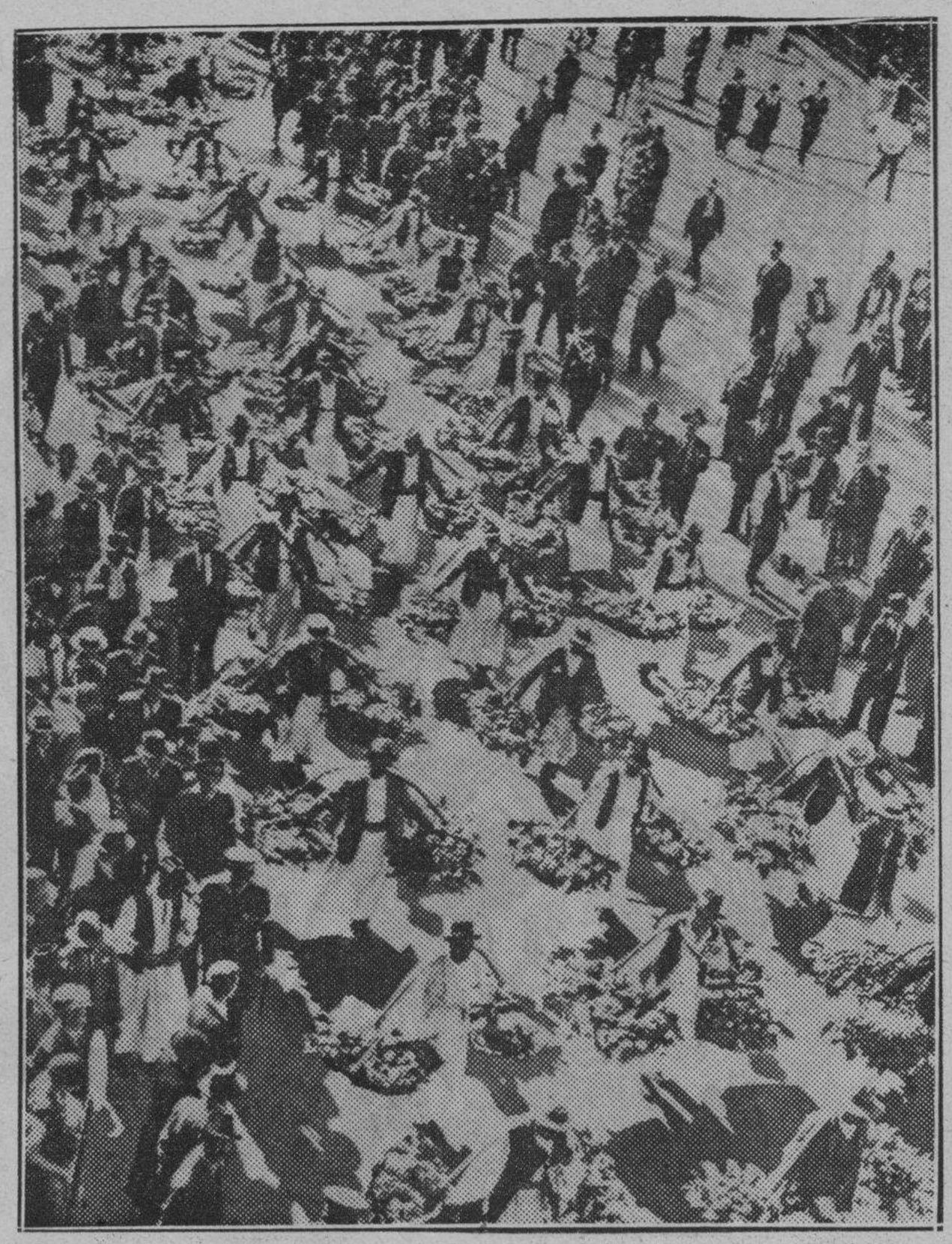


El Patriarca de Rumanía, Myron T. Christea, personaje de sumo prestigio en el país.

momento una admiración un poco disimulada entre los países totalitarios. Balancín, situado precisamente en un lugar de Europa, en donde convergen, se encuentran, levantan ruidosa oleada los regimenes y las ideologías más contradic. torias, parece deleitarse a veces con esa situación equívoca, verdadera coquetería de la política internacional.

Dos razones coadyuvan a la vez para mantener y perpetuar esta ambivalencia de las simpatías internacionales. Por una parte la cultura francesa de Budapest. Hay quien asegura que se cree alli en pleno París, en un París un poco anticuado y bullicioso del Segundo Imperio, y en cuyas conversaciones late siempre en la hondura el regalo del último escándalo sentimental o la «ausente presencia» de madame Lupescu.

Por otra parte, existen razones menos sentimentales y mucho más concretas. El factor económico tiene, como en todos los estados modernos una importancia



Por las calles de Bucarest, en otoño, desfilan ataviados con sus pintorescos trajes y conduciendo grandes cestos llenos de frutas y hortaliza. Los campesinos rumanos celebran cada año la fiesta de la cosecha.

# RUMANIA, PAISRICO SINDINERO

CAROL, EL REY A QUIEN LE GUSTA SU OFICIO, TRATA DE MANTENER A SU PATRIA LIBRE DE LA INFLUENCIA APREMIANTE DEL RESTO DEL CONTINENTE EUROPEO.

preponderante. Es preciso recordar que Rumanía llamada por algunos el granero de Europa, merece la constante atención de todos los países que necesitan trocar sus productos manufacturados por la materia prima que no poseen en abundancia. Y en ese caso se halla, precisamente, Alemania, que después de la anexión de Austria, ha iniciado en los territorios del rey Carol una afortunada política de infiltración económica, que amenaza con monopolizar un mercado que hasta el presente se dividía casi equitativamente entre varias potencias interesadas.

Rumanía vacila. Y esa actitud dubitativa, contemplada con recelo por todos aquellos que ansían en estos instantes una clara definición de principios y de ideologías, se refleja en los acontecimientos de su política interna.

#### UN PAIS RICO Y SIN DINERO

Rumanía es un país de riqueza incalculable. La exportación de productos forestales llega a dos millones de toneladas anuales. El petróleo surge a cada paso en su territorio. Sus viñedos cubren 330,000 hectáreas. Transilvania le ofrece los beneficios de una industria metalúrgica, en pleno florecimiento y fuentes inagotables de gas natural. Se considera que la riqueza del subsuelo rumano puede ser comparada solamente con la de Estados Unidos. Pero carece de dinero. Alemania no lo ignora y sabe que el crédito proporciona al país del rel Carol, la oportunidad de explotar su inmensa riqueza, y lo incita también a sentir gratitud por quien le ofrece los medios para hacerlo, sin obligarlo a abonar inmediatamente.

Nicolás, el hermano del rey Carol que siguiendo su ejemplo se casó con una mujer de prosapia inferior, atrayéndose por ello las iras del rey, volvió a su país de origen, a raiz de la muerte de la reina María. Todo el mundo creía en Bucarest que retornaría después a su agradable destierro amoroso, pero quizás para congraciarse con su hermano, el monarca incapás de disculpar las debilidades del corazón ajeno, volvió a explotar sus inmensos dominos agrícolas, do-

tándolos de la maquinaria más periorinada y eficiente. A su pedido, una sa inglesa, le envió prospectos, olvido deliberadamente de la jerarquía del artocrático agricultor preocupada tan lo por no establecer diferencias entre clientes. Una casa francesa, cortés grado sumo, le hizo llegar una carta la que le proponía la elección entre modelos, y el pago al contado. Una mana envió un ingeniero por avión, ra estudiar sobre el terreno la natura leza de las maquinarias más apropias y se las ofreció a crédito.

Nicolás, agricultor para hacerse dar sus debilidades amorosas, tiene lo tanto un motivo fundado para mi con simpatías a un país que sabe con liar las exigencias de la política con no menos perentorias del dinero.

#### ENTRE EL GOLPE Y LA CARICIA

Es en ese país, en cuya hondura mo la nube en el fondo del paisaje descubre siempre la silueta de una pri jer donde se debate la más compleja, in determinada y fluctuante política de



EL HEREDERO, PRINCIPE MICHAEL Manar (Uno de sus últimos retratos).

Europa central. Mientras Carol ansa mantener a toda costa su actitud de precindencia frente a los graves problemas que en estos críticos instantes aquejan a los países cercanos, los dirigentes de las facciones políticas más impor-



El Rey Carol, con su hijo, el heredero de la corona rumana.

tantes no conocen el secreto de los matir que ces.

carol, paradójicamente, es un rey que la les necesita mantener el equilibrio y la contra descendencia con una mano férrea. Sabe su vi

(Continúa en la página 27)

AYO Julio César Germánico Caligula era hijo de Germánico y Agripina y nació el 31 de agosto del año 12 de nuestra era. Desde que conaños de edad, vivió en el camto de su padre y jugaba con los los, que lo adoraban y que fueron le bautizaron con el sobrenombre ligula, que es el diminutivo del calmilitar que aquéllos usaban y que maba «cáliga».

ando apenas tenía seis años, acomsu padre a la campaña de Siria muerte de aquél, regresó a Roma, do primero en casa de su madre y, ésta desterrada, en casa de su bi-Livia, madre del emperador Ti-

emperador tuvo que hacerse cargo v aunque al principio no lo veía impatia, el niño supo adularle y conarse con él en tal forma que terminó rándole su heredero, no sin que el rador, previendo los perversos insdel niño, dijese;

rendrás todos los vicios de Sila y mpa de sus virtudes—y añadía: -Esuna serpiente que crío para el géhumano.

indole reñir un día con su primo vio Nerón Gemelo, le dijo:

ni le asesinarás, pero otro te asesití-y todas estás predicciones se

#### CALIGULA, EMPERADOR

perio fué asesinado en el año 37, todo parte en el asesinato Caligula; espués de acompañar su cadáver a el Senado lo proclamó soberano. larga convivencia con el cruel Tihizo creer que se preparaban días cos para Roma; pero, por el contralos principios no pudieron ser más es perdonó el castigo que pesaba sotodos los desterrados, autorizándoles olver a la ciudad, distribuyó dinero species entre el pueblo; recosió piaamente las cenizas de su madre Agriy sus hermanos y las trasladó al soleo de Augusto.

rmitió la rectura de los libros prodos por Tiberio y, como se le demisse una conspiración, no quiso hacaso, limitándose a exclamar: -Nada he hecho para que me aborrez-

the meses después, sus excesos le mieron una enfermedad y, al restaerse, dió comienzo a toda clase de avagancias, como si estuviese poseide m delirio de sangre y brutalidad.

#### MENZAN LAS EXTRAVAGANCIAS

poco tiempo dilapidó 270 millones extercios, legados por Tiberio y se só a toda clase de locuras y vani-

IEL la manía de Caligula era sobresalir en de suerte tal que despreció y proslas obras de Tito Livio, Virgilio y ero, por la envidia que le causaban. sterró a muchas personas por el solo to de pertenecer a la antigua noa mandó que los Torcuatos no usael collar de oro trofeo de su familia; hibió que los descendientes de Pomcontinuaran utilizando el sobrere de Magno; si veia a alguno de incinatos con la larga cabellera riy compuesta, de que derivaban su lo, los hacía primero pelar y luego

ndo una vez a un galo que se reía excentricidades, le interrogó, di-

Qué piensas de mí?

lenso que eres un gran loco—le conaquél y, contra lo que todos supo-Calígula le perdonó la vida en a su franqueza.

#### CRUELDADES

excesos y sus crueldades fueron que eminentes historiadores como hr, le han creído afectado de enaon mental y otros, como César Canstienen que era epiléptico.

se escaparon de su furor ni sus ados. Cuando faltaban víctimas pas fieras, hacía arrojar a los especes. Visitaba las cárceles y designaa capricho, fuesen culpables o no. que debian ser arrojados a las fiepara que no le molestasen con los es hacía arrancar antes la lengua. ando enfermo, dos hombres ofrecievida por la salud del emperador después de aceptar, mandó poner da disposición de los gladiadores y



#### LA VIDA PRIVADA DE LAS GRANDES FIGURAS

precipitar al otro desde una roca, coronado como las víctimas. Cuando la edad o los achaques inutilizaban a los gladiadores, los mandaba arrojar a las fieras para no tener que seguir manteniéndo-

Luchando una vez en el circo, su contrincante, por halagarle, se declaró vencido, dejándose caer a sus pies y Calígula lo degolló.

Quiso oficiar una vez; y cuando el sacerdote le trajo una víctima que debía ser sacrificada, hirió al sacerdote.

Obligaba a los padres a presenciar el suplicio de sus hijos; y porque uno se negó a concurrir, le envió su litera a buscarlo y aquella misma noche lo hizo degollar.

Durante sus comidas acostumbraba a dar tormento a algún condenado y cuando no lo había, lo sustituía con la primera persona que le venía a la mano.

Quería que las muertes se hiciesen en forma tal que los que iban a morir se diesen cuenta de ello y sufriesen de antemano.

#### OTRAS EXCENTRICIDADES

El lujo no era un arte como en Grecia, sino una voluptuosidad; así, Calígula hizo que lloviese sobre el pueblo en el anfiteatro un rocío perfumado de nardo y mezcló en la arena del circo oro y ámbar.

Otra vez, cuando estuvo lleno el cir-

En una ocasión arrojó dinero y víveres al pueblo, pero hizo que los mezclasen con puntas de espadas y alfileres.

co, arrojó atropelladamente a los espectadores de suerte que muchos perecieron aplastados; y como por esto no acudieran en gran número a los espectáculos. dió orden de cerrar los graneros para que se muriesen de hambre.

Amó hombres y mujeres sin distinción de sexos, cosa harto frecuente y hasta elegante en las depravadas costumbres de la antigua Roma.

Amó al trágico Apeles, su intimo consejero; amó a Cítico, conductor de carros en el circo y en una orgía le regaló dos millones de sextercios; amó al cómico Mnestro, a quien acariciaba en el teatro y al menor gesto de desaprobación de cualquiera de los concurrentes, él mismo azotaba al osado.

Cesonia, su esposa, no era joven, n1 bella, ni honrada, lo que dió lugar a que se dijese que lo había fascinado con filtres; pero, por las narraciones de los historiadores, todo hace creer que lo tenía dominado con su monstruosa lubricidad.

Calígula la presentaba desnuda a sus amigos y a sus soldados, montada a caballo y sólo cubierta con yelmo y una clámide. Llegó hasta el incesto con sus propias hermanas; especialmente se apasionó por Drusila, por la que, cuando murió, mandó que se jurase con ella, castigando a los que se mostraban doloridos por su pérdida, considerando que estaba en el Olimpo y había pasado a la categoría de diosa-

Las mujeres en aquellos tiempos, se perdian en un lujo frivolo o en intrigas de adulterio. Refiere Plinio que una cortesana llamada Lolia tuvo puesto, en una cena, un adorno de perlas que estaba valorado en cuarenta millones de sextercios.

Tácito nos muestra a las mujeres de su tiempo descendiendo a la arena con los gladiadores y a las matronas prostituyéndose a porfía, entregándose a los esclavos o a otras mujeres. (César Cantú. Historia Universal, tomo 20., página 481).

Dominaba el afán de lo extraordinario; de ahí los extraños caprichos de los emperadores; de ahí los 20 caballos uncidos al carro de Nerón, el desmedido palacio y las desmedidas estatuas de éste; el vasto anfiteatro de Vespasiano, las termas de Caracalla, el sepulcro de Adriano y el gigantesco puente de Calígula para pasearse sobre las olas del mar.

#### PUENTE MONUMENTAL

Le vaticinaron que, para llegar a ser verdaderamente poderoso, era necesario que galopase sobre las olas del golfo de Bahía, y decidió llevarlo a la práctica.

Sin más demora, ordenó que se reuniesen todos los bajeles disponibles en el imperio y con ellos formó un paseo de cuatro millas de largo. Cubiertos de tablas hizo formar un camino de tierra y arena, el que adornó con árboles, posadas y viviendas. Grandes antorchas iluminaban el trayecto; y él, montado en su famoso caballo «Incitato», recorrió el camino en medio de una inmensa muchedumbre, a quien habia ordenado que fuese a vitorearle.

Como consideraba que todo espectáculo debía estar matizado con algunas víctimas, hizo escoger, al acaso, a algunos de los concurrentes y arrojarlos al mar, vigilando cuidadosamente que se ahogasen, no permitiendo que ni por sus propios medios, ni por ayuda de terceros, pudiesen ponerse a salvo.

Frenético en todas sus pasiones, amó a su caballo «Incitato», para el cual mandó hacer caballerizas de mármol, pesebres de marfil, cabestros y collares de perlas y caparazones de púrpura. Puso al servicio del animal un mayordomo, un secretario y gran número de pajes y esclavos, que debian cuidarle con más atención que algunos parientes del emperador, corriendo peligro de ser degollados los servidores del caballo al menor descuido que tuviesen.

Daba comidas fastuosas en honor del equino, siendo unas veces el caballo el que convidaba al emperador y a sus amigos y otras el emperador quien daba en su honor banquetes memorables. No podía rehusarse una invitación hecha por cualquiera de los dos y se le servia a «Incitato» avenada dorada y vino de la

mejor calidad. Cuando, por cualquier causa, «Incitato» tenía que salir, la víspera los pretorianos velaban su sueño en derredor de la cuadra, a fin de que nada le turbase; e inútil resulta decir que era objeto de cuidadosa higiene con baños y perfumes, como una mujer galante.

No bastándole esto lo agregó al colegio de sus sacerdotes y lo designó por cónsul para el año siguiente, pero en ese intervalo Calíguua fué asesinado y no pudo cumplir sus deseos.

#### GENIALIDADES

Entre sus muchos desvarios llevó a término actos que resultaron verdaderas genialidades. Construyó varias casas extraordinariamente lujosas en sitios estratégicos, en terrenos escabrosos rodeados de mar, donde se disfrutaba de puntos de vista realmente soberbios. Alli daba fiestas suntuosas, en las que disolvía perlas en las bebidas y se consumían los más exquisitos manjares y los vinos más deliciosos.

Tenía el propósito, que no pudo llegar a realizar, de cortar el istmo de Corinto y edificar un palacio en la cumbre más elevada de los Alpes.

#### LAS GALERAS DE CALIGULA

Decidió recorrer la costa de Campania y para ello hizo construir unas famosas galeras de maderas de cedro, con vastos salones, termas y pérgolas, donde hizo plantar vides. Las popas brillaban de oro y piedras preciosas. Allí se preparaban baños perfumados y se celebraban orgias fastuosas. Un ejército de esclavos atendía a los invitados, y los músicos, bailarinas y flautistas amenizaban las comidas. Se reunía todo lo agradable que estuviera fuera de lo ordinario.

En una de las bacanales acariciaba la

cabeza de una dama y le dijo: -La encuentro mucho más hermosa cuando pienso que a una señal mía podría hacerla saltar de su cuello .- (Duruy, Caligula et Claude).

N Compiegne se eleva uno de los grandes castillos de Francia. Otro gran Castillo de Reyes y Emperadores. Testigo mudo de los prestigios y de las locuras de los Borbones, de los Bonapartes, de los Orleans, en dos. cientos años de existencia el amor regio ha vibrado en sus cámaras nupciales; por sus salones suntuosos, abiertos a todos los maquiavelismos, se tejieron complots y deslizaron intrigas; sobre los alféizares de sus amplios ventanales Cupido vació su carcaj entre un ambiente de seda; en las frondosas alamedas de sus parques los aceros toledanos salieron de sus vainas para dirimir querellas y cometer infamias... Fué un marco lujoso, hiperestésico y sensual para las pequeñeces y las grandezas de los grandes. Hoy es sólo un museo, pleno de recuerdos, cantando un himno a la vida pretérita, en el cual las manadas de turistas bajo el disco gangoso del Guía acartonado, vierten sus curiosidades, hollan irrespetuosos sus aposentos, compran postales al por mayor y sonrien maliciosos ante los tálamos de María Antonieta, de María Luisa, de Eugenia de Montijo.

La proximidad del Bosque de Compiegne tentó siempre las aficiones cinegéticas de los reyes de Francia. Así, desde la centuria catorce, la ciudad de Compiegne recibió el bautismo dorado de la visita de la Corte. El actual castillo data de la época de Luis XV, edificado en el mismo emplazamiento en que se elevó el antiguo. Carlos V, el Sabio, fué el inspirador del viejo castillo. De estilo simple, tres veces más pequeño que el actual, sin pretensiones arquitectónicas, más que un castillo debe considerársele como un sosegado pabellón de caza.

Luis XV, que no pudo reedificar el viejo castillo, ocupado en crear los lujos desbordados de Versalles, decía el final de su vida: «Como rey me he aposentado en Versalles; como gentilhombre en Fontainebleau y como campesino en Compiegne». Sin embargo, en este viejo pabellón digno de «regios campesinos», se vivieron algunos minutos interesantes de la historia de Francia. El propio Luis XV, acompañado de Mazarino y de su esplendente Corte, tuvo que refugiarse en él durante los serios momentos de la Fronda. También cobijó a María de Médicis cuando logró escapar en su huída a Bruselas, y, finalmente, fué el teatro donde recibió su educación militar el aparatoso Duque de Borgoña.

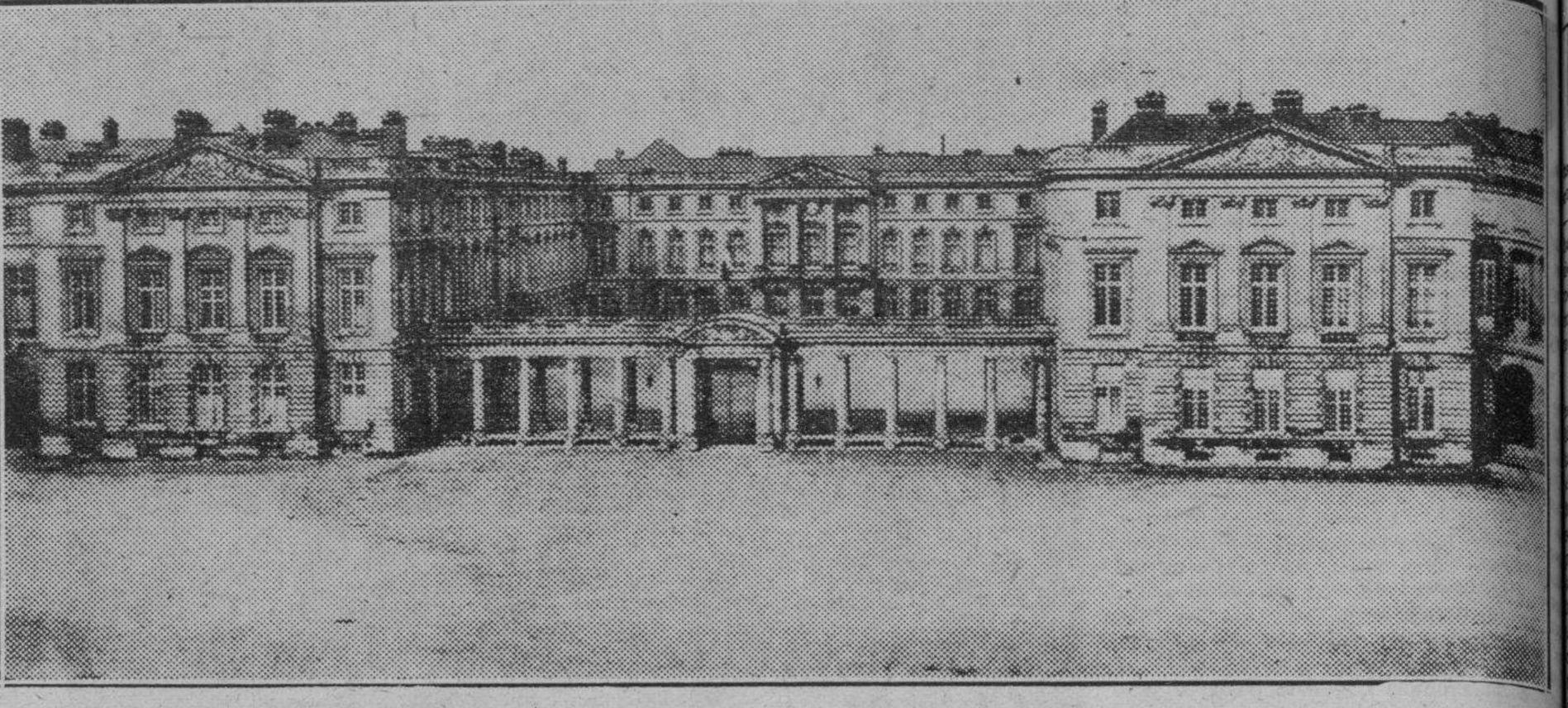
Pero su verdadero destino de interesantísima pieza documental comienza con las grandiosidades que le deparara Luis XV. Las dos Princesas de la Casa de Hasburgo que por sus matrimonios con Luis XVI y Napoleón I se convirtieron en soberanas de Francia, con cuarenta años de diferencia, fueron esperadas por sus esposos en el Bosque de Compiegne v trasladadas después al Castillo. María Antonieta halló en el futuro Luis XVI un esposo imberbe, abúlico, «incapaz de amor» al igual que la «ignota vieja» de que nos habla Amado Nervo; María Luisa, en cambio, encontró al bizarro vencedor de Austerlitz doblado en un amante fogoso y tierno a la vez.

Como en los tiempos en que era sólo un pabellón de caza, en pleno esplendor también, sirvió de refugio a reyes en fuga. En él se cobijó Carlos IV con su familia y el Ministro Godoy.

Luis Felipe dió lustre al Castillo de Compiegne. En sus amplios salones se celebró el matrimonio de su hija, la Princesa Luisa, con Deopoldo I, el flamante Rey de los belgas.

El destino brillante del Castillo, las más fastuosas horas de su existencia en que trató de heredar los oropeles de Versalles, se deben al impulso que le imprimieran Napoleón III y Eugenia de Montijo. El reinado del último Bonaparte marca la rutilante gloria de Compiegne. Grandes recepciones, paseos y excursiones fantásticas, bailes de suntuosidad indescriptible, memorables partidas de caza en el bosque, derroches de champagne y risas vivió el Castillo bajo la mirada ardiente de la Emperatriz Eugenia y la barba en forma de daga de Napoleón III. En estos inolvidables tiempos para la vanidosa fama del Castillo, el segundo piso era destinado a alojar a los huéspedes de los reyes. A principios de siglo recibió a los soberanos rusos con su cohorte de personalidades moscovitas. La visita de los Czares duró tres días que juntos pasaron con el Presidente de la República.

Durante la Gran Guerra también tuvo su «role» importante, aunque nada comparable a su destino de antaño. Tropas inglesas lo ocuparon, pero obligadas a



EL CASTILLO DE COMPIEGNE, VISTO DESDE SU FRENTE (PLAZA DE ARMAS)

## Un Vistazo al Castillo de COMPIEGNE

MESON DE REYES Y EMPERADORES.—EL VIEJO CASTILLO. LA CONCEPCION DE LUIS XV.-MUROS QUE GUARDAN DOS-CIENTOS AÑOS DE HISTORIA DE FRANCIA.—LAS GALAS DE EUGENIA DE MONTIJO.—UN ORIGINAL AL MUSEO.—DOS PARQUES DE ENSUEÑO.—SOMBRAS ENTRE CATARATAS DE ARTE

#### Por RENATO VILLAVERDE

retirarse bajo el fuego teutón, sirvió posteriormente de abrigo al Estado Mayor alemán. En otra fase de su existencia lo vemos convertido en Hospital de sangre. Hoy es un refugio amable para los turistas que buscan la emoción histórica y estética en sus recuerdos y en sus decorados.

Estos «souvenirs» pretéritos que, como en un kaleidoscopio variado e infinito se van acumulando a nuestro paso por sus aposentos y sus salones, se mezclan en la contemplación de las maravillas materiales que se encierran tras de sus mu-

No es nuestra idea hacer una descripción de los que guarda avaramente el Castillo de Compiegne. Muchas cuartillas tendríamos que teclear para contemplar

tal empresa. Cada salón, cada aposento, cada recodo que pudiera pasar inadvertido, es una verdadera joya del más pua ro arte. Por docenas los gobelinos penden de sus paredes; los frescos de sus techos son todos de artistas célebres; las porcelanas de Sevres se admiran por doquier; óleos magníficos recogen los más variados estilos de los magos de la paleta: mármoles coloreados en tonos insospechables forman sus escaleras, sus chimeneas, sus columnatas; salones amueblados con todas las facetas de la eba-

nisteria muestran la variada gama que va desde el Renacimiento hasta el Segundo Imperio; brocados persas, sedas de Lyon, tapicerías de Aubusson, retratos de todos sus regios habitantes, capiteles alados, molduras exquisitas, relieves trenza-

CAMARA PARTICULAR DE LA EMPERATRIZ EUGENIA DE MONTIJO

dos en maderas que lucen como encajo de Brujas; lámparas monumentales cristalería veneciana; arte, lujos, derro gobi ches que asombran primero y encantan dicar después.

Un museo, por demás original, tam bién se enseña al turista, como si lo visto no fuera suficiente para embriaga todas las fantasías. Es un museo creado hace unos diez años y que podriamo llamar «de la locomoción». En él se al macenan en acabado orden cronológico desde los carros romanos hasta las carrozas y los «fiacres» del siglo XIX. In. clusive vemos alli el original trineo de Napoleón III!...

. Si interesante es este monumento de piedra que imaginaran los genios arqui. tectónicos de Jacobo Gabriel, padre e hi. jo, no menos cautivador es también a paseo por sus parques y jardines. Sin la grandeza y la suntuosidad de las alame. das versallescas, el concepte de lo buco. lico dominado para rendir servicio esté. tico a las exigencias humanas, allí está a a logrado en trazos y perspectivas que no Leient se olvidan fácilmente. Lo que se llama no sin cierta ironía, «le petit parc», es un conjunto de flores, de árboles, de estatuas de intenso valor artístico, de fuen. tes y surtidores, de alamedas y trillos que diríase imaginado por las hábiles manos de gnomos prodigiosos. Después, estas mismas bellezas las hallamos duplicadas del c en el «grand parc», envuelto en frondo- impl sidades y policromías que constituyen un dúo perfecto de la naturaleza y el arte. Volvi

En él se contempla un retazo aun de la la es mano maestra de Gabriel, que la furia intra revolucionaria de 1789 ha destruído en lui gran parte. Se trata de un modosito «hermitage» que Luis XV hizo elevar en 100, 0 obsequio a la Pompadour y que ha sido lada llamado el Pequeño Trianón de Compiegne. Cuando murió la Marquesa, llevado por recuerdos sentimentales, Luis XV lo reservó para su uso personal, siendo como una especie de cosa «tabú» para lo satélites de su Corte. Un paréntesis de poesía entre los materialismos almacenados bajo las empolvadas pelucas de los reves.

El Castillo de Compiegne, resumiendo gusta a todo aquel que lo visita. Tiene para todos los gustos y halaga todas las aficiones. El arte que encierran sus milros, sabiamente almacenado, pone manifiesto esplendores de épocas y de hombres. Doscientos años de la historia de Francia —los más movidos y turbulentos que ha vivido esta tierra- han dejado sus huellas sobre las materialidades artísticas de sus aposentos y de sus salones. Las tres últimas casas reales que jugaron con el cetro y el trono tradicionales, abriendo a Francia, con sus trom picones y sus intolerables anacronismos el sendero glorioso de la Tercera Republica, dejan ver en el Castillo de Compiegne los bellos abismos en que huidieran sus herencias milenarias. Entre los cabrilleos de sus oros, la pálida aluvez de sus mármoles brillantes y el em brujamiento de los recodos de césped sus parques, los recuerdos de sus encumbrados moradores son sombras que 1000 salen al paso, como fuegos fatuos des vaidos, que huyen y se esfuman ante a catarata de arte...

París, octubre de 1938.

#### NA vez más el presidente Roosevelt ha apelado a la popularidad del gobernador de Nueva York, Herbert H. Lehman -para salvar el partido demócrauna derrota en las urnas... El sede la fuerza política de Lehman por ser hebreo no puede, sin emaspirar a la primera magistratura nación- consiste en los dos milloe judios que viven en el estado poderoso y floreciente de la Unión eamericana.

de dos años, cuando Mr. Roosevelt estaba muy seguro de que sus correnarios lo eligieran en su propio esa la Presidencia, el creador del peal», le pidió al gobernador, que tia en abandonar su alto cargo, que ostulara una vez más, en bien del do. Los miedos del presidente resulinfundados, porque su popularidad alcanzado entonces su grado más v los demócratas hubieran ganado todas maneras. Lehman queria enes retirarse a la vida privada, es a su negocio de banca, que el goandor aseguraba tener completamente undonado.

hora Lehman, insistia en abandonar obierno newyorkino, pero no para warse a sus asuntos particulares, sinara llenar en el Senado de los Esunidos la vacante dejada por la erte del senador Copeland, demócraantinewailista a fallecido reciente. mte. Pero una vez más el presidente esevelt le pidió un nuevo sacrificio wa vez parece que el peligro para el del presidente es realmente auico y Lehman vuelve a ser candia gobernador, ahora por cuatro En adelante, y por haber sido Imbiada la Ley, los gobernadores new-

## Herbert H. \_ehman el Gobernador sacrificado

SU POPULARIDAD CON LOS JUDIOS HIZO QUE LOS DEMOCRATAS LO POSTULARAN UNA VEZ MAS PARA EL GOBIERNO NEWYORKINO, AUN-QUE EL QUERIA SER SENADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS.—A UN CANDIDATO SE LE LLAMA INEX-PERTO Y AL OTRO SE LE CALIFICA DE "PANTA-LLA" DEL PARTIDO DE TAMMANY HALL.

yorkinos serán electos para un período de cuatro años en vez de dos).

Los dirigentes del partido de Roosevelt, con el presidente a la cabeza, compren-

dieron que Mr. Dewey, candidato de los republicanos, era «demasiado fuerte» para cualquier otro demócrata, que no contara con la totalidad de los votos judíos de Nueva York. La popularidad del fir cal newyorkino desfacedor de los «rackets», es de tal magnitud, que en estos las elecciones del 8 de noviembre.

do en la ciudad de Nueva York, ha alcanzado cifras rara vez igualadas. Los demócratas pretenden que el joven fiscal no posee experiencia que lo califique para el cargo de gobernador, mientras

momentos parece problemático que el mis mo Lehman pueda triunfar sobre él en La lucha se presenta tan encarnizada, que el registro de votantes, ya finaliza-

«Bances Conde» y el célebre y siempre concurrido cafesito «La Mina» donde me\_ dia Habana se deleitaba con los sabrosos refrescos de cebada y horchata que

Años después de constituida la Repúbli. ca, Rambla y Bonza, antiguos y queridos empleados en la imprenta de «La Discusión», de Coronado, se instalaron en la esquina de San Ignacio, donde en lo adelante imprimió la Gaceta Oficial a ellos adjudicada; y empezaron a tomar la vida aquellas reuniones de cono. cidas personalidades habaneras que se efectuaban en un ángulo a la entrada del establecimiento; de las que recordamos a Gastón Mora, Gabriel Camps, Herrera Sotolongo, Bouza, constituyendo la simpátitca peña una de las notas más carac. terísticas de la calle del Obispo, pos-república. Cuando hado le señaló su hora, el edificio fué devorado por las llamas con gran pesar de los numerosos amigos de Bouza; y hoy al pasar y ver aquellos escombros, muchos recuerdan la oda de Rodrigo Caro: «Estos, Fabio, ¡ay! dolor, que ves ahora»...

¡La calle del Obispo! era una calle tí. pica de los trópicos; alegre, excitada; con algunos tenderetes casi sobre las aceras; bulliciosa; caldeaba por una atmósfera ambarina de oro en polvo, que tamizaba el sol a través de los toldos de lona que cubrian la via en toda su trayectoria. Hoy, a causa de los altos edificios que la bordean, apenas descienden el sol a hacerle un modesto saludo.. Por su ele. gancia, recuerda la Rue de la Paix de Paris; la calle Fernando de Barcelona;



(Caricatura de Robles)

que los republicanos hacen fuerza en el hecho de que Lehman es solamente una especie de pantalla del partido de Hines y Tammany Hall, que quiere esconder bajo su figura austera todas las corrupciones hechas del dominio público por el proceso reciente.

Nadie se ha atrevido, al menos todavía, a inyectar en la campaña del antisemitismo que tantos estragos está causando en Europa. Sin embargo, es evidente que a Norteamérica lleguen ecos de esa campaña, y que ello pudiera ser causa de que Lehman no obtuviera este año en la ciudad de Nueva York, la gran mayoría que neutraliza las desventajas con que luchan los demócratas en ei resto del estado newyorkino.

Una nota que aparentemente refleja la influencia racial internacional que va a jugar en estas elecciones, le ha dado el partido laborista, de creación reciente, pero de bastante importancia en la gran urbe newyorkina. Los laboristas y los comunistas votaron el año pasado por Tomás Dewey para fiscal. Esta vez sin embargo, le han vuelto la espalda, aduciendo que el record de Lehman en las cuestiones sociales y del trabajo lo hacen preferible al candidato de los republicanos.

la Carrera de San Jerónimo de Madrid:

la calle de la Sierpe de Sevilla; o algu-

nos de esos pasajes comerciales y con-

curridos, que tanto abundan en New York

y otras capitales del mundo. Hoy es una

calle «standard». Pero aquella... Por la

mañana precedía a los transeúntes, en

aquellos tiempos, el Batallón de Volun\_

vendía.

tarios encargado de relevar la Guardia de Palacio; y el cual bajaba la calle to\_ cando su banda de música, por lo común, el alegre y chulesco pasa-calle de «Niña Pancha», aquella jacarandosa madrileña de nuestras mocedades del teatro «Albisu»: que era cigarrera maestra de los labores. -

#### y se crió en la calle tan renombrada de Embajadores...

#### PRECOCIDAD BELICA

Pitigrilli, el mordaz humorista italiano, narra:

-Mi sobrinito había cumplido años, y conociendo la predilección de los niños de nuestro tiempo, le obsequió con una caja de soldados de plomo. Mientras los iba sacando, observé en el rostro del niño un ges. to de contrariedad, le pregunto el motivo, y, muy serio, me responde: -; Pero, tío!...; Tantos soldados

y ninguna bala para matarlos!...

#### MEJAS POSTALES...

intinuación de la página 15)

esti la menudo coches blasonados, pertene bientes al Gobierno: la segunda Capima, la General, como la llamaba la gente. es. La esquina de Aguiar y Obrapía, acera en los impares, vivió y tuvo mucho tiem\_ que su residencia y consultorio médico el etor Anastasio Saaverio, cuyo tilburi. adas del que recorría la ciudad, veiase en el ndo- rollo zaguán de la casa.

arte Volviendo a Obispo, y dejando a nues\_ e la la espaldas la calle de Aguiar nos en\_ uria Intramos con «La Gloria Literaria», lien luria de los herederos de Don José dei en lo donde por largo tiempo estuvo inssido lada la administración y redacción del om manario «El Fígaro», hasta que más XV Me se trasladó, cuando ya tuvo impren\_ endo propia y redacción estable, para el los tamo comprendido entre Villegas y Com. kiela, a la entrada de cuyo estableci. de liento siempre se veía un grupo de sus menes y animosos colaboradores—entre ndo, la Zerep, el eterno Don Juan-eloando con piropos del más fino e ingecorte a las bellas damas que acos\_ abraban a pasear la calle, a pie, por ella época clientas elegantes y esco\_ de las tiendas de ropas y modas han we prestigiaban la calle con sus fas\_ was instalaciones: «La Granada»; «Le memps», «Dubis», «La Francia, «La cio- la de París» etc. Las aceras de la calle an tan sumamente estrechas—y conlan siéndolo—y las bullangueras y Martaladas guaguas de Estanillo crudan tan rápidas y pegadas a los con\_ de ellas, que las personas un poco esas tenían que comprimirse contra de paredes para no ser arrolladas u opri-43s, o que correr a toda prisa huyendo lefugiarse en las puertas que se les e la reciesen más próximas, lo que era mo\_

en algunos casos de bromas y de

8. Desde entonces regian ya despóti-

cos los futuros che eres, en forma de rústicos guagüeros, sobre los indefensos transeuntes. .

Un recuerdo viene a la mente del postalista. Un día que había llovido mucho y en que el agua fangosa corría como un desbordado rio por el arroyo de dicha calle, venía por una de las aceras el cultisimo periodista Don Luciano Pérez de Acevedo, director del DIARIO DE LA MARINA, como era su costumbre, co\_ rrectamente vestido de blanco, en los momentos en que un chiquillo de diez o doce años, montado en una bicicleta, cruzó junto a él, salpicándolo y llenándole de lodo el nitido traje que vestía. Don Luciano, que era la parsimonia en persona, no pudo sin embargo, ante aquella irrespetuosidad, dominar un desahogo de su alma; y gritó airado y elevando los brar\_ zos al cielo:

-: Herodes! ¿Dónde estás, Herodes?... En la esquina de Cuba existía entonces el gran almacén de paños «La Diana» de Don Angel Arcos, tipo rancio del español chapado a la antigua, de bigote y pera a lo Fernando de Córdova; y sin embar. go, tan demócrata y afable con todos los transeúntes. La acreditada sastrería y y camisería de Arriaza y Selma-este muy conocido y popular, hoy taquillero del «Alcázar»— en el número 63 se ins. taló más tarde el conocido establecimiento del propio giro «La Sociedad», de los normanos Fargas; y también las famosas, entre las más elegantes de entonces, sastrerías de Máximo Stein y de Mella, ammas sastrerías especializadas en fracs y smokins de moda. Frente a Instituto, llena siempre de estudiantes del mismo, ha. llábase la dulcería «El Angel»; y a unos metros de distancia, la aristocrática pastelería de Blazy que surtía a los banquetes y combites de la época. Pasada la calle de Mercaderes, frente al costado derecho del Ayuntamiento, el Banco

ANTASIA y realidad.-Todos los grandes escritores, al crear los tipos de su novelas, suelen emplear cierta fantasía para transfigurarlos, ya que llevados de la vida real a las cuartillas tal y como son, resultarian pobres en todos los conceptos. Pero siempre salen a relucir los personajes en uno u otro pueblo, como muestra de que existieron o existen realmente. El escritor no crea. Lo que hace es fantasear la creación para embellecerla y adaptarla a la idea que quiere desarrollar.

¿Haría esto Cervantes con sus tipos del Quijote?

Existencia de la familia Olonso de Quidada.—En otras ocasiones hemos escrito sobre la existencia real de Doña Dulcinea, la doncella de quien Don Quijote estaba prendado. Con los pergaminos encontrados entre los que se hallaba el testamento del doctor Esteban Zarco, fechado en 1598, mandando tener en los escudos de la casa, determinados signos y armas a los sucesores—entre los que se encontraba su hija, Ana Zarco (Doña Dulcinea)—coincidente con los escudos de pidra y otros detalles, se llegó a saear la consecuencia de que Cervantes, completamente enamorado de esta mujer, fantaseándola un poco, la llevó a su obra inmortal, con el nombre de Dulci-

Pero no se ha hablado de los demás personajes, y sobre todo del protagonista de la obra, Alonso Quijano o Don Quijote. Hay muckos más detalles sobre este tipo del libro de Cervantes que sobre Doña Dulcinea.

nea del Toboso.

En un viaje a Esquivias, (Toledo), lo hemos podido comprobar.

Hemos visto documentos interesantísimos en que se demuestra la coincidencia de hechos y nombres reales, con los que Carvantes hizo célebre su obra maravillosa.

En el Ayuntamiento de dicho pueblo, figuran escrituras de la familia de Alonso de Quijada y Salazar, en donación de propiedades a familiares y servidumbre, y en la parroquia, actas de haber actuado como testigo en casamientos y otras ceremonias religiosas. Estos documentos, en los que se ve la firma de los interesados, demuestra bien a las claras la existencia de la familia Alonso de Quijada y Salazar, lo mismo que existió el teniente cura de la parroquia, Juan de Palacios,-el célebre cura de Quijote, Pero Pérez,—como se ve en las partidas de casamiento que firma y que se conservan desde aquellos tiempos en orden cronológico.

Acta de casamiento de Cervantes con la sobrina de Alonso de Quijada.—En un libro apergaminado-manchado, por cierto, en la página donde consta el casamiento de Cervantes-encontramos, entre otras cosas la referente al Principe de los Ingenios, tan lacónica como todas ellas. Dice así: Año 1584. En 12 de diciembre, el reverendo señor Juan Falacios, teniente, desposó a los señores Miguel de Cervantes, vecino de Madrid y Doña Catalina de Palacios, vecina de Esquivias. Testigos: Rodrigo Mexías, Diego Escribano y Francisco Marcos.

Lo firma y rubrica: Doctor Escribano.

Esta señorita de Esquivias, casada con Cervantes, se llamaba Catalina de Palacios Salazar y Valmediana, era sobrina de Alonso de Quijada y Salazar y hermana del teniente cura de la parroquia, Juan de Palacios, cuya firma se ve también al pie de todas o la mayor parte de las actas matrimoniales de aquella fecha.

Alonso de Quijada se oponía a la boda de su sobrina con Cervantes. Pero el hermano cura arregló el matrimonio.-Conviene hacer un poco de historia sobre los amores de Cervantes con Catalina de Palacios Salazar y Valmediana. La muchacha, sino era de gran belleza, gozaba de cierto predicamento en el pueblo, por la situación económica de su tío. Cervantes debió ver tras de la verja de los Alonsos de Quijada, la sencillez subyugadora de la muchacha y como buen romántico, dió más importancia a esta cualidades humildes que a las fastuosas y frívolas que etras mujeres ostentaban.

Y una tarde, cuando el cielo se teñia de rojo, Cervantes pasó ante la venta-



Fachada pirncipal que da al jardín del viejo caserón solariego, donde vivió con Alonso de Quijano el Príncipe de los Ingenios.

## iExistio Realmente Don Quijote?

na que daba a la calle, y se prendó de la chiquilla.

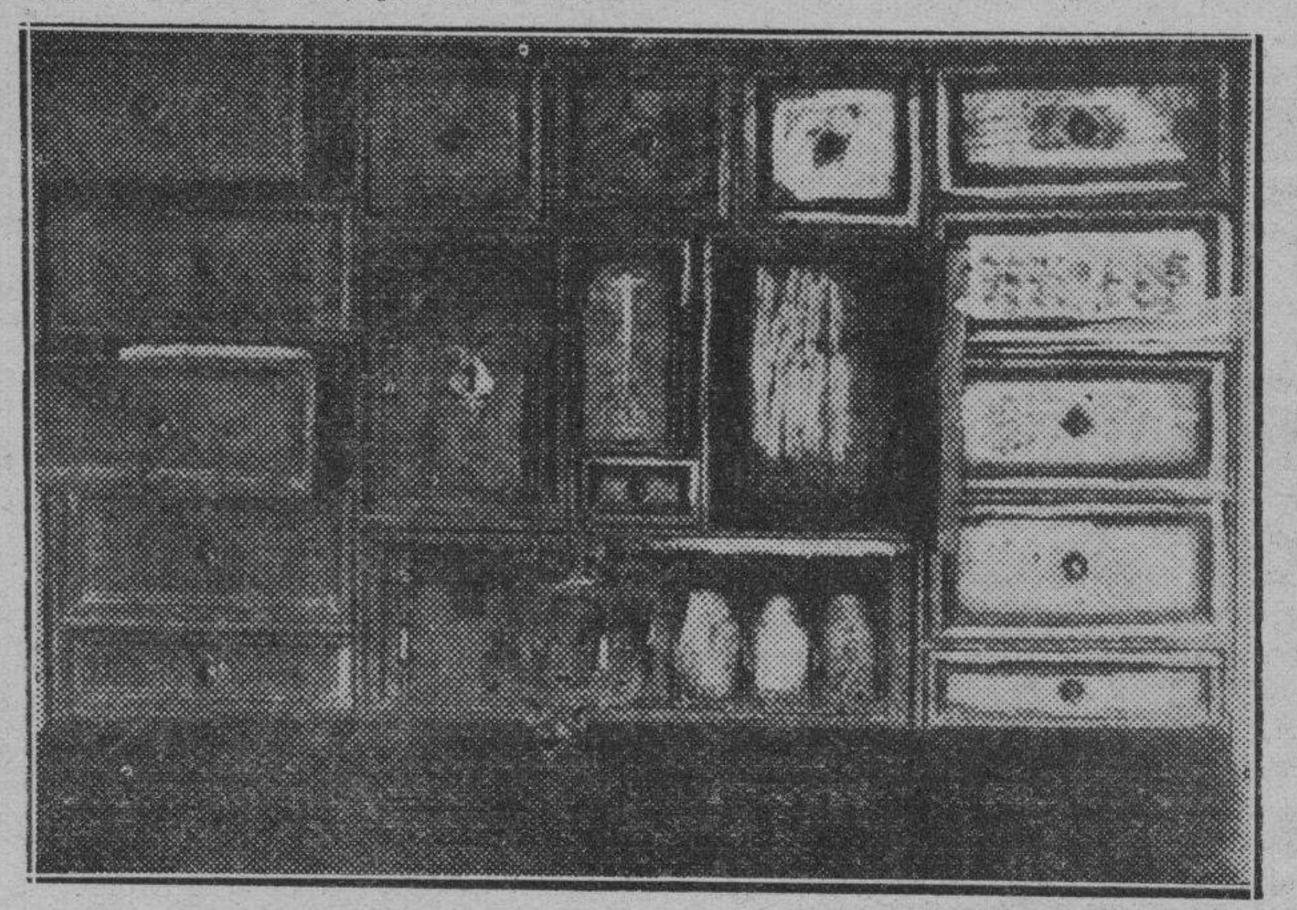
Pero Alonso de Quijada se oponía a los amores de su sobrina con aquel poetillo romántico, creyendo que iba guiado por el interés más que por amor.

Había además por medio un rencorsegún la tradición—y era el enojo entre las dos familias, por haber matado los Alonsos de Quijada a un primo de Cervantes, cosa no comprobada, pero tampoco hay motivos para rechazar el supuesto.

El caso es, que bien para acabar con estas rencillas, ya porque el hermano de Catalina, teniente cura de la parroquia viera algo de extraordinario en Cervantes. Juan de Palacios, que era un hom-

bre avispado y con mucha inteligencia, procuró convencer a su tío y avivar la hoguera de los enamorados, para que la boda se llevara a efecto, como así fué.

El temperamento agrio de Alonso de Quijada y la huída de Cervantes del vieje caserón solariego.-Alonso de Quijada tenía un temperamento un poco apropiado para poder soportar la extancia a su lado. Estremaba sus rigores estrambóticos, especialmente con Cervantes, a quien miraba todavía con despotismo. El poeta, manco, soportó unos años la intemperacia del tío en la famosa casa de Equivias, trabajando en aquel sencillo despacho, junto a la ventana, por donde el cura Pero Pérez tiró un día al corral los libros de caballería que Don Quijote



Las cartas amorosas y las cuartillas originales de sus libros las encerraba Cervantes en los cajones de este viejo bargueño.

tenía, formando con ellos una hogue con el beneplácito de la sobrina, el a el barbero maese Nicolás..

Una baja mesita, dos sillones, dos Mas, un bargueño y una arca, son to el moblaje de la habitación donde co vantes escribió sus cuartillas. Estane fría, tétrica, con aspecto de celda con celaria, viendo en el lado opuesto de ventana, los anchos muros con sus k rrotes de hierro, por donde Catalina Palacios, se asomaba muchas veces su época de amorios.

Cervantes tuvo que ver alli su cara poco adaptable al espíritu bohemio, en moradizo, sediento de aventuras que n seia.

Y un día, voló...

Era el mes de julio de 1604, cuand murió la suegra de Cervantes, doña Cata lina de Palacios. Se repartieron los h nes entre los dos hijos: Catalina v cura Francisco. La mujer de Cervante no era muy lista que digamos y con sintió que el reparto no se hiciera com tativamente. Resultaba mejorada en testamento; pero todo era apariencia, por que resultaba luego con ciertas deuda a su hermano, y el cura renunciaba todo los bienes de la mejora en favor de hermano. Para cumplir todo ésto, hipa and teca entre otras propiedades, el maine lo del camino de Sereña.

Cervantes autorizó con su presencia, su firma todo lo concertado y segui damente lo mismo que hiciera el Alon dos so de Quijano de la obra inmortal. s. liendo por la puerta falsa armado ca ballero sobre su rocinante, salió él tam. bién en una mañana de julio, con gran. disimo contento y alborozo, dejando a su mujer sola en la casa, ya que no se arries. gaba a compartir la vida errante de m

marido.

De como Cervantes no publicó su Qui jete hasta la muerte de su tío Alonso d Quijada.—Todas estas fechas históricas i acontecimientos en la vida de Cervantes van coincidiendo con muchos de los parrafos y las ideas de su obra inmortal Desde el comienzo hasta el final se ven trozos de la familia de los Quijadas. R el protagonista, no sólo coincide la edad el tipo y las costumbres, sino hasta el nombre y el apellido de su tío.

«Frixaba la edad de nuestro hidalgo. dice la obra en su primer capitulo-con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjusto de rostro gran madrugador y amigo de la caza Quiere decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, (que en esto har alguna diferencia en los autores que de este caso escriben), aunque por con jeturas verosimiles, se deja entender que se llamaba Quijano...

Y por si era poco, Cervantes pone de nombre a este Quijada, Quesada o Quijano, nada menos que Alonso, también el de su señor tío. No le bastaba el retrato fiel que de sus locuras hacía, si no que lo bautiza con el mismo nombre l' y apellido para que haya menos duda L en averiguarlo.

Su tío Alonso de Quijada, era el mismo Quijote; un tipo de hidalgo de lanza en astillero, con sus cincuenta años en a encima, y aficionado como nadie a los libros de caballería, con notorio olvido LH de la administración de su casa.

Hasta en un testamento que existe del tío de Cervantes, se ve en él a propio Don Quijote, cuando distribuye sus propiedades a la familia y servidumbre, con una fantasía extraordina ria—quijotesca—repartiendo sumas que el realidad no poseía.

Y hay otro detalle de gran interes el de que Cervantes no publicó su Don Quijote de la Mancha, hasta que muro su tío Alonso de Quijada. Antes no s atrevió, porque lo hubiera tomado com una burla en contra de él, cosa que ni f hubiera consentido su tío ni Cervantes tenía interés en hacerlo.

Prefirió esperar un poco de tiempo, ! en cuanto tuvo conocimiento de la muelte de su tío político, lanzo su primera edición en el año 1605, ya libre de trabas

para hacerlo público.

· De cómo el pueblo de Esquivia quien homenajear a Cervantes y por qué se esta en deuda con el célebre escritor.—En el pueblo de Esquivia se tiene un amor acell drado a Cervantes. Hasta en la conversa ción se observa en algunos de los vecios que adoptan sus giros literarios de em paque cervantista, dentro de la naturair dad. Nuestra visita no ha pasado desa percibida. El fotógrafo y el periodista hal



por donde un día fueron arrojados al corral los libros de caballería para formar una hoguera.

stancia cierta trascendencia y solicitan nuestro apoyo para proyecto sencillo, pensando de rendir un homenaje a cervantes y tener un busto del principe de las le-

posible—nos preguntábamos pismos—que alcen monumentos partes al autor del Quijete, y en donde vivió, se casó y recogió de su obra y comenzó a escritenga ni un sencillo busto que siquiera al vecindario y al tufigie del mejor de nuestros es-

de tantos años. que en otro

de del pueblo nos han asegule se pensó en poner un busto
le se una de las plazas. Y hasseptó el desinteresado ofrecile un ilustre escultor—el que esle un ilustre escultor—el que eslos el monumento a Concepción
los María Palma—aprovechanlos de unos bustos de Cerque le encargaron desde distinle de América.

staba acordado y por disidia demarse a la práctica como tana quedan paralizadas sin saber

años a al ministro de Instrucción Púlos deridades locales e ilustres cervido de llegado el momento de subsanar la falta que en el pueblo de Esquivia se ha cometido con Cervantes. Es necesario, —y en ánimo de todos está—que se ultime lo del busto a Cervantes. Que no se dé el caso vergonzosc de que los niños al salir de la escuela o cruzar por las calles del pueblo, no puedan admirar y reverenciar al que dió vida a Don Quijote y a Sancho.

En el pueblo hay ilustres cervantistas que ansian llevar a efecto este homenaje. El párroco Don Ramón Pérez de Cordova, que conserva como oro en paño, el acto de casamiento y otros datos y documentos históricos sobre Cervantes y otros personajes célebres.

D n Francisco Guardiola, entusiasta de la obra cervantina.

El médico D. Antonio Ballesteros, joven entusiasta de esta idea.

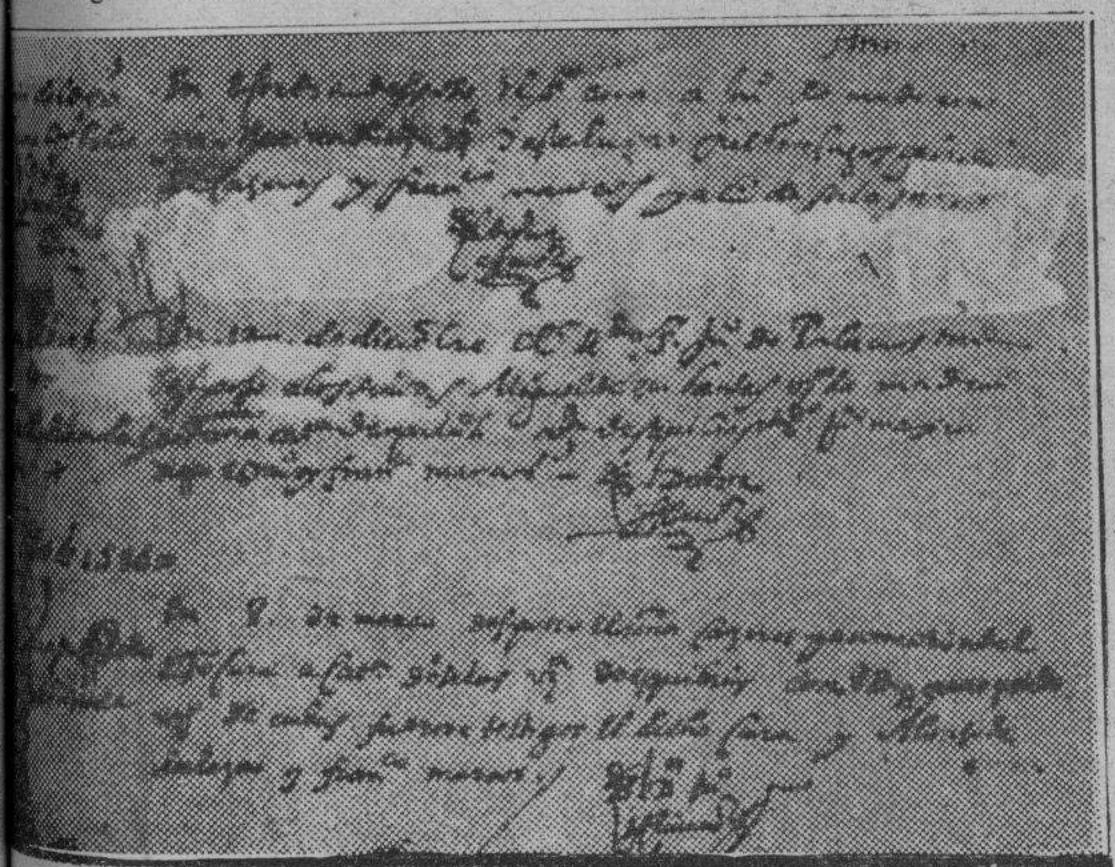
El señor Gómez Acevo dueño actual de la casa en que vivió Cervantes, que la conserva deshabitada como si fuera un museo para recreo de los visitantes.

El gobernador de Toledo y el alcalde de la imperial ciudad.

Todos ellos pueden hacer el milagro de convertir en realidad el anhelo del pueblo de Esquivias, a lo que cooperará seguramente aquel Ayuntamiento, como principal interesado. Una modesta subvención de la Diputación, unido al esfuerzo del Ayuntamiento y a la cooperación del ministerio de Instrucción Pública, pueden hacer que Esquivias tenga siquiera un busto de Cervantes en un jardín frente a las escuelas de niños o en cualquier otro sitio del pueblo.

¿Se dejará de hacer por tan poca cosa...?

También sería oportuno declarar monumento nacional la casa en que vivió Cervantes, convirtiéndola en Museo y la iglesia donde se casó, y donde se conservan tantos joyas históricas, única forma de que no falten documentos de valor, tan fáciles de extraviar cuando



de casamiento de Miguel de Cervantes con doña Catalina de Palacios. lacónica y sencilla, como todas ellas.

#### JOSE HAYDN Y EL HIMNO NACIONAL ALEMAN

El robo del cráneo del compositor.—El Himno Profético del Pangermanismo.— Beethoven y Napoleón.—Las reliquias más preciadas de la Música.—El Mausoleo vacío de Haydn.—Los nazistas buscan la cabeza del gran músico.

VIENA.

AJO una doble redoma de cristal, en el cuarto piso de la maciza estructura que encierra las preciosas reliquias guardadas por la Sociedad Vienesa de Amigos de la Música, fundada en 1812, se halla el solitario y blanquecino cráneo de uno de los más prolíficos compositores del mundo, Joseph Maydn, nacido en 1732 y fallecido en 1809.

A poca distancia de la venerada reliquia, hállase otra no menos inestimable: el clavicordio de doble teclado, o cémbola, como se llamaba entonces al piano, que permanece para siempre mudo. Cualquier tentativa para catalogar siquiera una parte del sinnúmero de famosas composiciones que dió a la luz ese instrumento, constituiría una ofensa a los ojos de los admiradores de Haydn. Existe, no obtante, un detalle sobre la vida extraordinaria del maestro, sobre el cual tengo el privilegio de ofrecer informes nuevos y oportunos, tanto más oportunos cuanto que el cráneo del famoso músico, separado del cuerpo desde 1809, es actualmente buscado por los nazistas, pese al hecho de haber pasado ciento veintinueve años desde que fué separado del resto del esqueleto, a los dos días de enterrado el maestro en uno de los cementerios suburbanos de Viena, por unos atrevidos estudiantes.

El robo no fué descubierto hasta once años más tarde y los ladrones, bajo amenaza de encarcelamiento, restituyeron un cráneo que, unido a los restos de Haydn, se encerró en Eisentadt, el castillo del príncipe Esterházy. Pero aquel cráneo no era verdaderamente de Haydn, y al efecto copio de un reciente artículo de «Time»:

«Años más tarde, en su lecho de muerte, uno de los estudiantes confesó la sustitución y legó el autêntico cráneo de Haydn a uno de sus amigos, quien a su vez lo traspasó a un conocido médico de Viena. Al cabo el cráneo apareció en la Sociedad Vienesa de Amigos de la Música, donde se exhibe al público desde 1895. Entre tanto, los descendientes del príncipe Esterházy, que fué el amigo y protector de Haydn, habían construído en Einsenstadt un magnifico mausoleo para los restos del compositor, pero rehusaron enterrarlos en él sin el cráneo.

Con el sólo objeto de estudiar las muy diversas fases de este notable templo de la armonía, del cual se ha lanzado a la fama gran parte de la mejor música del mundo, me dirigí a la gran ciudad que fué capital del imperio austríaco, donde el doctor Luithlen, bibliotecario de la sociedad, me permitió escudriñar entre los papeles y recuerdos que cubren casi dos centurias de la historia de la música, comprendiendo todos los más grandes maestros. La riqueza en material disponible para investigaciones, aunque catalogado de modo soberbio, me obligó a dejar a un lado las generalidades y a dedicarme como humilde laico a los recuerdos y referencias de Haydn. El doctor Luithlen me mostró numerosos libretos originales de la música del maestro, así como retratos, fragmentos escritos en pedazos de papel, cartas y artículos personales, etc.

Al preguntarle por algo que hoy día pudiera ser de significación especial, el doctor produjo un pliego impreso, de unos veinte por veinticinco centímetros, de cuatro páginas. La del frente, copiada a la letra, dice:

GOTT ERHALTE DEN KAISER
(Dios Salve al Emperador)
Presentado por primera vez en Viena
El 12 de febrero de 1797
Música por Joseph Haydn

no hay al frente personas cuidadosas y honradas como el actual párroco señor Pérez de Córdova.

¿Seguirán en la mayor mudez las personas obligadas a contestar este llamamiento que hacemos.

Valentín FERNANDEZ CUEVAS

Letra de Lorenz Leopold Hauschka El pliego era nada menos que el himno nacional austríaco hasta muchos años después de la muerte de su compositor. La primera línea, traducida al español, dice: «Dios salve a Franz, el Emperador.» Estuvo muy en boga y se cantaba en toda ocasión propicia.

Medio siglo más tarde, después que el mapa de Europa sufrió alteraciones considerables, el poeta August Heinrich Hoffman von Fallersleben, guardando siempre la música original de Haydn, escribió una nueva letra con el título de «Deutschland Deutschland Uber Alles» («Alemania sobre todo»), que fué aceptada con entusiasmo como himno del Pangermanismo y permaneció como tal hasta después de la guerra, mundial, para ser adoptado, en la era republicana de Hinderburg, como himno nacional de la «Fatherland».

Constituye realmente una ironía el hecho de que la letra original de Hauschka, «Dios salve al Emperador», con la música de Haydn, se relegase al olvido para dejar su lugar a la de von Fallersleben unida al mismo himno de Austria. Muy pocas personas que han escuchado el himno moderno conocen su origen.

Bajo el mismo cristal que protege el pliego del himno austríaco, se ve un ejemplar de la tarjeta de visita de Haydn, de la que usó durante los últimos siete años de su vida. Es grabada y representa en dos barras de música, el La mayor, y dice:

Molto Adagio... Estoy viejo y débil. Mis fuerzas están agotada

#### Joseph HAYDN.

Fuera del existente en el museo de la Sociedad Vienesa, de Amigos de la Música, no existe ningún otro ejemplar de esta trágica tarjeta y prácticamente todo el material autógrafo dejado por el gran músico se halla también en los archivos de esta sociedad. Quienquiera que busque informes auténticos relativos a la vida y la inmensa labor de Haydn, tiene necesariamente que hacer una peregrinación a Viena, donde estos documentos están a disposición de todo investigador o estudiante concienzudo.

La vitrina siguiente, dedicada a Beethoven, contiene en una de sus esquinas en un marco giratorio, una sola hoja de papel que por un lado nuestra, cubriéndola totalmente, una composición de Beethoven, y por el otro una de Schubert, autógrafos ambos de valor inestimable.

Aquí se ve también, presentada por Beethoven mismo al museo, el manuscrito original de la Sinfonia Tercera, con todas sus revisiones, terminada en 1804 y dedicada por el gran compositor alemán a Napoleón Bonaparte, entonces en la cumbre de su carrera militar y al que Beethoven profesaba profunda admiración. Disguetado por los acontecimientos subsiguientes y por haberse coronado Napoleón emperador de los franceses en 1804 el gran músico, con un cuchillo, raspó la dedicatoria a tal punto que perforó el papel. A las súplicas de varios amigos que calificaban su acción de vandalismo, Beethoven respondió con voz atronadora: «¡No!» Hoy día estas perforaciones, como firma de su justa ira, son perfectamente visibles a pesar de que la tinta de lo escrito comienza a desvanecerse.

Fué a Haydn, que inauguró una nueva era de música autóctona y nueva en Austria, a quien Beethoven, hacia fines del siglo XVIII, mostraba sus esfuerzos juveniles para examen. Beethoven falleció dieciocho años después de la muerte de Haydn y durante toda su carrera hizo siempre elogios de su ídolo.

En su lecho de muerte Beethoven, sordo como una tapia hasta el punto de no oir los truenos que retumbaban en Viena durante la tempestad que azotó a esta ciudad el día que dejó de existir, recibió de un amigo un dibujo mostrando la casa donde nació Haydn. El músico moribundo la tomó en su mano y la sostuvo ante sus ojos sonriendo con dicha inefable. Está fué su última acción consciente antes de lanzar el último suspiro y penetrar en la ignota región de la que nadie retorna.

La creencia de que si no hubiera Haydn, tampoco hubiera existido Beethoven, se acepta hoy día como uno axioma...

#### ENTREVISTA CON EL AYUDANTE DEL INVENTOR DEL MOTOR DIESSEL

Johan Linder, anciano de 80 años, le cuenta a Bob Davis cómo surgió a la vida el primer motor.—Diesel, desaparecido más tarde en el Canal de la Mancha sin dejar huellas, pensó primero en la hulla pulverizada como combustible, pero al fin brilló en su cerebro la idea del petróleo.

POR BOB DAVIS

AUSBURGO

N esta ciudad industrial nazi, de cuyas puertas yergue la primera fábribrica construida en Europa; dende los Holbein, padre e hijo vivieron; donde la pintura, la arquitectura, la ciencia, la música, y la pintura alcanzaron el pináculo del progreso mundial; donde «Aviso», el primer periódico del mundo, se publicó en 1609: donde el hotel Drei Mohren, el más antiguo de Alemania, construido en 1494, todavía sirve excelentes comidas; en esta ciudad, donde se inventó el motor Diesel, me encuentro en las encrrucijadas del destino, preguntándome qué me ha traido a ella. Seguramente que mi llegada no se debió a ningún plan preconcebido, pero de todos modos, me encuentro en Ausburgo, y me vienen a la mente estas etapas del inmutable tiempo:

En 1903, tuve la oportunidad de atravesar Waldemar Kaempffert, entonces
editor del «Scientific American», y en
la actualidad, perito descollante en toda materia científica. Kaempffert hizo
varias predicciones relacionadas con la
ciencia y la ingeniería, y todas ellas se
vieron realizadas más tarde. Igualmente
llamó mi atención hacia los motores de
combustión interna y hacia el porvenir
de esta fuente de fuerza motriz, asegurándome que un sujeto llamado Die-

sel, había construido en Ausburgo un motor que podía considerarse como uno de los descubrimientos más revolucionarios de la época moderna. «No olvide usted el Diesel —me dijo— y nunca se sorprenderá por lo que pueda alcanzar». Como dije, esto ocurrió en 1903.

Treinta y cinco años más tarde, hallándome en Ausburgo, en busca de ciertos datos, un entusiasta ausburgués,
muy contra mi voluntad, logró llevarme
a un gigantesco taller de maquinaria conocido con el nombre de casa Man. Por
más que aduje al ausburgués, que yo no
tenía interés alguno en maquinaria, me
replicó:

—Pero no debe u ted de dejar de ver el primer motor Diesel, construido en 1893 y 1894, y que ahora se exhibe aquí.

¡Diesel! El nombre hizo eco en mi memoria, y recordé al punto las indicaciores de Kaempffert.

-¿Hay alguien en Ausburgo que recuerde a Diesel en persona? pregunté.

—Sí, Johan Linder, el mecánico de Diesel. Actualmente tiene 30 años, pero su mente está tan clara como el tañido de una campana. Trabajaron juntos en 1893 y 1894, cuando el motor dejó de ser una hipótesis y se convirtió en una realidad.

—En nombre de Waldemar Kaempffert condúzcame a él.

Al cabo de un cuarto de hora me ha-

llé en presencia del que estuvo al lado de Diesel en la época memorable en que 321 motor funcionó por primera vez ruidosamente, destinado a transformar el petróleo crudo en fuerza motríz ilimitada en el mar, en tierra firme y en el aire.

—¿Qué desea usted saber de Rudolph Diesel? —preguntó Linder, subiéndose los espejuelos hasta la frente.

,—Todo lo que usted recuerde; su presencia, su aspecto, sus modales, su voz y sus ilusiones, si tenía alguna.

-No se puede decir que fuera un iluso, porque nunca he visto à un hombre más seguro de sí mismo. Cuando se presentó aquí en Ausburgo, y explicó que deseaba construir un modelo que funcionara, la Maschinenfabrik Ausburgo, actualmente el establecimiento Man, me asignó para ayudalo a construir y a montar con los planos que solamente Diesel supliría. Diesel, era de estatura mediana, de frente muy ancha, usaba espejuelos y tenía un pequeño bigote oscuro. A veces parecía decaido. La casa Krupp, de Essen, le había facilitado ya una suma considerable, pero se adelantaba muy poco. La primera idea de Diesel. fué un motor que funcionase empleando hulla pulverizada como combustible. La idea del petróleo le vino después. Amtos éramos de la misma edad, 35 años, nacidos en 1858, con un mes de diferencia. Mientras contruíamos el motor. nuestras relaciones fueron en extremo cordiales.

-¿Era Diesel caprirhoso o de mal genio?

—A veces era muy poco comunicativo. Por días enteros se encerraba en un
mutismo inquebrantable, absorto en matemáticas; comía muy poco o prácticamente nada, y parecía como perdido
Súbitamente se llenaba de un entusiasmo febril y trabajaba de doce a diez
v ocho horas diarias; llenaba la fábrica
de dibujos para las piezas del motor.

«Linder, —me dijo un día— en julio de 1893, el motor Diesel marca el principio de una nueva era en la fuerza motriz. En sesenta días el moto pará.»

--¿Contribuyó usted con alg para su construcción?

Los espejuelos de Johan Linde de nuevo sobre su nariz y fijan sus ojos azules, respondió:

-No. El principio fué entera Diesel; él diseñó todo el motor camente hice el montaje bajo ción y en agosto de 1893, cuan mente funcionó por primera taba presente, «¡Trabaja!» -grin dominando el ruido del propio Inmediatamente dedicó todo .. a la cuestión del encendido ma para la instalación de este princibo que reconstruir todo el , meses de agosto y noviembre. mos en la reconstrucción de la ra. Diesel vivia entonces con so na, la viuda del profesor Barnick Escuela Superior de Ausburgo vez dormía más de cuatro hon ervi día. En su mente no había ha la la para el motor. Cuando al fin M prueba final para el encendido co, las detonaciones causadas petróleo en combustión reverbendo mo los disparos de un cañón, o do la fábrica hasta sus cimiento cia que la ciudad fuera victimo

bombardeo, con Rudolph Diese giendo el asalto; pero aquel objeto había dedicado su vida y su funcionaba, a pesar de que el parecía deshacerse en pedazos.

-¿Pué la pruba enteramente a toria?

-No del todo. Debido a una m tión defectuosa, el motor fallaba de considerable, pues no absorva ciente oxigeno para la combusti le indique que el aire podía ir con fuerza al cilindro. Esta fué ma los ca contribución en los experimentos y af que Diesel no lo creyó puso la " prueba y tuvo gran éxito. Al mismo pe amortiguó las detonaciones y tectivo buyó el giro del motor, que fue m mpcl do a quince caballos de fuerza. L vor emoción la tuvimos en febre 1894. Para ello debo decirle que al a das las pruebas ayudábamos al las la con potencia adicional, trasmitia e una correa. Después de amortigua la detonaciones y de lograr que el em santa do se llevase a cabo con la regul Mar de pulsaciones, el motor recons alcanzó una velocidad tremenda se mirando hacia la correa de tran ví que el Diesel marchaba a vel mucho mayor que la impartida p rotencia adicional. En aquel mism tonte, el inventor mirando igualment correa que resbalaba, se dió cuello lo que ocurría, y aceptó, estrechin la mano, que le tendí felicitándo sel había probado que su teoría en ta: su motor era un éxito. En 18 a Munich a Suecia y a otros conde se le acogió con entusiasmo enriqueció. Yo segui trabajando a Ausburgo. En 1913 Diesel desap cuando se dirigía a Inglaterra, barco que navegaba en el canal Mancha. Lo vió por última vez marero, poco antes de media noch la mañana, había desaparecido. desaparición continúa en el mis

Johan Linder se subió los espeta la frente y por la ventana de la bitación fijó la mirada en la la donde cuarenta y cinco años antes bajó con Diesel.

—Supongo—dijo como para si <sup>mo</sup> que Rudolph tenía muchas cosas <sup>fl</sup> cabeza...



LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS, LAS JOVENES QUE FATIGA LA FORMACION ENCUENTRANENEL

QUINIUM OUE LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más enérgico de los febrifugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

# ANIS, and tiempo BAJADOR MOSCU

Wilson era el presidente residia en la Casa Blanca, y el nombre de Stalin era desconocido en el mundo, Joseph Davies, abogado de negociante afortunado que sado la vida defendiendo la causidos, y poniendo toda su sabiservicio del «statu quo», no quiservicio del «statu quo», no quiservic



os catorce puntos. En cambio, s años, cuando la fortuna de canzada una magnitud que le extender a su divorciada esposa mo de millón y medio de dólavectivo: cuando había contraido mocias con Marjoire Post Hutprincesa del dólar, a quien su la dejado una fortuna de veincantidad que ella supo que en a cifras astronómicas duranal largos matrimonios con Edse y Edward Hutton; cuando presentado en Washington, en le letrado, al Presidente Truel em Santo Domingo, cobrandole pinmarios, entonces, por raro que uiso ser embajador de los Esidos en las lejanas tierras ro-

which wies explicó su decisión incomvent en el sentido de que desde que
ida par se produjo la revolución, haida par se produjo la revolución la revolu

que fué la nueva esposa del están casados desde 1935 us influyó en su determinación representar a su patria en los <sup>8</sup> Stalin. La multimillonaria, de las principales accionistas ez " Ceral Foods Corporation. (69 mi\_ noche (capital); que poseel el mas Mjoso de los yates norteamerine disfruta de cuatro palacios, York, Washington, Long Is-Mida— llenos de muebles marade 1 loyas de arte que pertenecie-Maria Antonieta, (¡lagarto!) y oreras de la realeza europea, pensar que Mr. Roosevelt, en-10scú como sus embajadores a conio que simboliza el éxito dei privado» con fines maquiavéocida es la sinceridad y hasta con qué el presidente de la



ASI COMO EL BUEN DIRECTOR DE ORQUESTA CONOCE CON LOS OJOS CERRADOS, CUANDO ALGUIEN HA DADO UNA NOTA FALSA,

Así tambien, quién conoce lo bueno a ciegas usa

# DenFo

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días dá a los dientes una blancura resplandeciente.



nación más poderosa del mundo ataca todos sus problemas. Acaso el máximo propugnador de todos los experimentos por que ha pasado Norteamérica en los últimos tiempos, creyó simplemente que si los rusos lo habían defraudado teniendo como embajador a uno de los suyos, es decir, a un simpatizante de la causa marxista de la talla de Mr. Bullitt, lo natural era que «probara» con uno que representara la antitesis de esa tendencia, uno que, llegado el caso, fuera capaz de hacerle ver a Stalin y a Litvinoff que todavía hay en el mundo hormas destinadas a los zapatos.

Mr. Davies desempeñará ahora el apa-

cible cargo de Embajador en Bélgica, conde observará de cerca el esparcimiento apostólico del joven Rey Leopoldo de producir el apaciguamiento de la Europa por acuerdos económicos ya que los políticos y simplemente diplomáticos han dado tan magro fruto.

GUENTHER G. RUMRICH, TESTIGO-ESTRELLA DEL FISCAL Y ESPIA CONFE-SO, DESCUBRE TODO UN CURSO DE ESPIONAJE POR CORRESPONDEN-CIA. LA PRODIGIOSA FANTASIA DEL ESPIA, QUE QUERIA OBTENER LOS SECRETOS MILITA-RES DE LOS ESTADOS UNIDOS HACIENDOSE PASAR POR EL PRESI-DENTE ROOSEVELT. LOS VERDADEROS CULPA-BLES HUYERON A ALE-MANIA ANTES DE QUE LOS PUDIERAN DETE-NER LAS AUTORIDADES.



Llevando a la atención del público norteamericano los peligros del espionaje internacional, se ha iniciado en Nueva York un juicio sensacional en el que se sientan en el banquillo de los acusados tres hombres y una mujer. El tribunal lo preside el juez federal, J. C. Knox—a la izquierda—mientras que el señor Lamar Hardy—a la derecha—actúa en calidad de fiscal. Al centro aparece la linda Johanna Hofmann, tal como se presentó en la primera sesión del juicio.

L juicio más sensacional de Norteamérica, en lo que se refiere al espionaje, acaba de iniciarse en la Corte Federal de Nueva York. Los acusados son ana linda mujer de 26 años, Johanna Hofmann, peinadora del trasantlántico alemán «Europa»; Otto Herrmann Voss, ingeniero aeronáutico; Eric Glaser, soldado destacado en el aeródromo Mitchel Field, y Guenther G. Rumrich, desertor del ejército de los Estados Unidos.

Todos ellos son acusados por el fiscal federal Lamar Hardy, de haber tratado de obtener secretos militares para Alemania.

Rumrich, que se ha declarado culpable del delito de que se le acusa, y actúa como testigo del fiscal, ha comenzado a contarle a un jurado del que se ha eliminado a los judíos y a cualquier otra persona que se confesara adversa al régimen actual de Alemania, la fantástica historia de sus actividades al servicio del espionaje alemán. Se hace necesario usar la palabra fantástica, porque los métodos que el desertor y sus cómplices quería usar para llegar a sus fines, ponen en relieve una fantasía prodigiosa.

La misma historia del inicio del joven de 27 años en el espionaje, ha dejado al público, como se dice vulgarmente, con la boca abierta. Porque hasta ahora se había creido que las credenciales de los espías no se lograban por correspondencia y estaban al alcance de cualquiera, como los cursos de teneduría. Rumrich le ha informado al mundo que para ser espía y devengar un sueldo del gobierno alemán, todo lo que hay que hacer es escribir una carta a cualquier periódico de Berlín, y esperar que las instrucciones y el numerario les caiga en las manos como una especie de nuevo maná del cielo.

Después, y a juzgar por el testimonio de Rumrich, es muy fácil engañar a los jefes del espionaje alemán, los cuales no saben distinguir entre los secretos militares verdaderamente importantes y los detalles de poca monta, siempre al alcance de cualquiera. Así el hijo de un antiguo funcionario del servicio consular austrohúngaro, pudo sacar cuarenta dólares del escuálido tesoro alemán, por dar el nombre de los nombres de los regimientos de artillería de costa desplazados en Panamá. «Les di una información—aseguró el orgulloso y arre-

## EL SENSACIONAL JUICIO DE LOS ESPIAS EN

NUEVAYORK

pentido Rumrich— que hubiera podido obtener un turista».

La investigación que produjo la captura de los cuatro enjuiciados —y es proceso de otros catorce individuos declarados en rebeldía— se originó cuando este mismo Rumrich, queriendo hacerse pasar por el subsecretario Weston del Departamento de Estado, —personaje inexistente— trató de obtener cincuenta pasaportes en blanco, que estaban destinados a otros espías alemanes que entrarían en Rusia como ciudadanos norteamericanos. La pretensión, naturalmente, no prosperó, y en cambio, el espía genial fué a dar con sus huesos en la cárcel.

Otras de las ideas de Rumrich que lo

retrata como espía original, parecé que consistió en falsificar los impresos que usa el presidente Roosevelt, para ootener así secretos militares «de primera mano». ¿Quién podía negarle al presidente los detalles más escondidos de su propia maquinaria guerrera...? Muy fácil como se puede ver.

Otro hecho prueba la facilidad con que Rumric hy sus cómplices realizaban la labor de espionaje, consiste en el relato que el acusado declarado culpable ha hecho de todo un plan para icgrar los secretos confiados a la custodia del coronel Henry W. T. Eglin, de Fort Totten. Consistía en atraer a un hotel newyorquino el mencionado militar, y alli utilizando una pluma de fuente, que en

vez de tinta, destilaría gas, se la perder el sentido y se le arrebatan da secretos militares que saldrían de se sillo como si fueran caramelos.

Rumrich expuso lo que pudiéran pario mar un curso práctico de su misias método al relatar como obtuvo un wells te sobre las enfermedades veném enov, el ejército norteamericano. Entro e do droguería de Brooklyn, llamó por el a fono al Fuerte de Hamilton, y a pocio ponderle el cabo Bruno, le expres tualmente:

—Soy el comandante Milton, Tendar una conferencia sobre enfermate venereas y me he dejado olvidado notas. Saque del archivo el reportore esas enfermedades en el Fuente milton y tráigamelo...

obtuvo el informe. Lo que no può plicar es lo que podía hacer con espionaje alemán...

Parece que había espías que ban con eficacia y que uno de de tuvo siete fotografías de las parte importantes de un nuevo avión de bardeo; parece que un empleado nocido de la Sperry Gryroscope (A tuvo dos mil dólares por producir mación importante acerca de m pericospio; parece también que en l que germano se encontró una o tostática de una carta de la Bella Stell Co., referente a los arman ruses. Le que no parece, - y ! tinuación del juicio nos dejara si estamos equivocados o noentre los individuos detenidos cuentre uno solo que verdadent realizara una labor importante el espías. A la linda y coqueta per del «Europa», se le acusa de lleva? sajes de América a las autoridade manas, pero ello no parece tona en serio los cargos y se preocupa mente de salir bonita en las fotos que se le hacen. Los otros dos a son también acusados de poca imp cia.

Los verdaderos espías, con el de Griebl a la cabeza, se pusieron la recaudo en Alemonia. Se dice que el cionado doctor, a cambio de que el isera en libertad a su esposa, se había detenido antes de que guiera al viejo mundo— ha suminado un informe a las cutoridades a americanas, en el que pone al desta to las actividades de espionaje... in demás naciones!

cuatro hijos y esposa de Sir Roderick Jones, presidente y jefe de la agencia de noticias inglesa Reuters, acaba de publirelativo a las ternesas de idad, bajo el sugestivo título de idad, bajo el sugestivo título de idad, la Vida». La historia senta de la vida a una unto de darle la vida a una unto podía biaberla escrito no podía biaberla escrito espíritu elevado y serio, capaz espíritu elevado y serio, capaz espíritu elevado consciente.

dice ahora esta mujer que nada heroico; es, simpleno es una cuenta que se tiene desde hace tiempo.

ito de la obra, escrita en un estilo sobrio y directo, radiactitud mental de la heroina hijos, actitud de invariable ro que cambia y se amolda idades psicológicas y al carácsarrollo de la prole. De chiquieroina sentian una punzante dolor inexplicable que le llema, al observar los sacrificios dades de su madre. Después, nasó por la experiencia de la d comprendió que el sacrificio. y el amor, son fenómenos nala mujer que tiene hijos, una compensación de lo que ésciosamente, sufren por las que lado el ser.

la Guerra Mundial, Enid Bagstó sus servicios en un hospital e Inglaterra. Más luego, fué a a un hospital francés, y le enon conducir una ambulancia. ora perspicaz, anotaba cuanto a su presencia, y un día decidió ar un manucristo en dos ejemmandárselos a dos amigos preel Principe Imanuel Bibesco y Ralph Hodgson. Las memorias on tan interesantes que fueron bata das por la casa Heineiman en des primero, y por Doubleday Dos. los Estados Unidos, bajo el tíiéram vario Sin Fechas». Este primer lisu desiasmó tanto al escritor inglés o un Wells, que éste predice en su obra venée eños, que la producción de Enid atro di todavía será leida por el púó po de año 2,000.

expres pocos años, Miss Bagnold publiexpres pibro que provocó los más grangios de la crítica norteamericade Tem titula esta obra «Terciopelo Nanfermo También se cree que es la vervidade autora de la novela «Serena Blan-

AUTORES

#### ENID BAGNOLD ABORDA EL TEMA DE LA MATERNIDAD CONSISTENTE

## SEGUN EL HISTORIADOR WELLS, LA AUTORA SEGUIRA SIENDO LEIDA EN EL ANO 2,000

dish, obra anónima publicada por la casa Doubleday Doran, allá por el año 1925—(Editorial William Morrow and Co., Nueva York).

#### VATICINIO DE ACTUALIDAD

«Alemania e Inglaterra», se titula el volumen de Raymond J. Sontag, que acaba de publicarse por la editorial Appleton-Century de Nueva York. En esta obra, el autor relata magistralmente los origenes y el desarrollo del antagonismo tradicional que existe entre las referidas naciones europeas, hostilidad que precipitó la Guerra Mundial de 1914 y que hace poco estuvo a punto de producir otra hecatombe de proporciones horrorosas por el choque violento de los intereses imperiales de Albión on los de los estados totalitarios.

En la introducción al libro, el doctor Sontag, escribió antes de la crisis reciente del Sudetén, las siguientes palabras proféticas: «En el verano de 1933 la política extranjera de Neville Chamberlain, se fundaba en la creencia de que si era posible el conseguir un arreglo amistoso con Alemania, eso aseguraria la posición de Inglaterra no solamente en el continente, sino también en el Mediterráneo y en Asia. No menos ansioso estaba Adolfo Hitler por realizar este arreglo; de hecho, en su obra «Mein Kampf», consideró que la pérdida de la amistad de Inglaterra había sido el erroz cardinal del Segundo Reich, y prometic

que el Tercer Reich jamás repetiría una equivocación tan ruinosa. Cuarenta años antes, el padre de Chamberlain, Joseph Chamberlain, era uno de los miembros más poderosos del gabinete de Lord Salisbury. El padre creía entonces, como cree el hijo ahora, que la seguridad de Inglaterra en Europa y en el mundo, dependía de un entendido con Alemania. Guillermo II, como Hitler, también deseaba aliarse a la Gran Bretaña. En aquella época fracasaron las negociaciones, y ambos países se convirtieron, de aliados naturales, en enemigos naturales Como resultado de esta enemistad estallo una guerra que fué de consecuencias funestas para los dos naciones más fuertes de Europa. En 1938, se ha reconocido que la repetición del fracaso acabaría por completar la ruina iniciada por la Guerra Mundial. Tanto en 1898 como en 1938, se conocían los peligros y las ventajas de la situación. Y sin embargo, bien pocos vaticinaro que los esfuerzos de Neville Chamberlain habían de tener a la larga, más éxitos que los de su padre Joseph. La explicación del fracaso en el pasado, y los obstáculos al éxito del presente los encontraremos parcialmente en los conflictos de los intereses nacionales, o en la incompetencia de los hombres de estado. Hay que tomar en cuenta las barreras que impiden la mutua comprensión y que no pueden puntualizarse con la exactitud de un balance comercial. Estas barreras las encontramos en lo que Bismarck llamaba los factores intangibles de la política, en el plano de la hitoria y el de las ideas».

#### NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Impresiones Literarias, por A. D. Plácido.

Obra crítica que consta de varios ensayos sobre la producción literaria de algunos de los más notables escritores de Hispano América, entre ellos Amado Nervo. Almafuerte. Delmira Agustini, José Santos Chocano, Ariosto D. González y Ricardo Victorica. También contiene el tomo dos estudios de carrácter político-filosófico, uno titulado «Política y Letras», y otro «El Manifiesto de Lamas en 1855».— (Editorial A. Monteverde y Cia., Montevideo).

El Teatro de Carlos Arniches, por A. Berenguer y Carisono.

A. Berenguer y Carisomo, autor de este breve estudio, ha logrado penetrar con acierto en la obra del popular comediógrafo español, haciendo lo que puede calificarse como una critica imparcial y comprensiva del creador de «Las Estrellas». El volumen ha sido editado por el Ateneo Iberoamericano, de Buenos Aires.—(Establecimiento Tipográfico Argentino, S. A.).

Ditirambos y Romances de Cuyo, por Alfredo R. Bufano.

Este enamorado poeta de las tierras argentinas, recoge en el volumen que acaba de publicar, toda la fragancia encantadora de la comarca mendocina, que es como decir el corazón de la gran república del Plata. Los versos de Bufano. aparte de su factura vibrante y perfecta, parecen nacidos de la cultura agreste argentina, y por eso representan un genuino canto impregnado de (mociones suaves y melancólicas. Pero además, exhiben formas ejemplares, especialmente en los tercetos endecasilábicos de los ditirambos, que ya han merecido en más de una ocasión el elogio de la critica nacional.—(Talleres Gráficos de la niversidad Nacional del Litoral, Argentina).

#### IANIA. .

mación de la página 18)

me que a veces el golpe violento mada más que una caricia a la le ha añadido velocidad. Y oprime mano autoritaria el cuerpo de un me hubiese, en otras circunstancias, con el dedo prudente del que sata veces basta con señalar un para que todos los sigan.

autoritario, posiblemente a pesar s preciso retroceder en la histo-Reflect antigua dominación turca, ejerció armane una influencia m que aun se hace notar. Paul jari djo: «El rumano siempre depen-- 8 seguien para vivir», y agregar desdates eran el vaivoda y el voloy es el funcionario, y en mayor aun el político. La política a corrupción administrativa fue la rémora con que tuvo que bamania durante largos años y la opició el desenvolvimiento de ideoenremas, posiblemente artificiales Mals que admira Francia por sobre us cosas, y que si las circunstancias oligaran, eligiría la fácil ruta de mcia brillante y despreocupada.

origen de las ideologías más intola extremas. Mientras la mayoria
manos aman a Francia, sin dela dilucidar las discrepancias funla dilucidar las discrepancias funla que los separan, y aclama a la
loriot y a Charles Maurras, con
entusiasmo con que se aplaude
miendientes en una justa deportila deseosos de reaccionar contra
la deseosos de reaccionar contra
la deseosos de las clases dirigi-

gentes, continúan, pese a los procesos y a las condenas recaídas sobre los integrantes de la «Guardla de hierro», dispuestos a ayudar a toda costa a esos partidos extremos que ansian cumplir dentro del cuadro político de Rumanía, una especie de fundición mesiánica. Pues esa es sin dura la posición de Cornelio Zeleo Codreanu, fanático místico, sumido por la fe y por la tuberculosis, especie de fantasma que yergue en su anatomía, desgastada por la fiebre, bajo la protección de un arcángel, y que, aun desde la prisión clama por una Rumania poderosa, libre de los antiguos clanes políticos y dispuesta a seguir la ruta de los países totalitarios.

#### DOS VECES CON SORDINA

El país del rey Carol, no teme a las tendencias extremas de la izquierda, pese a la vecindad del coloso ruso. Quizás porque madame Lupescu, desde la sombra de su retiro, sabe dirigir con mano diligente, la compleja urdimbre de los intereses del país de su consorte virtual. Solo posiblemente en un aspecto se manifieste su simpatía por un núcleo determinado de la población. Desde su tácito advenimiento a la vida política de su país, han cesado las campañas antisemitas de las facciones de la extrema derecha. Habían llegado hasta el extremo de abrir negocios, sólo para contrarrestar la creciente influencia económica del elemento judio y entablado una lucha de precios, tan pacífica aparentemente, como acerba en la realidad. «La Guardia de hierro» deliberadamente olvidada de su uniforme verde, prefirió entonces utilizar como distintivo el delantal del comerciante y también la meliflua elocuencia del vendedor de artículos de tienda que tiene enfrente a un competidor odiado y peligroso.

Carol, temeroso de la creciente y solapada influencia de la «Guardia de hierro», escondida ya tras del pacifico delantal de un vendedor de ultramarinos, prefirió utilizar medios quirúrgicos. Cerró todos los negocios establecidos por legionarios y Cornelio Codreanu, junto con los dirigentes de su tendencia, fueron arrestados, bajo la inculpación de complot contra el estado.

El 26 de mayo, Condreanu, fué condenadoa diez años de trabajos forzados. Aparentemente junto con la prisión del apóstol del nacionalismo rumano, y mientras la figura evangélica del patriarca Christea la autoridad eclesiástica más alta del país, asumía la presidencia del consejo, acallábase definitivamente el eco de la voz inflamada de Codreanu.

Por lo menos, Carol de Rumanía cree haberlo logrado. A su lado el patriarca Christea con su rostro demacrado de santo, una luenga barba blanca y luminosa, vuelve deliberadamente la espalda a los problemas inquietantes de las naciones que rodean su país, empeñado en corregir la incuria administrativa y los vicios de la política anteriores a su advenimiento.

«Me gusta mi oficio de rey», repite son el empecinamiento y la energía dibujada en su boca de gruesos labios expresivos. Pero mientras tanto, dos voces amordajadas, una por la conveniencia, y otra por la fuerza, circulan como una doble consignia por las montaños rumanas. La de madame Lupescu, fantasma discreto y amoroso, y la de Codreanu, «el profeta que clama en su destierro» tal como lo llamara Titulesco en una tertulia parisiense con su irónico gracejo habitual, pero cuyo rostro radiante es para muchos el semblante mismo de lo imprevisible del porvenir.

#### CURIOSIDADES

Los religiosos que vinieron al Ric de la Plata con don Pedro de Mendoza eran franciscanos.

Tomás Godoy Cruz ha sido el primer industrial sericicultor del país, pues fué quien dió impulsos la cria del gusano de seda.

En determinadas fiestas del año las jóvenes solteras de Bretaña (Francia) se ponen una falda roja con franjas blancas o amarillas. El número de franjas revela el dote que está dispuesto a darlas su padre. Cada franja blanca, color que simboliza la plata, representa cien francos y cada franja amarilla, símbolo del oro, representa mil.

MENTIROSA

POR KATHLEEN NORRIS

ON tantos libros como se publican todos los años, es extraño que nadie haya eescrito aún la historia de las erranzas y caprichos de las muchachas entre-12 y 18 años. Se ha hecho historia, se han cometido crimenes, el progreso ordenado de la civilización a sido interrumpido a consecuencia de estas imaginativas damiselas. Con frecuencia llegan a ser respetables matronas, pero ciertamente que arruinan existencias en tonrno de ellas mientras dan rienda suelta a sus antojos.

Esa es la época peligrosa, cuando la muchacha deja de odiar a las muchachos y le parece que los sueños de amor y de aventuras son realidades tangibles. Le dirá entonces a sus parientes y amigos que hay un hombre en uniforme, (porque a esa edad las mujeres aderan los uniformes) que la sigue por todas partes. Escribirá cartas de amor apasionadas que muestra también antes de despacharlas a su ignorado admirador, pero que nunca envía, porque ci adorador no existe. Y se ingeniará para que su retrato aparezca en los diarios, como la niña que vió al criminal de moda, aunque una vez ante el juez diga que lo vió, pero que no está segura de que fuera

Chiquillas de esta categoria que afirmaron que las habían embrujado, fueron causa de tremendos crimenes, que escribieron la más negra página de la historia de Inglaterra. Y estas muchachas tegian o conversaban tranquilamente en sus casas, cuando la supuesta bruja era

Juana le refirió a su padre sus amores con un aviador, c u y o padre es nuestro representante en el Congreso. Le mostró cartas y telegramas de

él...



quemadas en la plaza pública. En Escccia otras muchachas fueron quemadas por pobladas enfurecidas, a causa de alguna chiquilla de esta clase. En Escocia también una niña escribió apasionadas cartas de amor a un señor a quien apenas conocía y que no le gustaba nada más que por placer de firmarse «tu mujercita». Cuando se enamoró de veras, y el hombre amenazó con mostrar esas cartas a su prometido, se le encontró muerto envenenado. Asistió al pro-

ceso en que le acusaba del crimen con donairosa indiferencia, con visible grado a veces. Fué absuelta y se casó.

Una muchacha americana logró disimular en su cama una botellita de agua caliente, que acercaba al termómetre y así alarmó a los médicos y mantuvo a los diarios preocupados de ella por varios días que era su deseo. Una muchacha de San Francisco se robé unos retratos le un héreo aviador y se los envió ella así misma con apasionadas cartas que alborotaron el cotarro de 16 años en la ciudad. Un día el héroe llegó a San Francisco con su mujer y familia, y allí los apuros del padre de la locuela para explicar las temeridades a que la llevaban su afan de publicidad.

Es la edad peligrosa cuando se emerge de la seclusión inelegante y desgarbada de la adolescencia; la niña adquiere formas esbeltas, bajo su sombrero brillan unos ojos refulgentes. Cuando la sociedad la tiene todavía en la escuela, la naturaleza la ha dejado lista para el romance. Es la crisálida que tiene que volar inmediatamente en el mundo del romance y como no encuentra entre los chicos, (hermanos, primos, compañeros de clase, vecino) nada que se ajuste a su ideal, inventa a los hombres de su primer amor.

«Mi hija Juana, escribe una madre, está causando a su padre y a mí tremendos disgustos e inquietudes. Somos gente religiosa: ello tuvo los mejores ejemplos en su hogar, su hermana mayor es una mujer superior en todos los conceptos, inteligente, buena, muy bella, casada y muy feliz desde hace años. Juana nunca fué hermosa; es un poco gorda, pero tiene unos ojos adorables y si dejara de comer dulces, mejoraría su cutis y su figura. No tiene mala disposición, si bien se deja llevar a veces por arrebatos de ira y de lágrimas.

«Lo que nos alarma es que Juana no es verídica.. Es una cosa terrible decir esto de nuestra propia hija, pero así es. Hace algún tiempo se dió a decir en el colegio que ella no era hija nuestra, sino que una chica adoptada, usted puede imaginar la pena que esto nos causa. Hace dos años cuando Juana tenía catorce años, descubrimos que todo el mundo en torno nuestro, estaba convencido de que Juana era tísica y que nosotros ocultábamos el caso, pero que pronto la enviariamos a un sanatorio para tuberculosis de gran nombre... Todavía hoy no podemos desarraigo ocia. do los efectos de esa mentiral

squell

atrá

divisa

machc

Hace más o menos un año, creía refirió a su padre sus amores joven aviador cuyo padre es nu presentante en el Congreso. L cartas y telegramas de él. No eba conocíamos al joven ni a su me se ro naturalmente habíamos visto por él, grafías de ambos en los diario dijo do el aviador llegaba a la ciu tuvies le telefoneaba al aeropuerto prepués verlo. Siendo él de una familia mar nocida, le dijimos a Juana que esper tara a comer a casa. Entones más nos mostró una carta escrita m que lamentaba la resolución de la k cortar sus relaciones. Nos expl habían resuelto así en vista de cua había dado palabra de matrir una muchacha de otra ciudad cual no amaba y que no había wen h dos años, pero a la que se sente por una palabra de honor. el mo

«Mi marido se alteró tanto rigirse desenlace que fué al aeropuerto su cas vistarse con el joven quien minto a recién casado y dijo que jamás t da había visto a Juana ni mu nos le había escrito. Cuando tamos a Juana con esta evident plemente se rió exclamando: de le pa doro sabe lo que hace».

Es un grito de angustia el det dre que se dice ella y su m borde de la locura con estas gancias de Juana. Lo que pass na es que la mente de Juana do a la época del romance, y mientras que su pereza su gordu ilusiones de chica no. Si se persuadir para que se entregue! da de estudios, de ejercicios y di piada con abundante y agradable ñía, seguramente se le pasaría.

El ejemplo de su hermana mode carr de ayudarla acaso la ha perjudica acipal ha inventado a Juana bella e le lo tible porque ansía ser amada y y no sabe cómo logralo.

Hay que hacerla saber que la bari los padres y amigas se da cuent tendencia a inventar cosas pero piaces importancia. Pero sobre todo, vivisa consultar a un médico sobre la viaje posibles desarreglos glandulares, ita ig que se deshaga de su gordura l'ijos s fina y atrayente, el ideal norma de fre dadero matará sus ideales invento de

#### FUERA DE TODA...

(Continuación de la página 17)

nas tocamos, el capitán me narró lo acontecido.

-El inglés estaba enfermo y la tempestad le afectó los nervios... --concluyó con dolor.

-; Es la legión, la soledad; ... ¿Qué pueden esperar estos hombres?-repliqué yo con gran disgusto.

-No curpe usted a la legión, señorainterrumpió el francés. -No sería justo. Esta es una buena vida para los que no tienen nada de que arrepentirse En Africa no encuentran la soledad de que usted habla, sino buenos camara\_ das y una labor noble. ¡Es lo que traen dentro de sí, de sus casas, de sus países y de la posición que ocupaban;

Nada pude contestar porque tenía so. brada razón. Para el que tiene algo que evadir, para los desperdicios de la sociedad, la legión debe ser un infierno. Para el valiente, para el ambicioso, ofrece una carrera, pues al presente la ma. yoria de los suboficiales son extranje. ros y nada les impide llegar hasta ofi. ciales.

El entierro del cabo inglés al que asistí, provocó grave discusión entre el comandante de la Legión en Boun Denib y el capitán que pedía honores militares para el suicida.

-¿Quiere usted fomentar el suicidio? -protestó el comandante.

-Repito que fué sólo un accidentereplicó el capitán, arrostrando la mirada de su superior para sostener la mentira.

-Bien, es asunto suyo, pero insisto en que no es un buen ejemplo-con. cluyó el comandante.

El capitán se salió con la suya y poco

antes del amanecer el féretro salía del fuerte cubierto con la bandera bajo cuyos pliegues el inglés había combatido en el Riff. Detrás, otro soldado llevaba de la brida su caballo, al que seguía su perro. El resto del escuadrón venía detrás.

A la pálida luz verduzca del amanecer, ya junto a la losa, un muchacho de aspecto campesino salió de las filas y dirigiéndose al capitán dijo con sencilla timidez:

-Mi capitán, soy pastor luterano y deseo cumplir con mi deber. ¿Me per\_ mite usted rezar el servicio fúnebre del camarada?

El capitán asintió con la cabeza, sin sorprenderse, y el joven, descubriéndose, leyó sonoramente las frases del oficio percatado de su misión de representan\_ te del Señor. Al regresar al fuerte el pastor marchó detrás de los últimos sol. dados.

Hay poco que añadir Las indagaciones oficiales revelaron que el «brigadier» inglés pertenecía a una gran familia y que en un momento de flaqueza dispuso de una suma perteneciente a su patrón para ayudar a una mujerzuela. Es\_ ta tuvo el valor de confesarlo todo al padre del joven, que restituyó la suma robada, pero el culpable había desapa. recido y sólo después de cinco años fué descubierto su paradero en Bou Anane.

No sé lo que el anciano tan distinguido diría al hijo que halló nuevamentee en Marruecos, pero sea lo que fuere, vino demasiado tarde, pues acababa de alistarse en la Legión por cinco años más.

M.E.C.D. 2016

#### CASTILLO

squación de la Pág. 16).

paro en su apellido. Además, presentó tan de prisa... posible? —murmuró Stefan, y caminar en dirección a su

bailar ahora? —preguntó.

estoy cansado y con sueño. Me
entestó Stefan, más de repente
ente a su amigo, le dijo: —Quiero
ente favor, Akim.

te parecerá extraño y hasta pero desearía retirarme sin de tu familia. Algún día te

k vamos —exclamó Akim—. Te de alguna manera. Y como no dir por la puerta principal, ven, in hay varias.

hasta una de las puertas.

\_le gritó. —¿Cuándo nos ver?

pronto—fué la respuesta de Ste-

quedó un instante pensativo distraidamente una vieja todirigió a la casa.

llegó, un grupo de mujiks bai-

VI

las primeras estrellas palidefirmamento, hacía ya cerca de que Stefan Paulovitch se halado. Apenas había dormido. sin cesar en lo sucedido la lada, en casa de Akim Akik-

se asía desesperadamente a la aquella joven no era su herero una voz, allá en su inteecía. Sí, es tu herm na; es tu

creía.

los primeros ruidos de la casa lasta él y calculó que el duelos levantado, bajó.

po es ba ver a Akim, por lo que preto por él, que se había marchado.
rio dijo que necesitaba un homciu tuviese una kibitka para alpopués regresó a su habitación y spués regresó a su habitación y spués regresó.

la mar con muy mal apetito el esperó.

más tarde, el dueño subió.

-dijo golpeando ligeramente
-la kibkitka aguarda sus órde-

cuando Stefan abrió, agrego aire de complicidad.

wen ha preguntado por Ud. pe. marchado.

el momento de subir al carro, di un instante y estuvo a punngirse a cualquier otro lugar, su casa; pero dispuesto a terunto antes icdo aquello, entrea hospedaje una moneda de los oro y la kibitka partio.

#### VII

ele pareció muy corto. en sus pensamientos, apenas ervado nada de los que el ca. a atrás.

etaba a explicarse como sería no en que se viese ante su pa\_

divisaba el castillo señorial de

atrás, el Manich serpenteaba

que había experimentado el aliera de San Petersburgo. E hallaba aún bastante alto.

carro se detuvo frente a la cipal de la vieja mansión.

de los antiguos servidores lo

hacho, llamado Youri, se que. nirándole.

barbudo le dió un empellón

aces ahí como una piedra, ton-

Viajero entró en la sala. Tocia igual a como lo había de. cios se le humedecieron cuanló frente a él allí sobre el sode su madre. Un instante después apareció en la sala, la corpulenta figura de su padre. Algunas canas salpicaban de blanco los negros cabellos de Pablo Semyonitch.

—; Hijo...!—exclamó.

Y Stefan se lanzó entre sus brazos.

Un suave crujir de faldas se dejó oir, y Adda entró, seguida por María.

Padre e hijo interrumpieron aquel tierno abrazo.

Stefan y Adda quedaron frente a frente.

Aquella voz interior que le decia:—«Sí, es tu hermana», no le había engañado.

Ambos se miraron fijamente durante unos unos segundos. Ella, a duras penas pudo dominar su sorpresa y bajó los ajos. El se sintió invadido por una sofocación que lo ahogaba.

El padre, sin comprender aquella doble turbación, les dijo dulcemente.

-; Cómo! no se abrazan? No importa que ya sean hombre y mujer...

María empujó con suavidad a la joven. Stefan también se adelantó.

Se abrazaron... Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Adda.

#### VIII

Al día siguiente, muy de mañana, Stefan salió con su padre a recorrer la posesión. Creyó entretener su atormenta, do cerebro, pero se había engañado. Apenas ponía atención a lo que su padre le decía.

Volvieron muy tarde.

A la hora de comer, Adda se excusó de bajar a la mesa.

—Tiene—dijo María—una fuerte ja. queca.

Pero al regresar a la habitación, la joven lloraba amargamente. Trató de consolarla pero fué en vano.

-Lo amo, María. ¡Qué horror Dios mío, qué horror...!

Después, la joven cesó de lamentar, se. Sentóse junto a la cama y sin pronunciar palabra miraba fijamente hacia adelante.

María la observaba atentamente; deseaba hablarle, pero no se atrevía. Por fin se decidió.

-¿Se siente usted mejor, señorita?

Algunas gotas de sudor aparecieron en la frente.

-Siento frío-murmuró.

Las gotas de sudor se mezclaban con las lágrimas.

Una manta colocada sobre sus hom. bros por la sirvienta, no pareció causar. le bienestar alguno.

-Tengo frío-repitió.

Entonces María, tomándola de la mano, la acostó.

Una gruesa frazada, abrigó su cuerpo. Las campanadas de un viejo reloj, anunciaron la media noche.

Un sollozo desgarró el pecho de la jo.

María no pudo resistir más. Salió rápidamente de la habitación y se dirigió hacia el fondo del castillo. Frente a una pequeña puerta se detuvo y golpeando febrilmente llamó:

-Glafyra... Glafyra...

La puerta se abrió y apareció en el umbral una mujer.

-¿Qué quieres, mujer?-interrogó.

-La señorita está enferma; venga usted a su cuarto mientras aviso al señor.

La vieja murmuró algo entre dientes y la siguió entrando en la habitación de la enferma. María continuó hasta la habitación del amo y llamó:

Enterado de lo que sucedía, salió.

Adda seguía llorando.

El padre entró; le habló, la acarició, quiso saber su mal, pero ella no contestaba. Solamente estrechaba convulzamente entre las suyas, una mano de María.

Glafyra aconsejó ir a buscar al doctor Makulin.

Una hora después Stefan Paulovitch galopaba hacia la casa del médico.

#### IX

El sol brillaba alegremente. Una franja de luz se precipitaba por entre la pequeña puerta, hasta el centro de la habitación. María, de hinojos ante una imagen de la milagrosa Virgen de Kasán, oraba.

— ...Virgencita por el Divino Redentor nuestro, haz que cesen los males que afligen a esta casa. Madrecita, tú lo sabes, el doctor Maulín ha dicho que la señorita se pondrá muy mala, si continúa así.

Quedó un momento contemplando fijamente a la venerada imagen. Después salió de la habitación.

Caminó lentamente y llegó a la habitación de Adda. El rostro de la enferma semejaba el de un cadáver.

samiento feliz hasta entonces desechado, se abrió paso con empujo de avalancha en el cerebro de María.

Una idea vaga e imprecisa, un pen-

Sin detenerse a meditar atravesó el corredor y se deuvo frente a la habitación de la joven y llamó.

Pablo Semyonitch, apareció en la puerta. El doctor Makulín había ordenado que la joven viese lo menos posible a su padre y hermano. Su mal parecía agravarse.

-¿Qué sucede?-interrogó ansiosamente.

-;Oh señor! Solamente deseaba confesar algo a usted.

-¿Qué dices, mujer?

-Si, señor, confesar algo a usted.

.-Bueno te oiré. Entra.

María entró y se dejó caer en una silla. El amo quedó de pie frente a ella.

-Perdón si no lo he dicho antescomenzó-allá en Novo-Cherkask, en casa del mayor general Akimytch, el seño. rito y la señorita se hablaron. El uno no sabía quién era el otro. Ella lo amó, des\_ de aquellos pocos instantes en que le habló. Me dijo que lo adoraba, que sufría nada más que al pensar si no lo vería más; pero el cielo, como ve usted, decidió algo distinto y aquí pudo cono\_ cer, que aquel a quien pertenecía ya su corazón, aquel a quien amaba, era su hermano... Este es, señor el mal de la señorita. El doctor ha recomendado que cambie de ambiente; estoy segura que quien unicamente puede salvarla, es us. ted. Usted sabe que puede hacerlo (Adda Alejandrovna deseaba que nunca sufriese la niña...- Adda en su ingenuidad, creía también ser amada. No ha observado usted lo extraño que está el seño. - rito?

¿Y si él la amase?

Pablo Semyonitch continuaba de pie frente a María. Su corpulenta figura parecía petrificada; quizás su alma se hallaba allá, de redillas, junto a la blanca tumba de Adda Alejandrovna. Las últimas palabras de la esposa resonaban aun en sus oídos.

-Acuérdate, Pablo, cualquier sacrificio que hagas por ella, será también por mi...

Su rostro se animó.

—¿Y si él la amase?—murmuró—;Ma\_ ría, haz venir a Stefan...!

#### X

-Quiero hacerte unas preguntas, Stefan, como hombre que ya eres, exijo que me contestes con toda sinceridad.

-Padre, estoy dispuesto-respondió aquél y su rostro palideció visiblemente.

Dime, ¿crees amar a alguna mujer?

La palidez del joven se acentuó más

aun. Dudó algunos instantes.

—Padre, por favor ...

No pudo terminar.

—El hombre se enfrenta con la des\_
gracia—bramó el padre—no la rehuye.

-Le obedezco, sí... creo amar.

-Su nombre... ¿Cuál es su nombre? -Su nombre... Adda Paulovna Levine.

-¿Tu hermana?

-; Mi hermana!

-Y si yo te dijese que esa joven no es tu hermana?

—Diría... que se burla usted indignamente de mí. Lo único que deseo es incorporarme a un regimiento de cosacos que marche a la Siberia. Comprenderá usted, que aquí no puedo continuar.

-Escúchame, antes de obrar ciegamente; después decidirás:

-Hace quince años, una noche en que la nieve, cubriendo toda la comarca, habia obligado al lobo a guarecerse en los bosques, y cuando tu madre sentía pró\_ ximos los momentos en que había de dar. me un segundo heredero, llegó a esta casa una desgraciada que se llamó Hania Mikhaleovna. Esa mujer era prima de tu madre. Su padre, de orgullosa estirpe, pero arruinado, dió su hija en matrimonio a un hombre a quien ella no amaba. Su corazón pertenecía ya a otro. Engañó a su esposo con aquel otro a quien su corazón había elegido, y de ese amor nació una niña. Su esposo lo supo to. do... Ella nos dejó la niña tras de saber que sería tratada como hija nuestra, y huyó al extranjero. Muchos años pasaron y un día llegó a mis manos una car\_ ta. Tría un sello francés. Era de Hania Mikhaleovna... Su carta llegaba cuando ella ya no existía. Sus penas, su conciencia, su alma que nunca había sido maia, dictaron aquella carta.. No pedía perdón para su falta; pedía solamen\_ te un poco de compasión, un poco de piedad para quien había sido víctima de la ambición... Rogaba por su hija; moría sin saber siquiera su nombre. Quería que la joven eligiera libremente al compañe\_ ro de su vida. El amor, decía, no puede inculcarse. El amor nace en lo más hon\_ do del corazón, no se fabrica... Una Her. mana de la Caridad, había sido la encargada de hacer llegar esas líneas has. ta mi...

Pablo Semyonitch se detuvo unos segundos; después continuó.

—...Nuestro segundo hijo nació para morir horas después. Tu madre le sobre, vivió dos días ... pero aun en aquel momento en que la muerte, burlando todas nuestras fuerzas, extendía sobre ella la negrura de su manto, tuvo fuerzas para encargarme a aquella niña, a quien el orgullo hizo nacer sin padres. Esa niña, es hoy Adda... Jamás pensé decirle que no era tu hermana. Pero sé que tu madre y la misma Hania Mikhaleovna, hubie, ran hecho lo que yo hago ahora... Se le dirá que perdió a sus padres muy peque, ña... Ella también te ama; yo te la doy.

La verde estepa de ayer parecía haber encanecido. Una blancura brillante que a veces molestaba los ojos, se extendía muy lejos, hasta donde la vista casi no alcanzaba; después fodo era gris, como las nubes que tapizaban el cielo. De repente el sol asomó su disco dorado por entre dos nubes, quizás más bondadosas que las otras, luego volvió a ocultarse.

La tierra parecía de nácar. El invierno asomaba su rostro de nieve...

Adda se apoyaba sobre el brazo de Maria. Su rostro había recobrado casi por completo su antiguo color. La nieve crujía bajo los pies.

Pensaba—dijo Adda—en mis padres.

Pablo Semyonitch me lo contó todo; los tártaros rebeldes gritando denaforada, mente, la aldea incendiada, mis padres asesinados.

-Adda... Adda...

Stefan desembocó corriendo por detrás de los dos antiguos pinos que miraban al río. Traía un papel en la mano. Cuando lelgó a su lado, suspendiéndola un instante en el aire, la besó. Después la bajó suavemente y ella se apoyó sobre su brazo.

-; Alégrate!

-Que ¿te contestaron ya?

—Sí, es de Novo-Cherkask; Kira ven. drá a nuestras bodas, pero Akim, se ha incorporado a un destacamento de la Si. beria. Hubiera querido verlo...

E instintivamente apretó en su bolsi. llo, otra carta que no había enseñado. Era de Akim... Después varió la convertación.

—María—dijo entregándole la carta de Kira—¿quieres hacerme el favor de llevar esta carta para el castillo? Pero no vuelvas, ¿sabes?

Los tres rieron alegremente. María se alejó.

Stefan y Adda continuaron caminan.
do. El brazo del joven ceñía el talle de
su compañera. El viento helado volvió a
llegar y pareció que suspiraba al pasar
junto a ellos. La nieve del río comenzó
a quebrarse; las aguas gimieron bajo el
cristal helado y brotando como de blan.
ca fuente, corrieron alegres.

## Del BUEN HUMOR ··· AJENO ···

#### PENSAMIENTOS

(Por DIOGENES)

Todo sería un amable deslizarse en el trineo de la vida si sólo alguien lo empujara cuando va de subida.

Todo hombre casado sabe cómo manejar a su mujer; pero el inconveniente está en que ella no lo deja.

La mayoría de la gente que confronta dos males no elige el menor, sino que toma los dos.



No siempre es amor lo que buscan las muchachas. A veces es un lugar donde dejar el auto.

Si usted no mata a sus zozobras, las zozobras lo matarán a usted.

Las modas de «otoño» indican que en el vestir la mujer está volviendo a Eva.

No hay hombre que se canse de vivir

El amor se alimenta de posibilidades improbables.

Chismosa es la persona que puede hacer cinco sumando dos con dos.

Cuando un hombre repite que todo lo que es se lo debe a sí mismo, es porque es muy poco o lo debe todo a otros.

Es cierto que los labios de una mujer son una rosa; la lengua es la espina.

Con frecuencia nunca está más fracasado un hombre que cuando se dediça a tomar buenas resoluciones.

Mucho se habla de las cualidades de la nueva generación; pero su característica es que es esencialmente besable.

El único amor que no disminuye con el tiempo es el amor de sí mismo.

tos que de los muertos de hambre.

sin trabajar.

El mundo tiene más piedad de los muer-



#### BREVES, MUY BREVES

IUN ARCO IRIS PARA

CADA PERSONA QUE

MIRA A UN ARCO IRIS LO VE

QUE SE ENFOCA EN EL OJO

LA FLOR

CENTENARIA

LA"CENTENARIA"

FLORECE CON MAS

Editors Press Service, Inc. 220 E 42nd St., New York

FRECUENCIA DE LO

QUE INDICA SU

NOMBRE, AUNQUE

A VECES HAY

INTERVALOS

HASTA DE 30

ANOS ENTRE

CADA FLORE-

CIMIENTO.

ES PARTE DE UN CIRCULO

COMPLETO CUYA MITAD

INFERIOR QUEDA

CORTADA POR EL

HORIZONTE.

DISTINTO. LA BANDA DE COLORES

CADA UNO!

#### **CAMARADAS**

El vapor parece a punto de zozobrar azotado por terrible temporal. Un clérigo se dirige a su compañero al lado y le dice:

-«Recuerde, señor, que siempre en medio de la vida estamos cerca de la muerte».

-Señor, yo digo, eso mismo cien veces al día.

-¿Y reflexiona usted que en el momento menos esperado podemos ser arrebatados de este mundo y del lado de los que nos son queridos?

-También repito yo esa reflexión cien veces al día.

-¿Tengo, entonces, el honor de hablar a un colega sacerdote?

-No, señor; yo soy agente de seguros sobre la vida.—(Castlerose en el «Daily Express»).

#### ECONOMIA BELICA Y DOMESTICA

En respuesta a los que sostienen que la Europa no puede ir a una nueva guerra porque no tiene dinero, yo me permito observarles que el que no tengamos dinero jamás ha sido obstáculo para que mi mujer se compre un nuevo sombrero.-(Picallili).



La muchacha que se dedica a llamar números equivocados, a veces encuentra uno que resulta ser correcto.



ALI-

MENTOS

PECES

POCOS PECES SE ALIMEN-

TAN DE ALGAS O DE OTROS

PECES. LA GRAN MAYORIA

VIVE DE PLANTAS Y ANI-

MALES MICROSCÓPICOS

NES CADA CENTIMETRO

FICIE DEL

AGUA

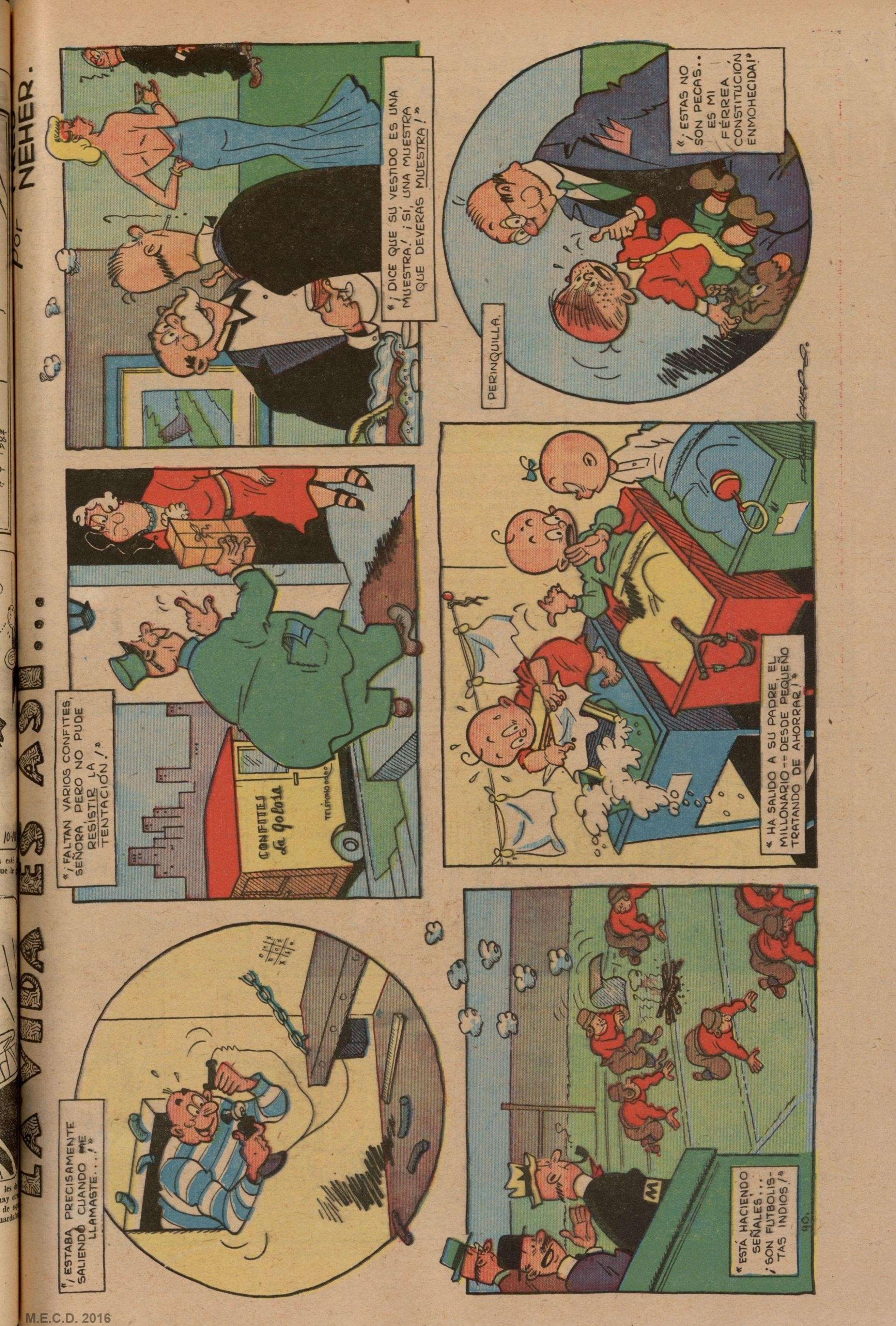
QUE CUBREN POR MILLO.

CUADRADO DE LA SUPER.

El hecho de que una chica esté de energía no quiere decir que le la cocinar.



Hay muchas a quienes se les dedo y se cogen la mano; hay quienes se da una pulgada de para pasar y se llevan el guarda



## EL LOCOCARIL POR FONTAINE FOX

", ANDA, DILE QUE ; QUÉ IMPORTA!"

NICOMEDES, EL TERRIBLE























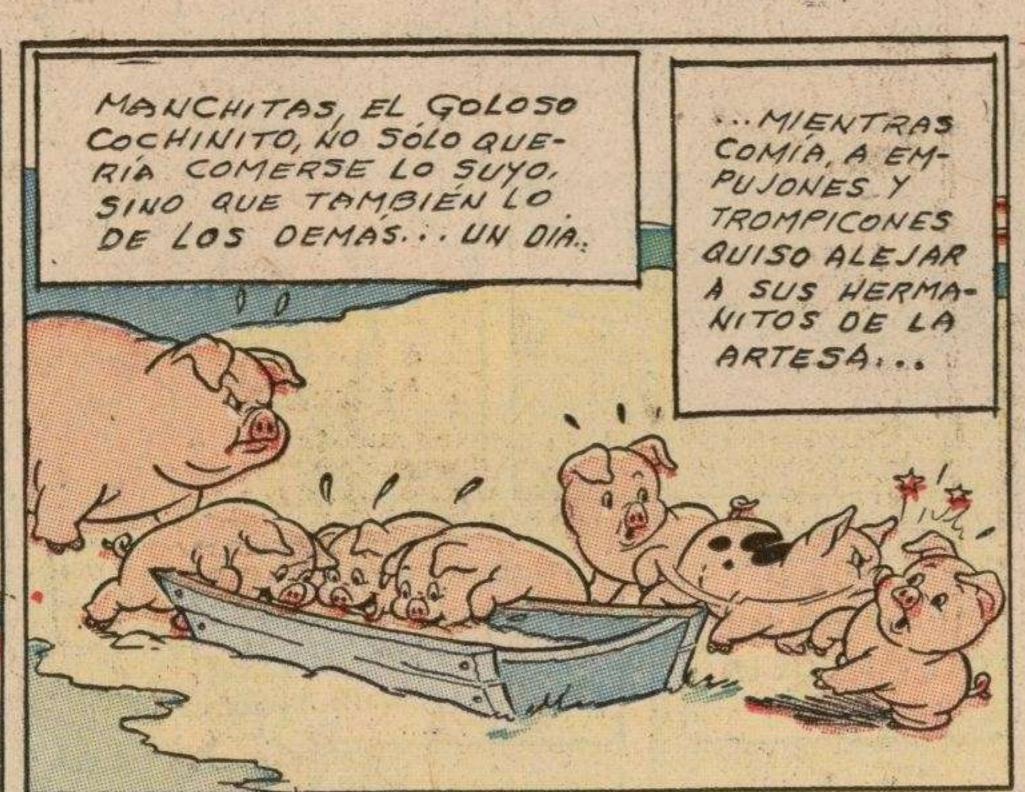


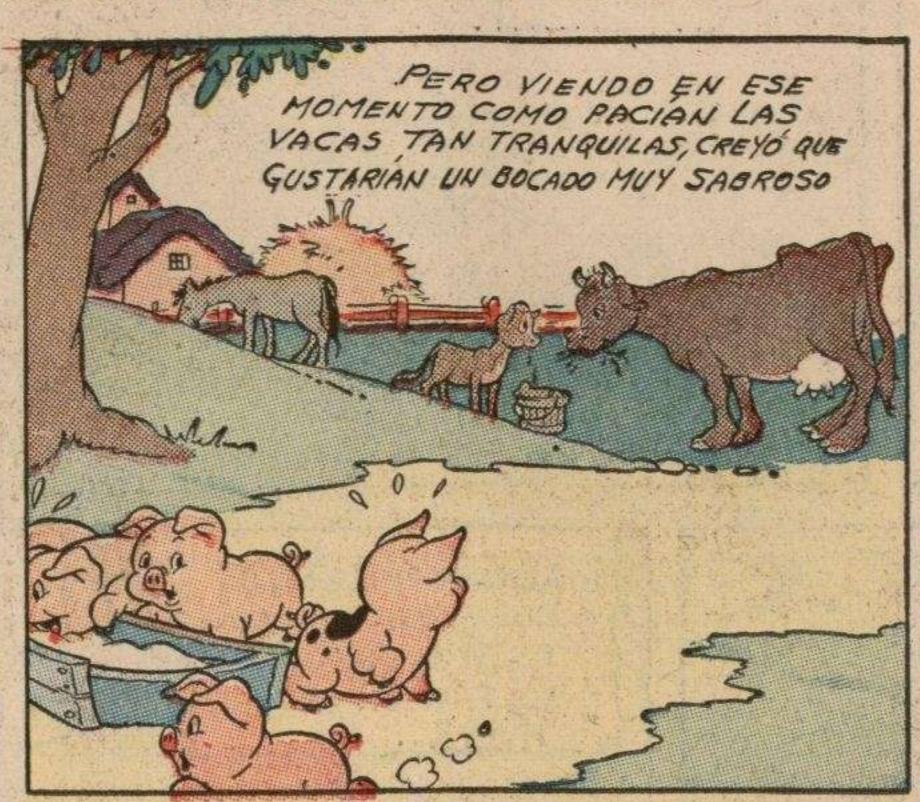


## DIARIO DE LA MARINA

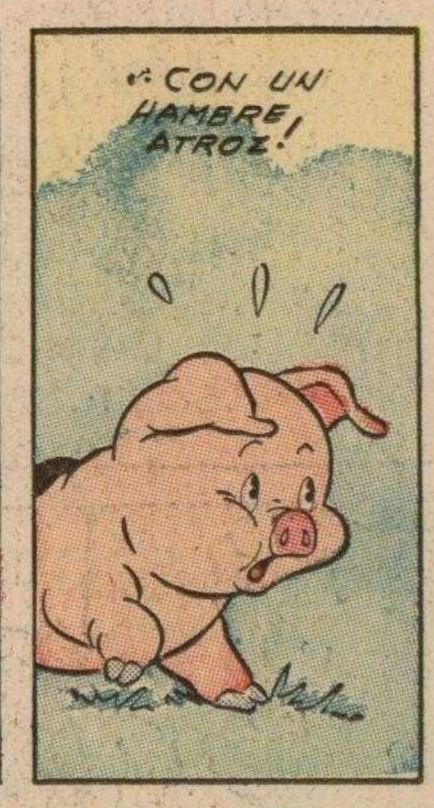
HABANA, DOMINGO 13 DE NOVIEMBRE DE 1938

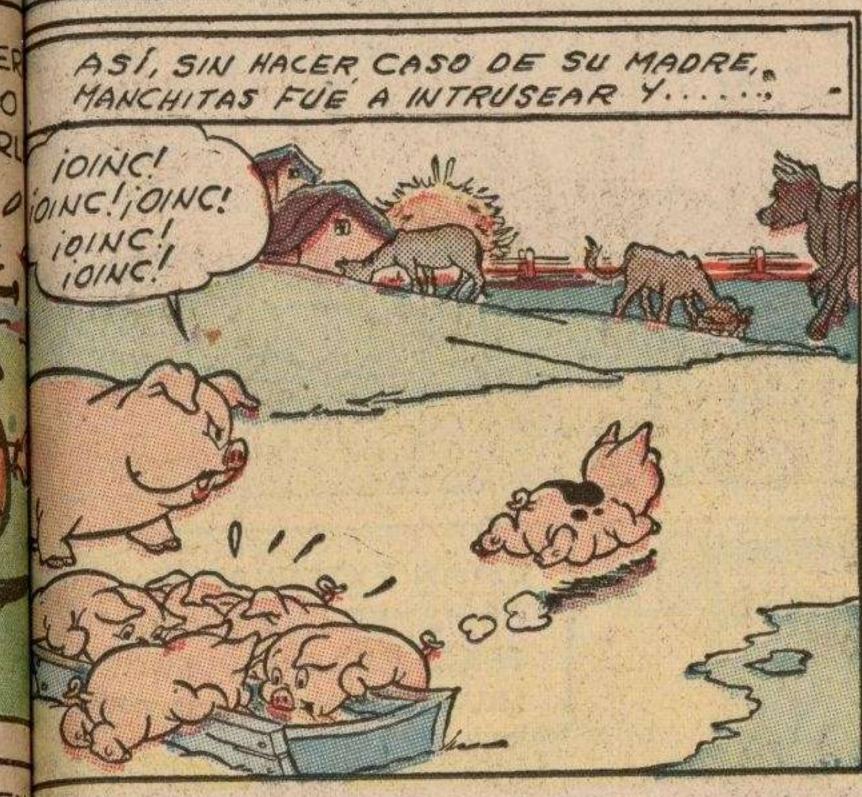






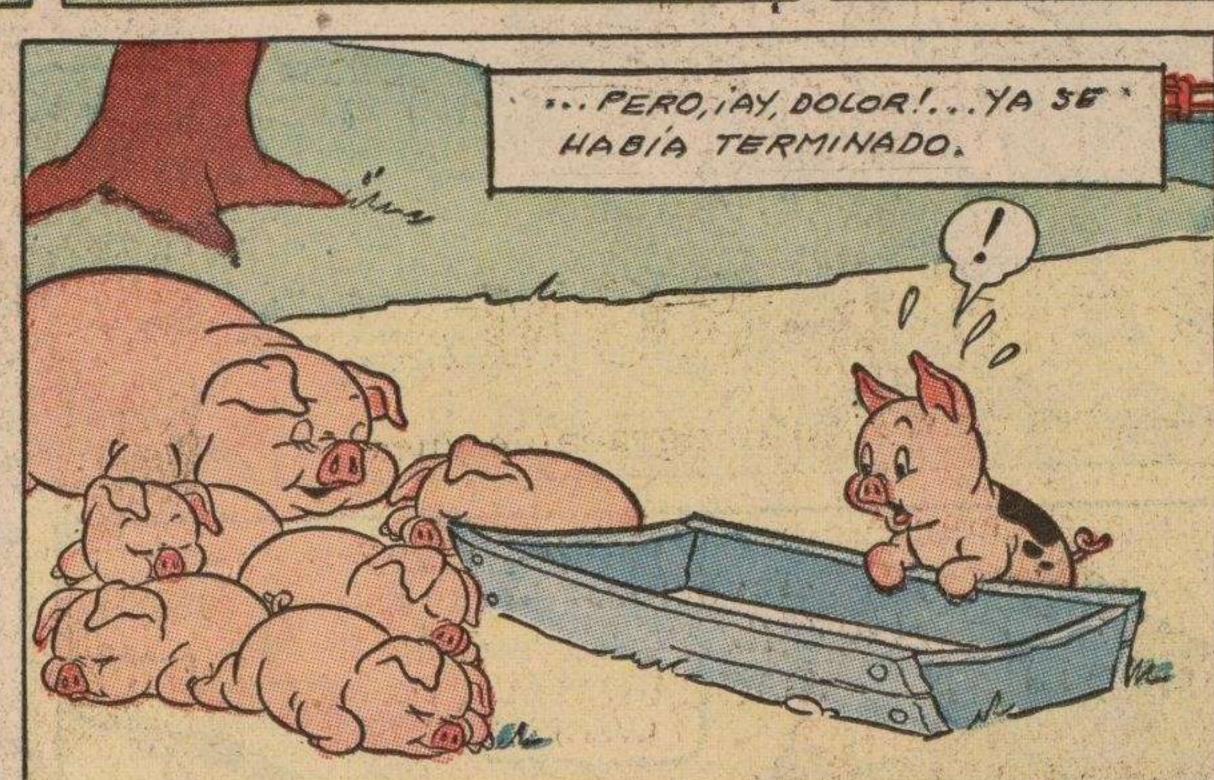




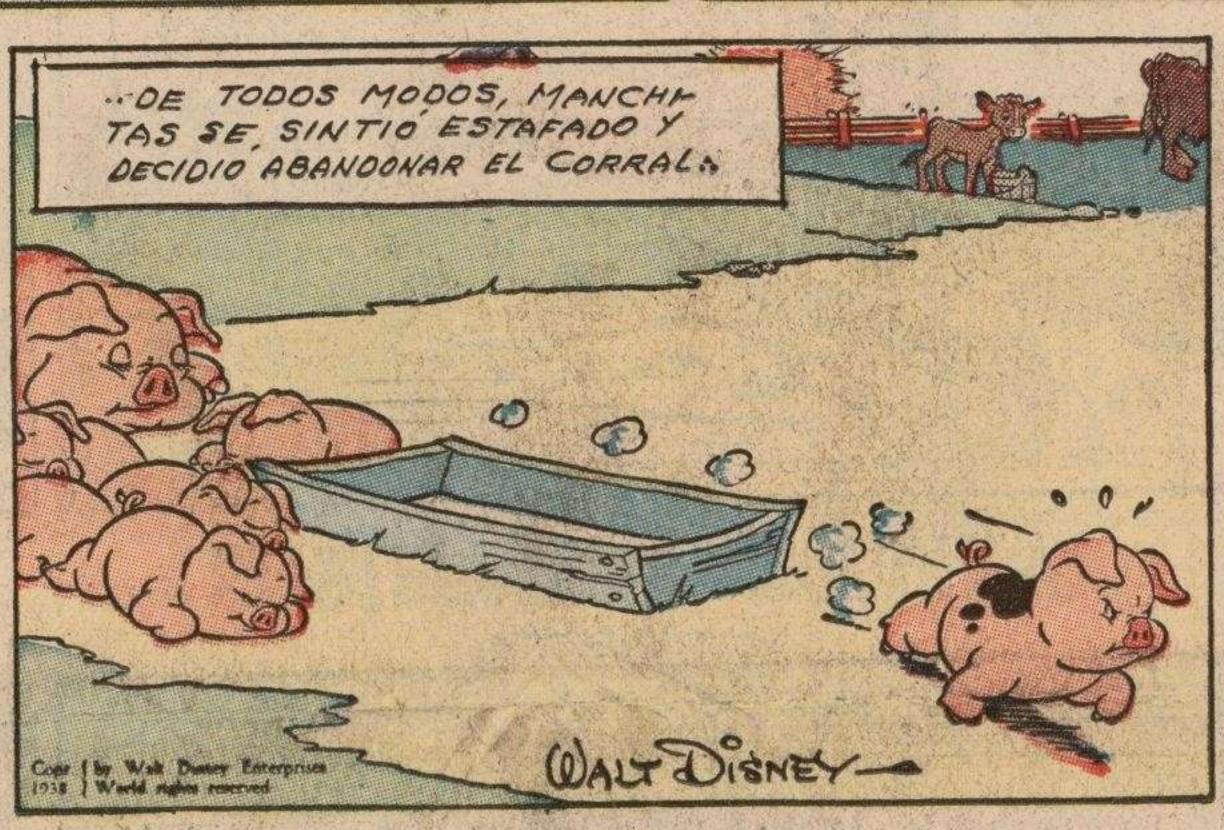


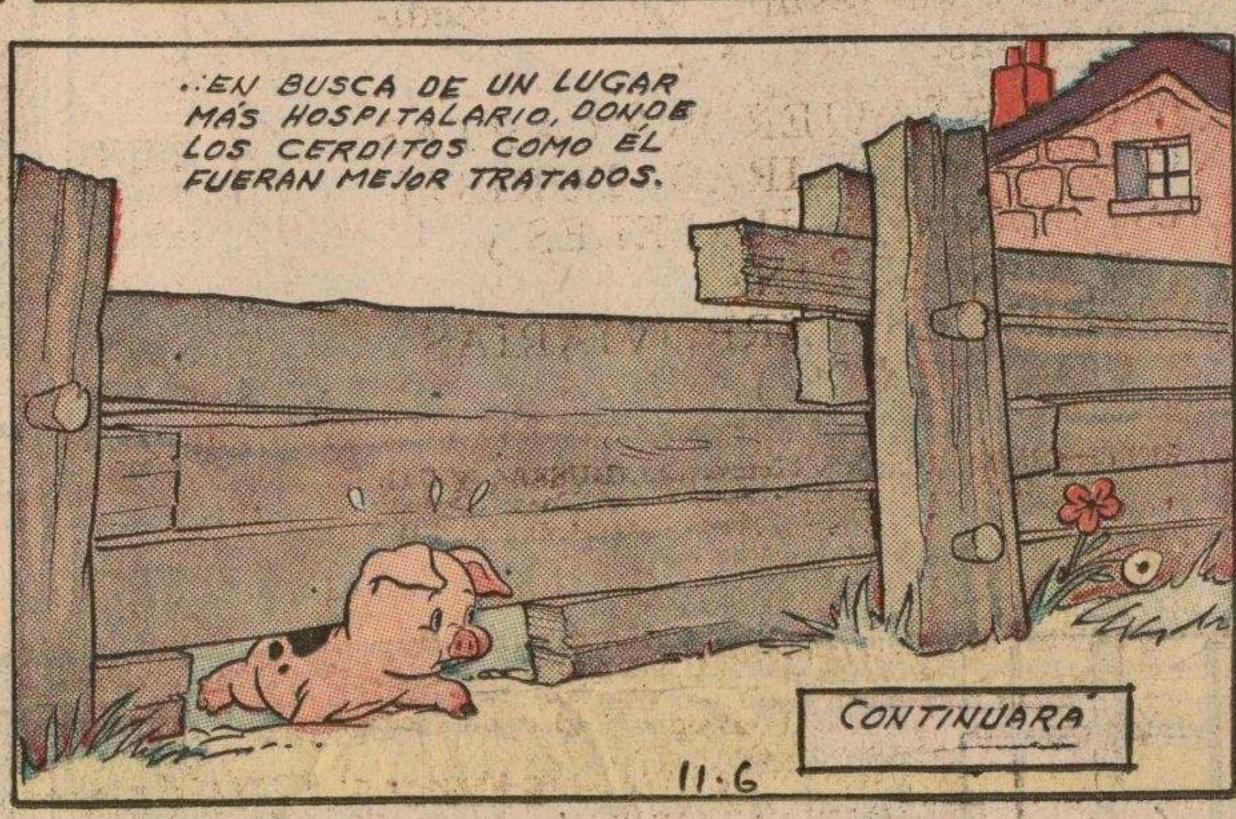


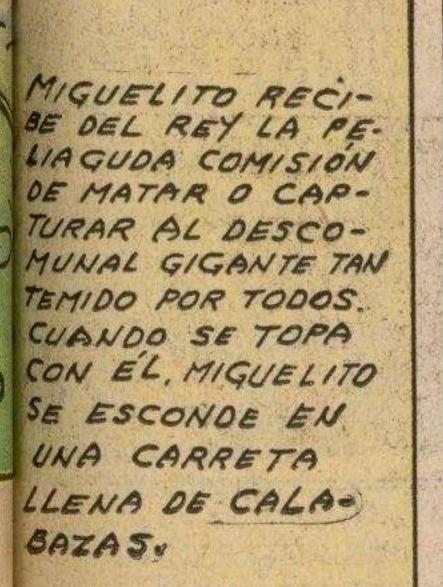


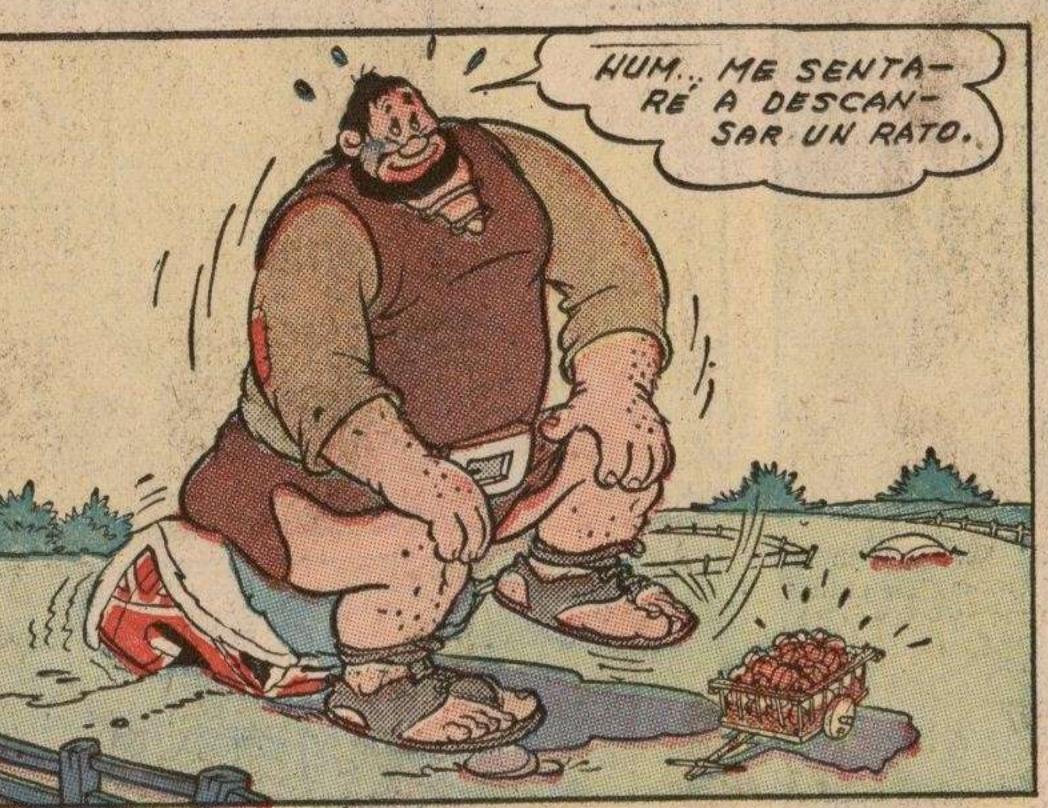


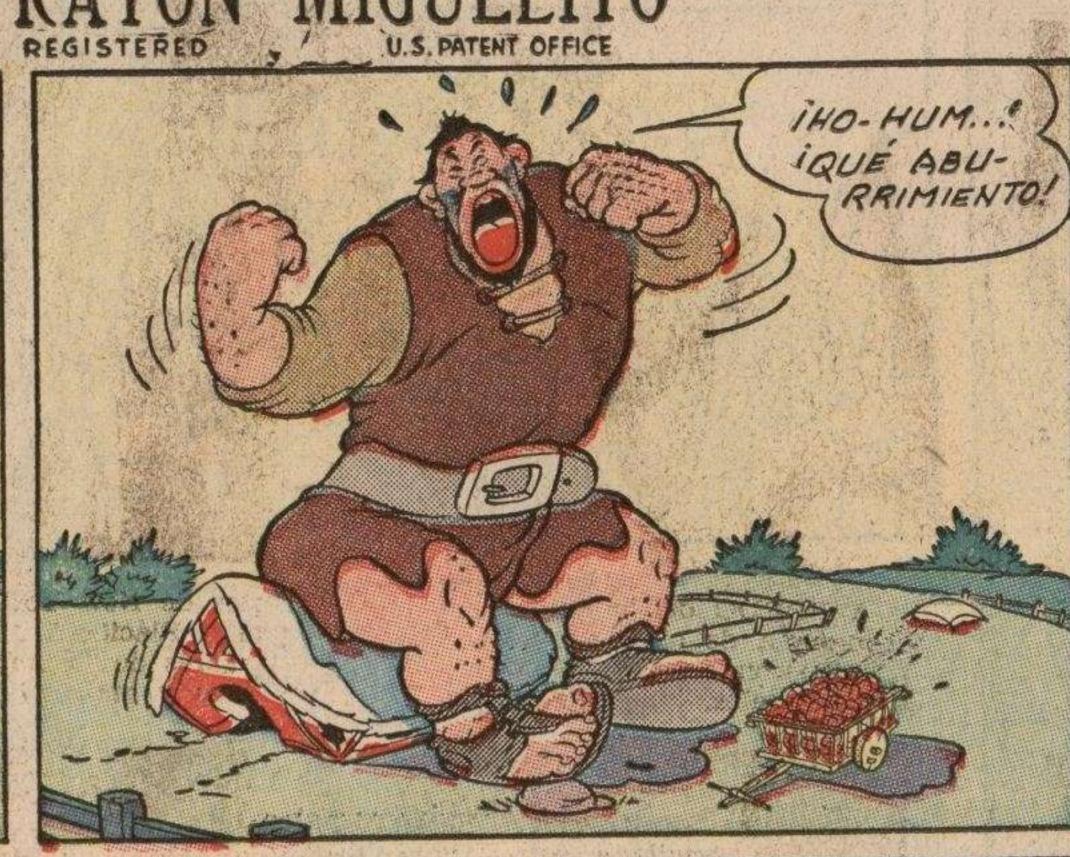


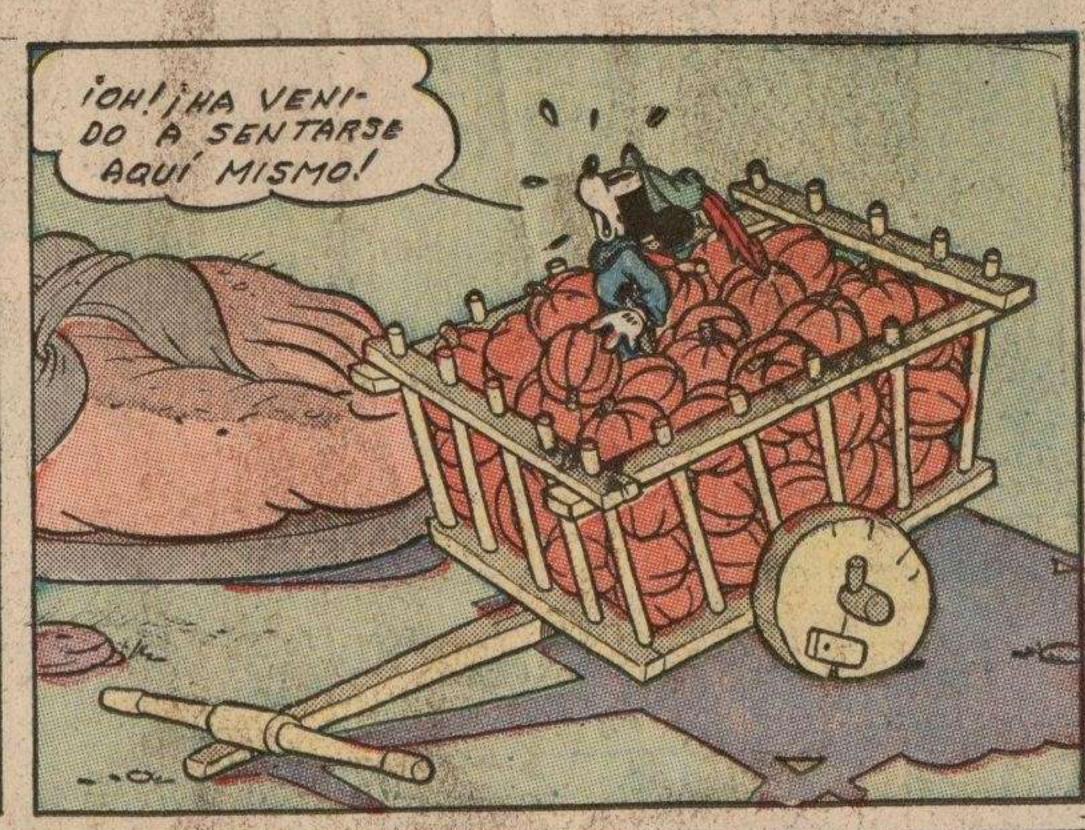




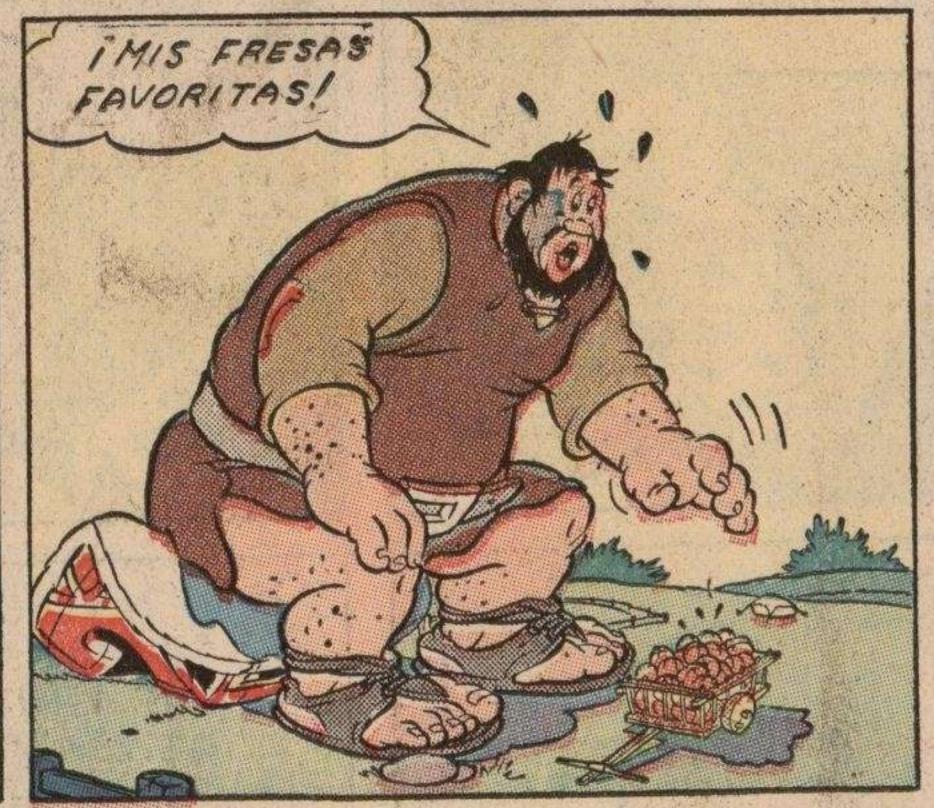


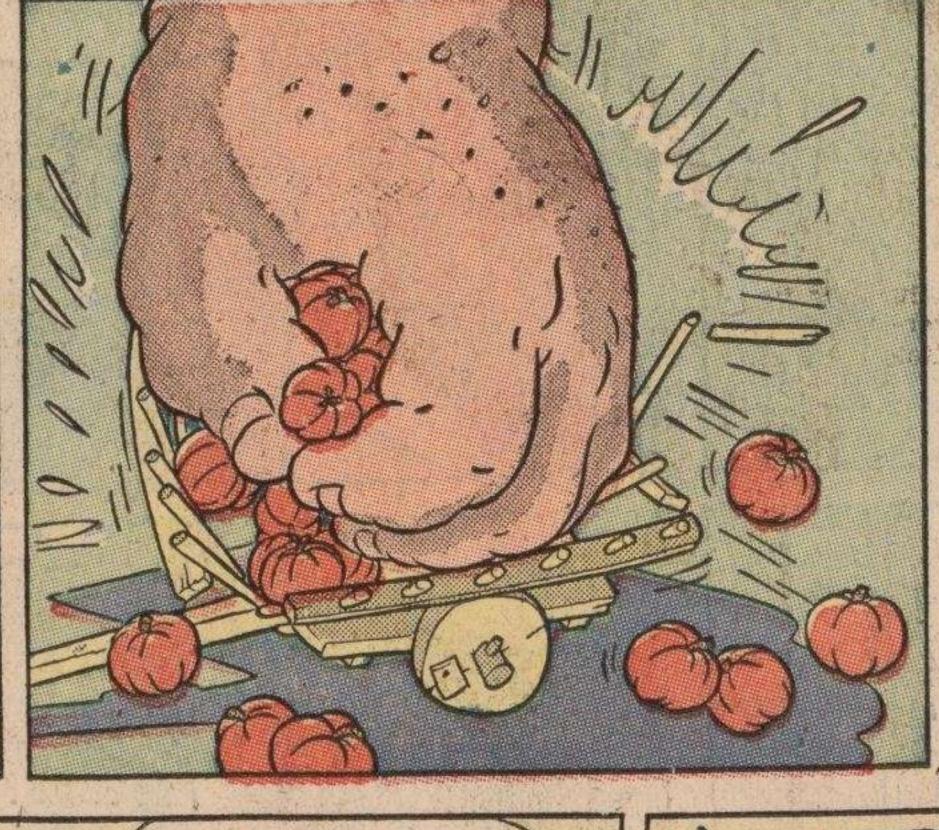


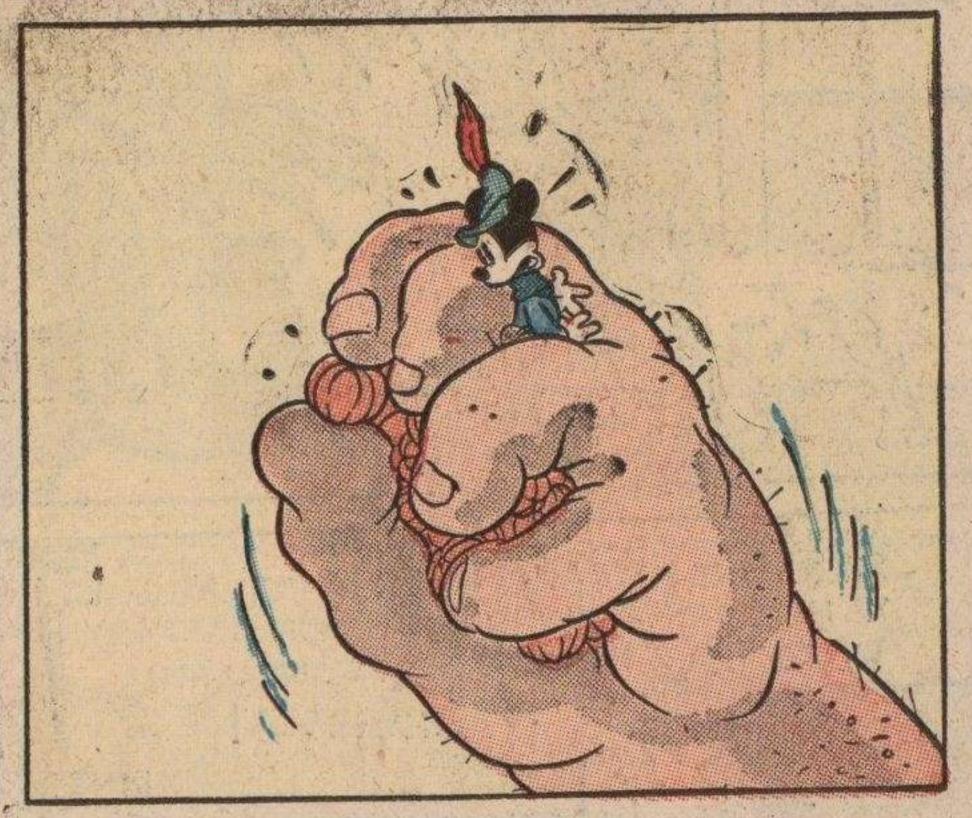


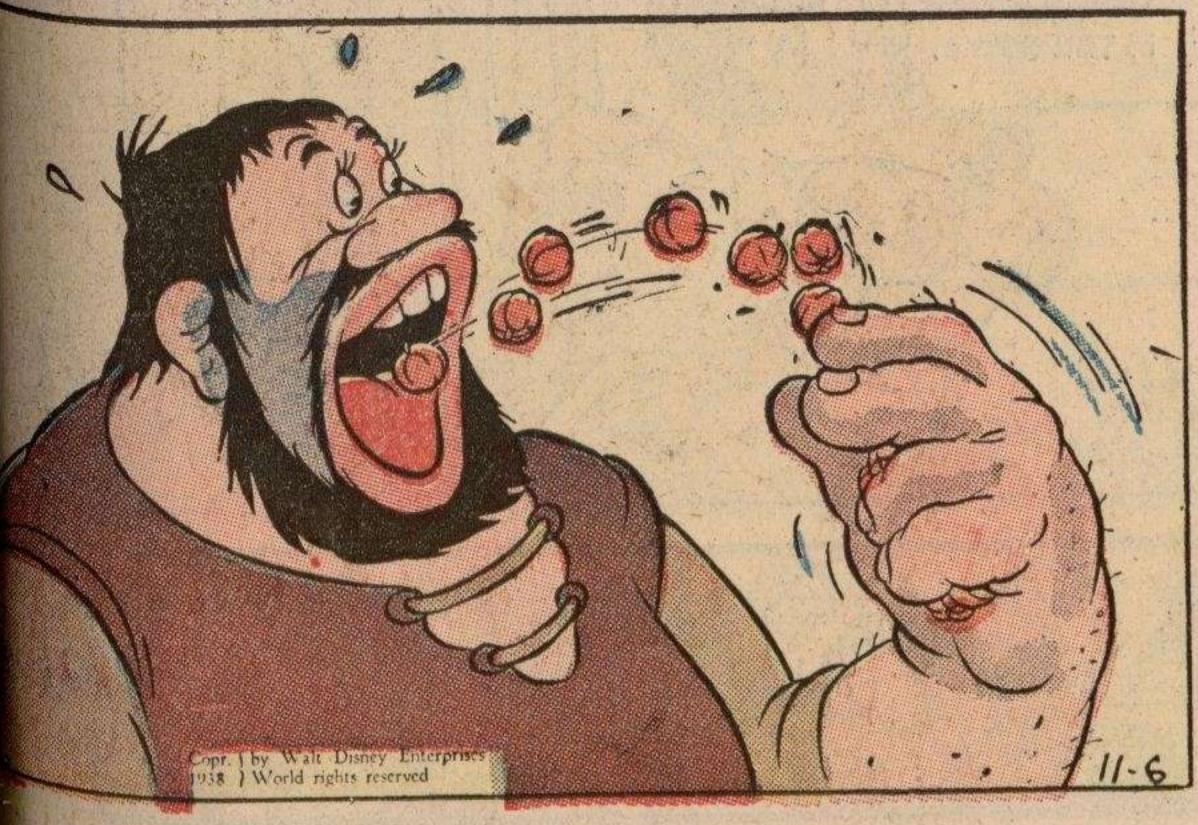




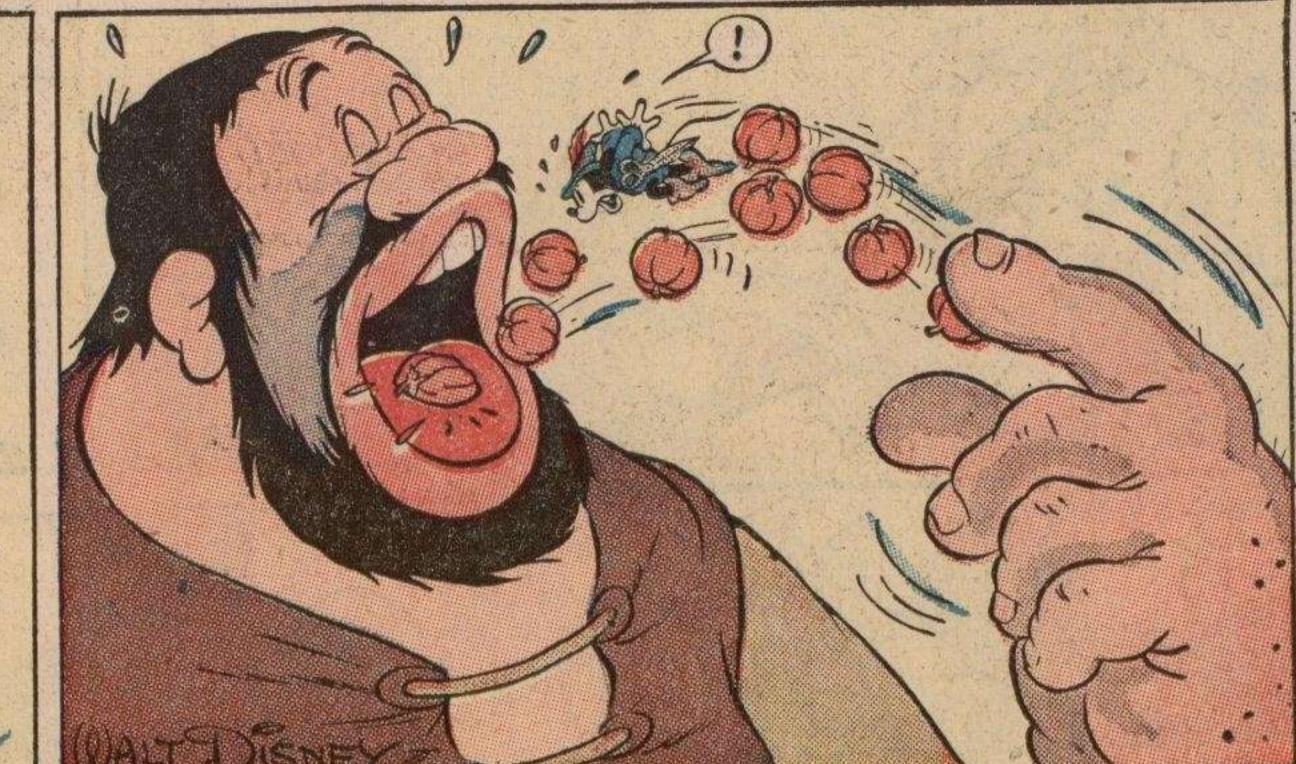














### BRANDON WALSH

LA ERUPCION DEL VOLCAN ES SEGUIDA POR UN HORROROSO MAREMOTO Y EL HUNDIMIENTO DE TODA LA ISLA, MENOS UN PICO ROCOSO Y SIN VEGETACIÓN ALGUNA. ALLÍ TOMÁS, WONG LO Y CARLITOS, ÚNICOS SUPERVIVIENTES, PASAN LARGAS HORAS DE ANGUSTIA, SOBRECOGIDOS DE TERROR Y CASI MUERTOS DE SED.













COMO HERMANA DEL SEÑOR CALVO, TIENE

UD. DERECHO A PREDCUPARSE POR SU BIENESTAR, DESPUÉS DE TODO ÉL YA

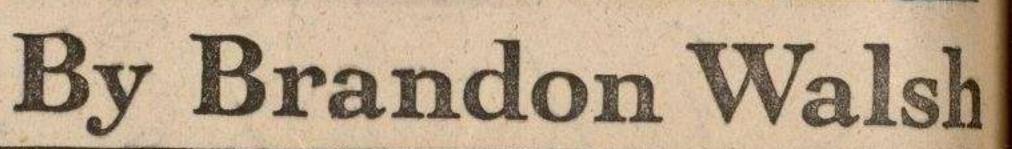
VA ENTRANDO EN AÑOS





## ANITA Y SUS AMIGOS



















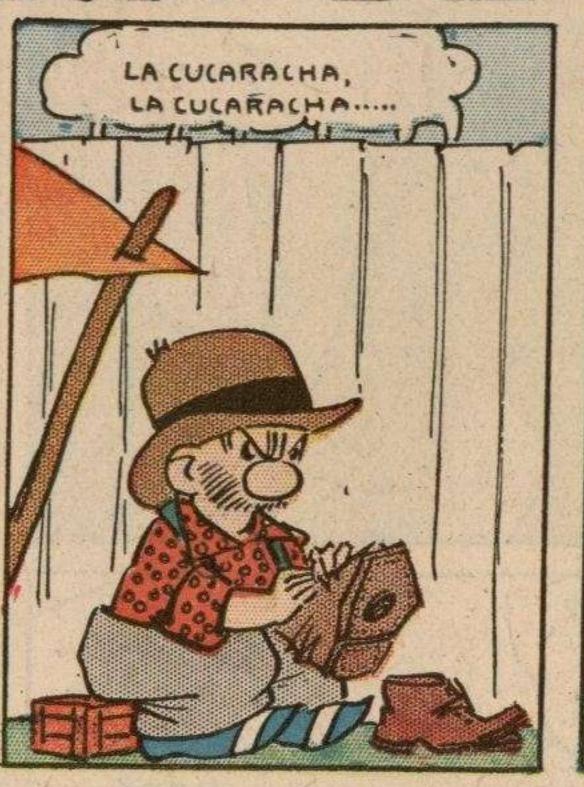


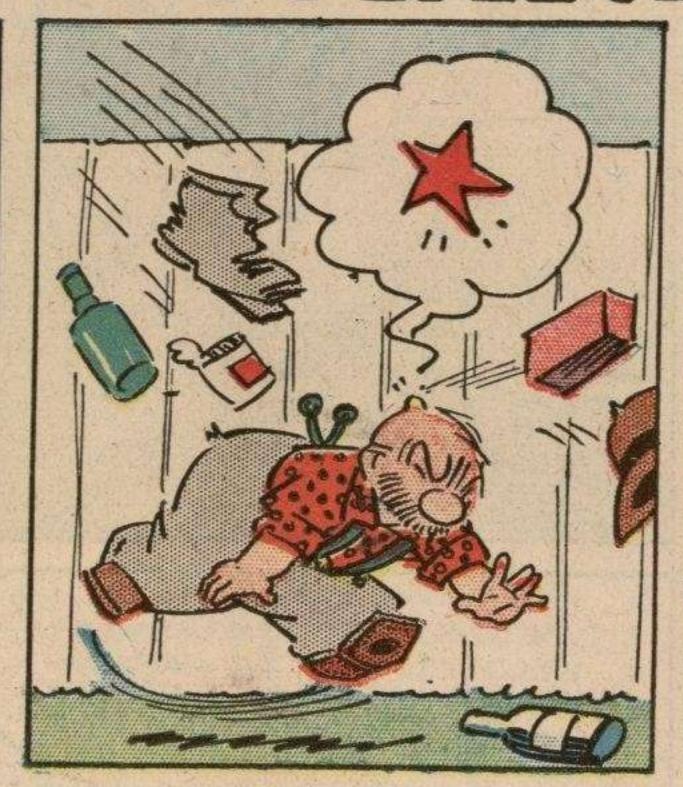
SUPLEMENTO CÓMICO

DIARIO DE LA MARINA

SUPLEMENTO CÓMICO























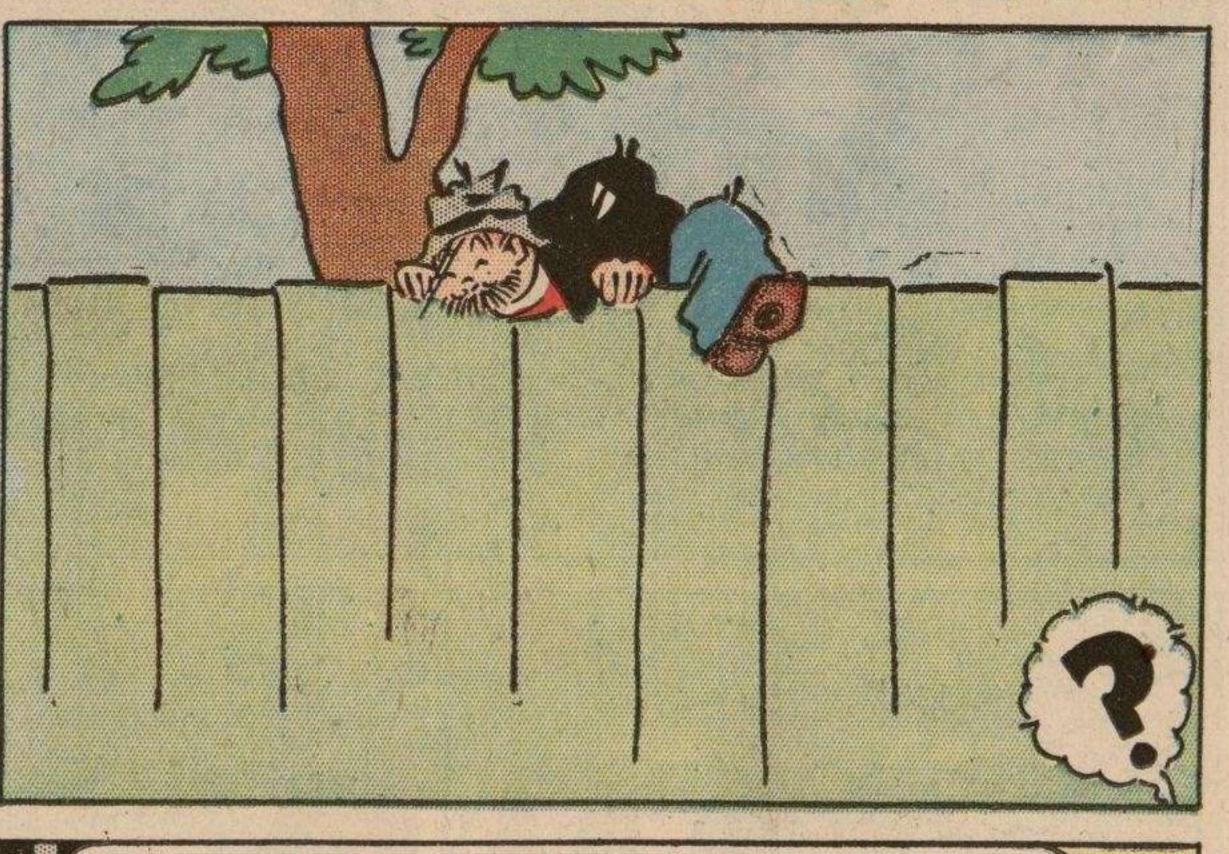
## PEDRO HARAPOS

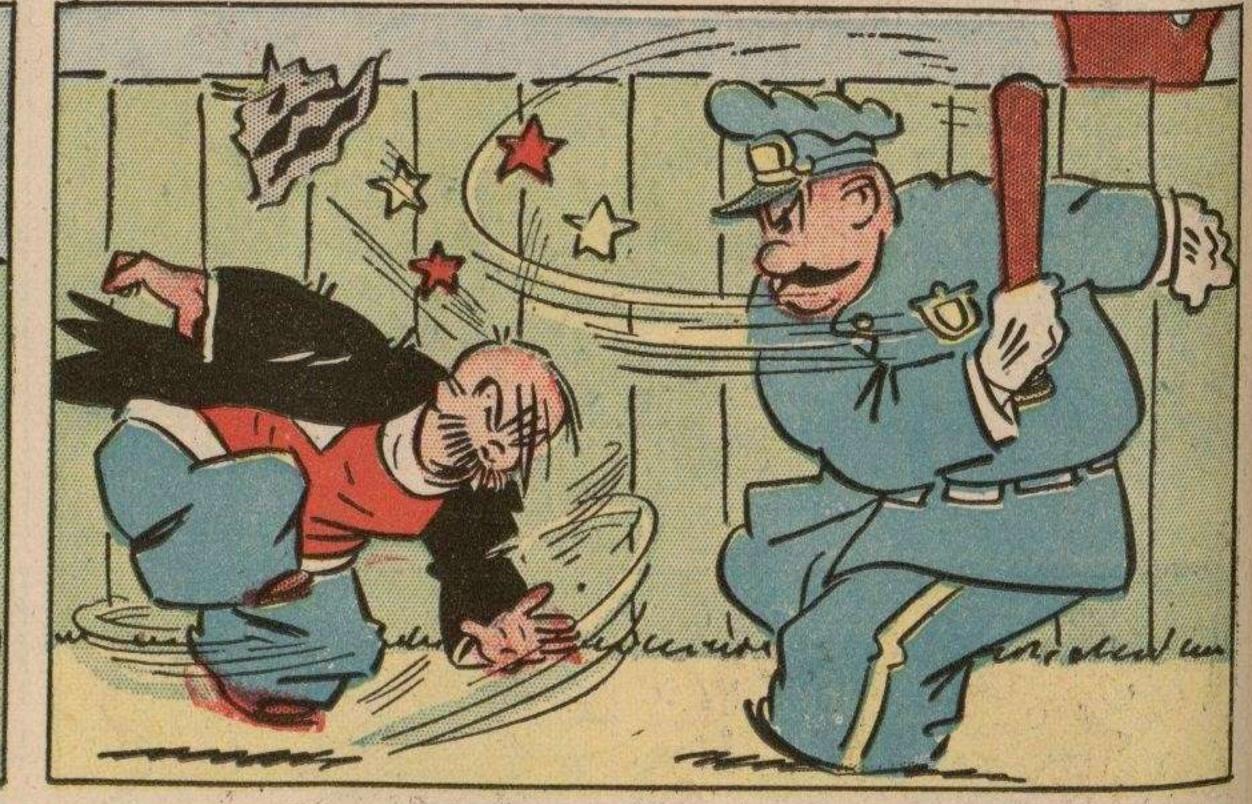






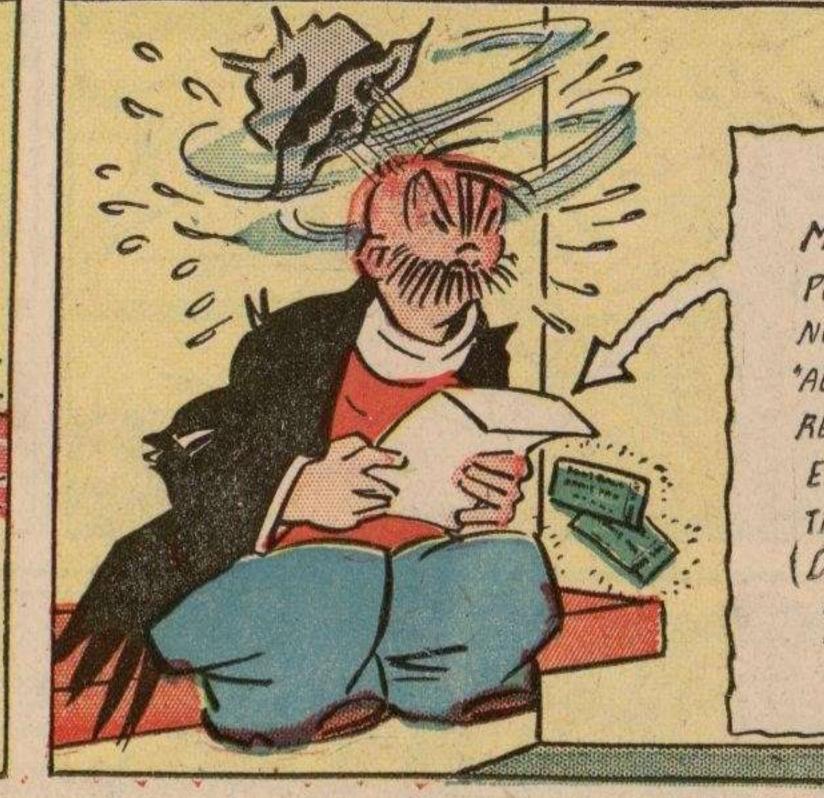












MUY SEÑOR NUESTRO:

POR HABER ACERTADO EN

NUESTRO CONCURSO DE

"ADIVINAR A LOS VENCEDO"

RES," LE REMITIMOS DOS

ENTRADAS PARA EL PARO

TIDO DE HOY.

(DE UD. ATTOS. 55. 55.

"ECOS DEPORTIVOS")